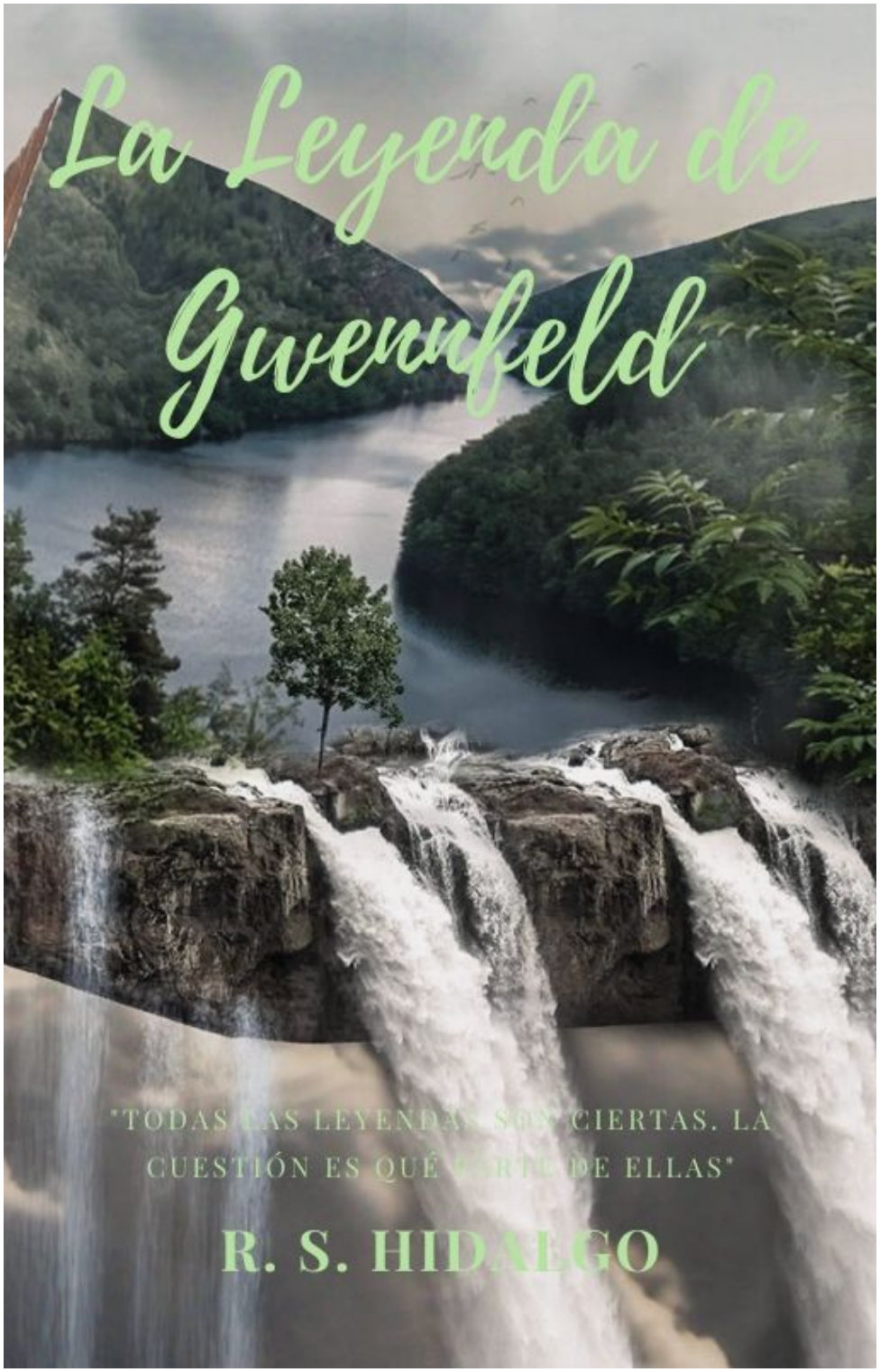
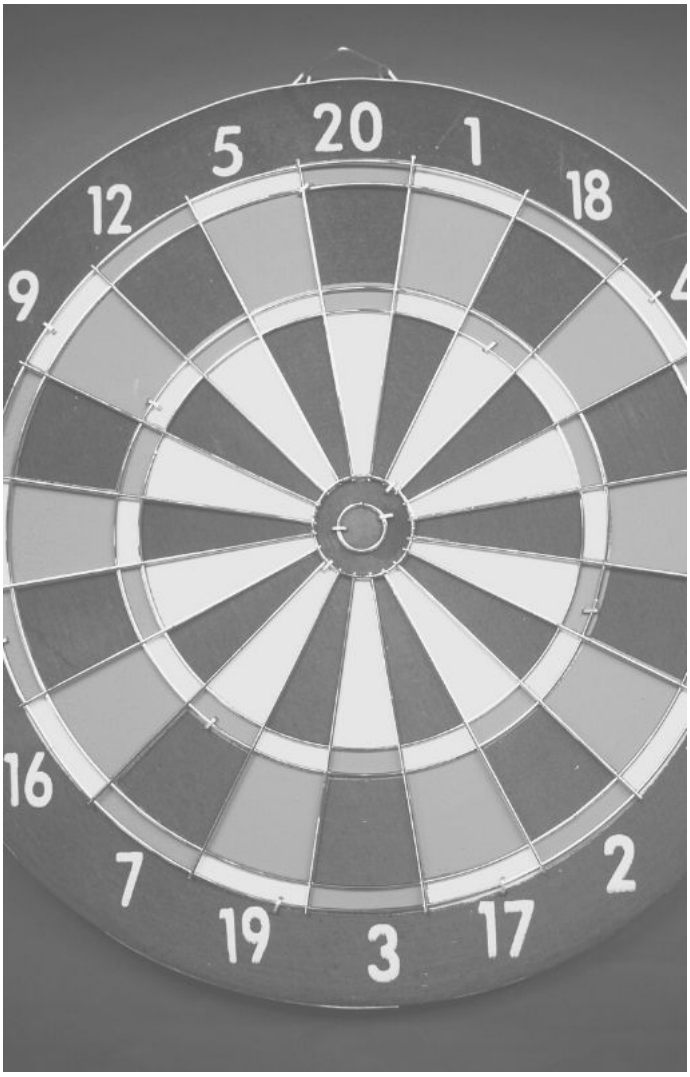
La Leyenda de Gwennfeld

Vicente Byrd



Capítulo 1

PARTE 1: NÚMEROS



Capítulo 2

CAPÍTULO 1: EL FORAJIDO

Sobre las historias os diré, para que no haya confusiones, que jamás he oído una que empiece donde se supone que las historias deben empezar, ni que termine donde se supone que las historias deben acabar. Sobre la vida real os diré que la encuentro muy parecida a las historias.

—Me falta un pan. ¿Dónde has puesto el pan?

Deliciosos aromas inundaban una habitación cubierta de harina blanca, panes, panecillos, pastas y pasteles de todo tipo.

—¡Pero si estaba aquí, encima de la mesa!

Ambas cocineras intercambiaron una mirada suspicaz. En un lugar como la Academia Militar 109, sólo podía haber una explicación.

Sin perder un segundo, Hanna Cuatro tomó un palo de amasar en su mano, al tiempo que se dirigía a la puerta de la cocina. Miró a ambos lados para comprobar que no había nadie escondido tras ella y cerró con llave. Era una chica alta y corpulenta, con algunos quilos de más. Podría haber sido soldado en vez de cocinera. Pero era cocinera.

A su vez, Mildred Cinco se acercó a la otra única puerta que había en la habitación, la del enorme armario. Mildred Cinco era mucho más flaquita y esmirriada. Abrió la puerta tímidamente, con cautela...

Y de un empujón, la puerta terminó de abrirse sola, y Mildred se quedó ciega. Un alud de harina le había golpeado en la cara, y de entre el polvo que se acababa de levantar salió un hombre encapuchado.

—¡Rata inmunda!—bramó Hanna blandiendo su palo de amasar.

El intruso esquivó sus golpes saltando de mesa en mesa, salvándose por poco. Hanna golpeaba sin descanso, destrozando a su paso vasos, copas y platos de porcelana. Él a su vez se agarró de la araña del techo para esquivar sus golpes.

Al final consiguió alcanzarle en la frente, justo cuando aterrizaba junto a la encimera. El intruso se tambaleó y Hanna supo que era su oportunidad. Mientras éste se subía la encimera, Hanna consiguió agarrarlo por el tobillo.

Pero era tan escurridizo como una rata y consiguió safarse, huyendo a toda velocidad por la ventana y cayendo a salvo sobre la hierba.

—¡¡Al ladrón, al ladrón!!—gritaron a la vez Hanna y Mildred, sacando la cabeza. Inmediatamente se oyeron disparos. Dos soldados perseguían ahora al encapuchado, que daba la vuelta al edificio a toda velocidad. Tropezando con caballos, perros y criados, los guardias lo seguían como podían. El último de ellos era Kamil Tres, quien dirigía la operación desde atrás, respirando con dificultad. La resistencia nunca había sido su fuerte, pero no iba a permitir que ese forajido amenazara la seguridad de la escuela. Había niños de doce y hasta de once años en aquella institución. Oyó la voz del sargento Derreck al pasar por su clase al aire libre.

Ya estaban a menos de diez metros del campo de tiro, pero el ladrón no parecía haberse dado cuenta. Pasó por delante de las dianas, esquivando los balazos de milagro. Allí se detuvieron Kamil Tres y Yili Cuatro, exhaustos.

—¡Buen trabajo, Ace...! ¡Devan! ¡No has dado ni una! ¿Qué te pasa hoy, chico?

Estando detrás de los aprendices, el sargento Omerick no había llegado a ver al encapuchado que había pasado, así que no se había enterado de la persecución que estaba teniendo lugar. Devan acariciaba su escopeta como si fuera el lomo de un perro fiel. Era impropio de él fallarle a una

diana.

—No estaba apuntando a la diana, señor—fue su respuesta.

Aún así había fallado, aunque para ser justos ningun aprendiz de la academia había disparado antes a un blanco tan rápido.

—¡Devan Dos!—gritó Kamil. Se dirigía a él usando su nombre y apellido. Era una forma de cortesía hacia alguien de rango mayor en todo Sigmurland. Los estudiantes de la Academia 109 no tenían nombre de familia. Si alguna vez lo habían tenido, nadie se acordaba. Ni siquiera ellos. En lugar de eso, se les otorgaba un número que cambiaba cada año según si habían sido fieles y disciplinados y sobretodo, sobretodo: según lo útiles que eran. El número dos era el segundo más alto. Pocos gozaban de aquel honor.

—¿Quién ha dejado entrar a ese intruso?—dijo el sargento

—No lo sabemos—dijo Kamil calculando sus palabras.

—Esa cocinera de mierda y su ayudante lo han visto y lo han dejado escapar—escupió Yili.

—A Ryan no le va a gustar esto—murmuró Devan—Con su permiso, sargento. Nos encargaremos de esto—¡Jeremey, Francis, Sheyla! Conmigo. Kamil, llévate a los demás a la entrada principal. No dejéis entrar ni salir a nadie.

Cargó su escopeta.

—Vamos a atrapar a ese bastardo. Y lo vamos a llevar ante Mister Hartmann para que le corte la mano. Va a ser todo un show.

Y en menos que canta un gallo se habían discipado los alumnos del sargento Omerick para ponerse manos a la obra de la manera más ordenada y veréis, como pasa en la vida real, muchas historias no comienzan donde deberían comenzar. Al fin y al cabo, lo que voy a contaros no es la historia del robo de un pan. El pan no fue más que una distracción

—¿Lo tienes?—dijo una voz

A pocos metros de donde habían desaparecido Kamil y Devan y los demás, un chico de pelo largo y piel aceitunada le hablaba a una ventanita enrejada que daba al piso inferior de la academia.

—Sí—respondió Kennez

—Pues si de verdad quieres respuestas, vas a tener que darte prisa. Te veo aquí abajo en diez minutos. Que no te vea nadie.

Capítulo 3

CAPÍTULO 2: EL PROTEGIDO DE HARTMANN

En ese momento, Ryan Uno veía por la ventana el radiante sol de la tarde. Quedaban pocas horas para que terminara aquel día, el último día del curso. Su último día como alumno en la Academia Militar 109. Ryan era un chico alto de pelo corto color avellana, de unos veinte años.

Mister Hartmann se había hecho vestir con su mejor traje y llevaba su habitual sombrero de copa, característico de todos los Sigmur. En la lengua del país, “Sigmur” significa señor. Cada una de las nueve academias militares del estado estaba liderada por un sigmur, quien asumía la responsabilidad de acoger y entrenar a los huérfanos de la región.

Ryan le ofrecía su bastón favorito, el de la empuñadura de metal con una luna dibujada. Hartmann miró al muchacho solemnemente. Para él había sido como un hijo. Para sus hijos, como un hermano mayor.

—Hoy es el gran día, Ryan. Dentro de dos semanas estarás defendiendo la frontera de esos tiranos del oeste.

—Espero que mis servicios ayuden a poner fin a esta guerra, Mister Hartmann. Pero por encima de todo espero hacerle orgulloso.

Los ojos de Hartmann brillaban.

—Ya lo has hecho, hijo.

“Hemos hecho un buen trabajo entrenando a estos muchachos” pensó “solo temo que no vaya a ser suficiente”.

...

—¿Cuánto hace que le habéis perdido la pista?—Ryan avanzaba por el pasillo a paso firme mientras dos criados (alumnos de rango inferior) le iban entregando su casco, su cinto y su escopeta.

—Más de diez minutos—dijo Devan Dos—el tiempo que has tardado en responder a mi llamada.

—¡¡No me vengas con reproches, Devan!!—gritó Ryan parándose en seco— ¡Cuando estáis de patrulla, lo que pase en este edificio es VUESTRA responsabilidad!

—Nuestra y de los sargentos—dijo Devan con un bostezo—Además, yo estaba en clase.

—¿Eso le dirás a Mister Hartmann si sus hijos aparecen muertos?

En lugar de contestar, Devan se centró en un grupo de chicos de cuarto que perseguían a uno de primero.

—¡¡¡Te vamos a hacer una cara nueva, Kail!!!

—¿No son adorables?—dijo Devan ironicamente—el futuro de la 109.

Ryan estuvo a punto de gritarles algo, pero entonces apareció Francis, llamándolos desde el fondo del pasillo.

—¡RYAN UNO! ¡DEVAN DOS! ¡VENID!

El intruso se había atrincherado en el aula 28

—¡Entrégate!—rugió Ryan— o tiramos la puerta abajo.

Un extraño ruido metálico provenía del interior de la habitación. Devan no quiso esperar y disparó. Abrieron la puerta a duras penas, apartando sillas y mesas.

El intruso había arrancado con sus herramientas las rejas de la ventana y ahora escapaba por ella. Aferrándose a las rocas de la fachada del edifico, trepó hasta llegar a la ventana de arriba. Ryan y Devan fueron detrás. Oyeron los gritos de Winni, la enfermera, y su hermana Mila, que fueron sorprendidas por el ladrón mientras atendían a un muchacho con gripe.

—¡¿QUÉ ESTÁ PASANDO?!—gritó Winni al verlos entrar a ellos por la ventana

—Nada fuera de lo común—dijo Devan, y ambos se perdieron de vista detrás del encapuchado.

Capítulo 4

CAPÍTULO 3: SOBRE MAGIA, MITOS Y MURMULLOS

Ya lo tenían a menos de dos metros cuando toparon con una muchedumbre. El hombre se abrió paso a empujones. Devan y Ryan quedaron atrás. Otra vez se había formado un mercado ilegal en pleno pasillo. Dos chicos intercambiaban libros e historietas por rodajas de pan del mediodía que les ofrecían decenas de alumnos.

—¡¡¿Quién os ha dado permiso para sacar estos libros de la biblioteca?!!—dijo Devan, furioso.

—A mí no me mires—dijo Jason inocentemente—Yo ni siquiera sé dónde está la biblioteca.

—Vamos—dijo Ryan—no tenemos tiempo para esto.

Descendiendo por la escalera de caracol llegaron al vestíbulo con el tiempo justo de ver al ladrón salir por la puerta principal. En diez zancadas salvaron la distancia y abrieron la puerta, dándose de bruces con Alan Once.

Ryan se detuvo y dejó que Devan prosiguiera la búsqueda. Entre pasillos secretos y atajos, el vestíbulo era lugar de conexión con todos los extremos de la academia, y nadie lo estaba vigilando, así que era

prudente quedarse allí para interceptar al ladrón.

Alan Once le dedicó una sonrisa irónica. Era un muchacho de quinto, de pelo castaño largo recogido en una corta cola, que se había ganado un número once en su apellido a base de hacer siempre exactamente lo contrario de lo que los sargentos le pedían.

—¡¡¿Es que no has visto al ladrón?!!—dijo Ryan enfadado—¿Por qué no lo has detenido?

—¿Ese tipo encapuchado? Ah, lo he dejado pasar.

—¡¿Es que no tienes un ápice de respeto por la integridad de esta escuela?!

—La verdad, no. Ahora, si me disculpas…

—¿A dónde crees que vas?

—Creo que voy a mear, Ryan—Alan acentuó ese "Ryan" asecas, descortés, en tono desafiante—¿Es un privilegio demasiado desorbitado para los de mi clase?

—Hazte un favor a ti mismo, Alan. Sabes que por ese camino no te depara nada bueno—dijo Ryan

—Tal vez—reconoció Alan— Es que estoy demasiado ocupado sirviendoos a vosotros. No tengo mucho tiempo para pensar en mi.

Los alumnos de rango uno a cinco se pasaban las tardes practicando tiro y aprendiendo esgrima. Los demás se dedicaban a la servidumbre.

Ryan no supo qué replicar, así que decidió ignorarlo. Erguido y orgulloso, paseó por el vestíbulo atento a cada sonido de aquella casa: cada pisada, cada respiración, cada…

—Has visto lo que has visto. Todo lo que los Sigmur saben sobre fuerzas sobrenaturales está escondido en ese cuarto.

Cada voz. Ryan apostó la oreja a la pared de mármol.

—¿Cómo sé que no estás exagerando otra vez?

—¿Qué más pruebas quieres, Kennez? Creeme, tu hermano corre peligro. Tienes que sacarlo de aquí antes de que sea demasiado tarde. Te ayudaré a hacerlo.

—¿Cómo?

—De momento ve a devolver esa llave. Después hablamos

—¿Pero a dónde vamos a ir, Jayke?

—Y yo que sé, Kennez. No soy mago. Hago lo que puedo.

Hubo un breve silencio.

—Ojalá las leyendas fueran ciertas—dijo la voz de Kennez con un suspiro

—Muchas leyendas son ciertas. La cuestión es qué parte de ellas.

Las voces se apagaron. Ryan se había quedado de piedra. ¿fuerzas sobrenaturales? ¿Los Sigmur? Kennez y Jayke eran dos chicos de octavo o noveno curso que nunca habían llamado mucho su atención. ¿Qué podían saber ellos sobre los Sigmur que él no supiera?

—Venga, larguémonos de aquí antes de que sea demasiado tarde—dijo entonces Kennez— arriba están registrando a todo el mundo. Alguien ha robado un pan.

Entre tanto, Alan había subido hasta el tercer piso. Lo cierto es que en realidad no tenía ganas de mear. Eso era una mentirijilla que le había contado a Ryan para que lo dejara en paz.

Al silbar tres veces, una trampilla se abrió del techo y alguien le pasó una escalera. Contento, se acomodó la ropa. Entre el viejo suéter y la camisa llevaba escondido un pan que todavía estaba entero y caliente, pese al ajetreo y la persecución.

Capítulo 5

CAPÍTULO 4: UNA MERIENDA CLANDESTINA

—¡Alan! —La voz de Holly se oyó antes de que el muchacho hubiera terminado de subir al pequeño desván. Ella y Jet lo ayudaron a subir.

—Hombre, ¡Mira quién tenemos aquí!— dijo Jet. Era el más alto y tenía el pelo corto. Su rostro siempre estaba rojizo, como acabara de correr cien kilómetros.

Se encontraban en un pequeño cuartucho cuartucho donde apenas cabían cinco personas sentadas. Cuatro paredes de madera y una pequeña ventana enrejada. Podría resultar bastante incómodo, pero para ellos era el lugar perfecto para huír de los Sigmur y sus secuaces.

—Shhh—susurró Elmir. Tenía el pelo negro como la noche y el flequillo casi le tapaba los ojos—Nos van a oír Hartmann y sus secuaces.

—¡Pero qué nos van a oír, anda!—protestó Jet

—Déjalo que hable, Elmir— dijo Alan— con ese vozarrón de campesino que tiene, si le oyen quizás tenemos suerte y les provoca un infarto.

—¡Eh!—dijo Jet—¿Qué quieres pelea otra vez?

—Ya estamos—dijo Enia poniendo los ojos en blanco, y apartó la mirada hacia la ventanita enrejada que tenía al lado. Era morena y de pelo castaño claro, siempre con pequeñas trenzas en el peinado. Enia pasaba muchos ratos mirando hacia afuera, como buscando algo.

Una salida.

—¡PAN!—chilló Holly al ver la enorme masa que Alan ya empezaba a cortar y repartir. Holly tenía el pelo castaño oscuro y las mejillas salpicadas de pecas.

—¡Shhhh!

—¡Pan y algo más!—dijo Jet, quién había estado esperando a Alan para sacar la mantequilla, la mermelada y el porrón de vino que había conseguido.

—¿De dónde lo habéis sacado?—preguntó Elmir mirando su rebanada de pan con desconfianza mientras Jet le servía un vaso de vino.

—Verás, querido Elmir—dijo Alan cruzando las piernas para sentarse mejor y mirándolos a todos ahora muy serio— Cerca de la bodega, tras la puerta de enfrente, se encuentra un armario de la limpieza que, los domingos no porque es fiesta, pero a partir del lunes te teletransporta a un mundo mágico…

—Qué gracioso.

—¿No habréis estado robando otra vez, verdad?—dijo Holly sintiéndose enormemente culpable pero a la vez hablando con dificultad por todo el pan que se había metido en la boca de un solo bocado.

—¡Qué dice!—dijo Jet claramente sorprendido

—¡Cómo te atreves!—replicó Alan

—¿Nosotros?—dijo Jet—¿de verdad nos crees capaces...?

—Esto…. yo...—dijo Holly sintiéndose aún más culpable

—Me ofendes, Holly. No puedo creer que nos creas capaces—dijo Alan

—Entonces, ¿Os lo han dado o no?—preguntó irritada la muchacha.

—¡Claro que nos lo han dado!— dijo Alan

—¿Seguro?

—Holly, que lo han robado.— dijo Enia mirándolos severamente, e inmediatamente ambos chicos rompieron en carcajadas. Incluso Elmir esbozó una media sonrisa.

—¡No tiene gracia!—protestó Holly al borde de las lágrimas pero sin poder dejar de masticar—¡Sabéis que no me gusta que hagáis eso! ¡Jo! ¡No sabéis lo mal que me siento ahora!

Los chicos ya derramaban lágrimas de risa, sin apenas escucharla.

—Nos ha salido bien—suspiró Alan

—Nos ha salido demasiado bien—dijo Jet—Los has distraído de una manera que la zona de las cocinas estaba DESIERTA para poder llevarme lo que me diera la gana. ¿Has tenido problemas con Ryan?

—¿A ti qué te parece? Me ha perseguido el dúo dinámico en todo su esplendor: Ryan y Devan. Pero ya sabes que les pesa el culo. Me han visto salir del vestíbulo y aún me ha dado tiempo de cambiarme de ropa super rápido antes de que llegaran al exterior.

Siguieron riendo a carcajadas mientras Holly seguía gritando.

—¡Ya os vale!—protestó enfurecida Holly— ¡Sois unos delincuentes los dos! ¡Enia! ¡Enia, diles algo!

—Creeme, Holly. Nada me gustaría más que poder cantarles las cuarenta a estos dos bastardos. Pero es que yo tampoco soy la más indicada para hablar.

Y con una sonrisa pícara, sacó una bolsa de pastelitos de manzana.

...

A la hora de la cena aún seguían haciendo bromas al respecto.

—Esta sopa sin verduras está buenísima—dijo Enia irónicamente— pero es que no me cae un bocado más

—Shhh, calláos que nos van a pillar—dijo Alan entre risas

—Nos van a pillar—sentenció Elmir—Y esta vez nos tocará algo mucho peor que dormir entre los maizales de afuera.

—Oye después de comer vamos a la biblioteca y nos llevamos un par de libros, ¿vale?—dijo Jet como quien oye llover— Jason me ha pedido más mercancía. ¿Me pasas el pan, Ace?

—¿Tu quieres ir a robar a la biblioteca?—dijo Elmir mirándolo

seriamente—¿o es Alan quien quiere ir a robar a la biblioteca?

—Los dos—dijo Jet

—Pero la idea es de Alan, ¿no?—insistió Enia, suspicaz

—¿Queréis conseguir un bocado extra o no?—protestó Alan poniendo los ojos en blanco

En ese momento se abría la puerta del comedor. Kennez traía abrazado a su hermano Kail, que sangraba ávidamente por la cabeza.

Capítulo 6

CAPÍTULO 5: LO QUE IGNORA RYAN

—¡Ace, aquí no!—dijo Winni Tres apartándole la mano de la cintura. Junto a Jet y los demás estaban sentados ellos dos.

Winni era una chica de pelo rubio y ondulado. Tenía una sonrisa que podría alegrarle el día hasta a un herido de guerra, y soñaba, como muchas chicas de la academia, con dedicarse a ello en el futuro. Ni ella ni Ace habían estado comiendo pan y pastelitos antes de la cena, así que sus cuencos de sopa estaban vacíos

—no quiero que vuelvan a encerrarte en el sótano—dijo Winni

Mientras, en el centro de la sala comían todos los señores: sargentos, profesores y por supuesto, Hartmann, su esposa y sus dos hijos. Todos se atiborraban a pavo a la wingaresa y pasteles de todo tipo.

—Winni...—Ace la miraba solemnemente—dentro de dos semanas nos enviarán a la guerra y estaremos sirviendo en frentes diferentes. ¿Acaso hay castigo peor?

No tuvo tiempo de responder porque Mister Hartmann se había levantado para pronunciar su discurso de fin de curso. La escuela entera estaba pendiente de él. Sentados junto a Ace; Jet, Alan, Enia y Elmir hacían muecas de asco y se metían los dedos en la boca como si fueran a vomitar.

—¡Winni!—Susurró una voz a sus espaldas. Ere Kennez, que venía con su hermano herido.

—Dios mío, Kail...

Pese a las heridas de Kail, Devan y Kamil les hacían señales para que se sentaran (Ryan estaba demasiado ensimismado en el discurso de Hartmann como para prestar atención a lo que ocurría). Cuando un Sigmur estaba de pie dando un discurso, nadie más podía levantarse. Winni se mordió el labio. Miró a Ace. Se puso en pie.

—Devan Uno, Kamil Tres, disculpadme—susurró Winni cuando pasó cerca de ellos—tengo que llevar a este chico a la enfermería.

—Disculpada estás—dijo Devan con su habitual expresión de aburrimiento—Y a nosotros nos disculparás cuando le digamos a

Hartmann que te has estado toqueteando con tu novio toda la cena. Creo que serán dos semanitas en el sótano. Y si no recuerdo mal, en dos semanas partimos para el frente. Va a ser un poco difícil decirle adiós a tu Ace desde ahí abajo, ¿no crees?

—Lo siento, pero vas a tener que elegir, Winni—dijo Kamil tratando de suavizar la situación—Las normas son las normas.

Y por primera vez en su vida, Winni eligió saltarse las normas, abandonando el comedor con la cara llena de lágrimas, seguida de Kennez y su hermano.

...

—¿Cómo ocurrió?—preuntó Winni mientras buscaba apresuradamente desinfectante y bendas.

—Jenn y su grupo—dijo Kennez ampliamente enfurecido—llevan acosando a mi hermano desde que empezó el curso

—Pero esta herida... debió golpearse con algo.

—Caí de lado...—dijo Kail, pálido y sombrío—hubo un destello de luz. Como un relámpago. No llegaron a tocarme. Ellos salieron despedidos también.

—Mi hermano ha estado escuchando demasiados cuentos—dijo Kennez revolviéndole el pelo cuidadosamente.

—Kail, cariño—dijo Winni acercándose con el material—necesito que estés muy quieto ahora, ¿vale?

—¡N-no! —dijo Kail

—Kail...—suspiró Kennez

—¡¡¡No!!!—repitió Kail apartando la mano que le dirigía Winni.

Fue solo un segundo. Una energía de color blanco y lila emanó del cuerpo de Kail, proyectándose hacia todos lados. Winni cayó hacia atrás.

—¡¿Qué ha pasado?!—Kennez corrió a ayudarla

—Bueno, bueno, bueno...—dijo una voz en el umbral de la puerta.

Ryan no se había perdido un detalle "ahora empiezo a entender muchas cosas" pensó.

Capítulo 7

CAPÍTULO 6: GWENNFELD

—Oye Enia, ¿crees que alguno de estos libros explica cómo cambiarte esa cara de sosaina que tienes?

La Academia 109 era diferente al resto de academia militares del país en muchos sentidos. Era la única academia que albergaba alumnos de primaria y de secundaria, la única academia mixta y la única que contaba con una biblioteca, aunque los alumnos tenían prohibido el acceso.

—Pues seguramente, Jet—contestó la chica—pero para averiguar cómo hacerlo, primero tendrías que aprender a leer, ¿no crees?

—Me estoy preguntando si no nos estamos pasando un poco de la raya por hoy—comentó Alan

—¿A qué te refieres?—preguntó Jet, que sostenía una bolsa del tamaño de un elefante donde los otros cuatro no paraban de meter libros y más libros

—Se refiere a que los Sigmur van a aparecer por esa puerta en cualquier momento y mañana estaremos todos en el frente como carne de cañón.

—Dudo que los Sigmur vayan a acercarse aquí—dijo Alan mientras introducía en la bolsa *Numerología para Principiantes*—¿Tu has visto lo lerdos que son? Son Devan y los demás quienes me preocupan. Además...

Se detuvo un momento, sombrío.

—A todos nos van a mandar al frente tarde o temprano.

Enia ladeó la cabeza mientras examinaba un ejemplar de

—Yo no quiero ser cómplice de una guerra que no es mía.

—Pues deberíamos escaparnos—dijo Jet

...

Cerca de allí, Ryan salía de la enfermería apresuradamente. Winni corría tras él pisándole los talones.

—¡Ryan! ¡¡Ryan Uno!!—imploraba ella—¡No puedes contarle a nadie!

—Tengo que hacerlo, Winni.

—¡Ese chico tiene once años! ¡Vas a hacer que lo conviertan en...en...!

—¡En un arma!—Ryan se detuvo, fascinado—¿No te das cuenta, Winni? Kail será nuestra esperanza. Con él ganaremos la guerra. ¿No quieres que haya paz en el mundo? Imagina un mundo donde el Estado de Sigmur, la Corona de Ylmir y la República de Wingar fueran uno solo. Viviendo en harmonía.

...

—¿Escaparnos?—dijo Holly mientras introducía en la bolsa un libro sobre plantas extintas que había encontrado por casualidad.

—Ya estamos con eso otra vez—Alan puso los ojos en blanco

—¡Hablo en serio!—dijo Jet

—Eso nos temíamos—respondió Elmir seleccionando más libros de un estante

—¡Ya lo han hecho antes!

—Nadie sabe si eso es verdad—le recordó Enia

—Pero escaparnos... ¿a dónde?—preguntó Holly

—A Gwennfeld.

Todos se miraron.

—¡Acercáos todos, venid!—dijo Alan con una sonrisa irónica—Es la hora

del cuento con Jet Siete.

—¡Cállate, capullo!

—¿Qué es Gwennfeld?—preguntó Holly

—¿Nunca has oído la historia?—dijo Elmir—En la Academia 108 estuvo muy de moda durante un tiempo. "Gwennfeld, la província perdida", decían "nunca ha sido vista dos veces en el mismo sitio". La última província más verde del mundo.

—Un cuento de niños—suspiró Enia

—Decían que el mundo antes estaba llenos de árboles, todos juntos, formando como grupos

—bosques—aclaró Alan.

—Eso. Y esos bosques producían aire, y la gente respiraba ese aire, que era más puro. Y no necesitaban píldoras ni máscaras para respirar.

—Pero eso es imposible...—decía Holly fascinada

—También decían que en esos bosques se esconden todas las especies que se han extinguido—Alan tenía abierto un libro sobre la mesa con impresionantes ilustraciones de criaturas que parecían sacadas de una novela de fantasía—El gato gigante en pijama

—Tigre—corrigió Enia

—el unicornio gordo—dijo Alan

—Rinoceronte—corrigió Elmir

—Este es mi favorito—dijo Jet deteniéndose ante lo que parecía un ozezno con los ojos vendados—el ladrón de los bosques

—Se parece un poco a ti—reconoció Alan

—Vete a la mierda.

Cerró el libro, lo tiró dentro de la bolsa y la arrastró hacia la salida.

Al abrir la puerta, se dio de bruces con Mister Hartmann.

Capítulo 8

CAPÍTULO 7: CULPABLES

Hartmann no movía un músculo. Sus poderosos ojos miraban a Jet, llenos de furia. La bolsa de libros robados se encontraba escondida detrás de la puerta abierta.

—¿Qué les trae por aquí, muchachos?—dijo con su fría cortesía al fin.

—Nos hemos confundido de sala—se apresuró a decir Jet

La bofetada de Hartmann le hizo tambalearse y caer al suelo. Con el labio ensangrentado, Jet miró a su atacante y rió diabólicamente.

—¿Eso es todo lo que sabe hacer, viejo fofo?

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando recibió la punta metálica del bastón en la cara. Sin darle tiempo a ponerse en pie, el señor de la casa atestó un golpe tras otro con su bastón, en la cabeza y en la espalda, mientras gritaba:

—¡Sucia alimaña! ¡Criatura del demonio! ¡Robar a tu propio señor!

—¡¡¡Déjele en paz!!!—bramó Alan—¡No hemos robado nada!

—¡¿Me créeis un imbécil?! ¡¿A mí?! ¡¡Yo sé todo lo que pasa en esta academia!! ¡TODO!—había un tono de dolor en su voz— ¡Mocosos desagradecidos! ¡No erais más que cinco huérfanos muertos de hambre! ¡De no ser por mí no tendríais donde caeros muertos!

miró a Jet.

—levántate

Jet obedeció

—Ahora, arrodílláos todos ante mí y pidid disculpas a Dios y a la Academia 109 por lo que habéis hecho.

Alan y los demás obedecieron casi al instante. Jet no se movió del sitio.

—¡HAZLO!—bramó Hartmann fuera de sí.

—Jet, haz lo que te dicen—dijo Enia

—No seas idiota—dijo Elmir

Jet levantó la mirada para ver a Hartmann. Cada músculo de su cuerpo temblaba. Abrió la boca, pero no para hablar.

El escupitajo entró limpiamente por la nariz de Mister Hartmann

...

—¿Te duele?—preguntó Holly

—¡¿EN QUÉ MIERDA ESTABAS PENSANDO?!—aulló Alan.

No paraba de dar vueltas por el pasillo. Los demás estaban sentados, abatidos ante lo que había pasado. Quedaban pocos minutos para el toque de queda. Ellos cinco eran los últimos que quedaban por irse a dormir.

—No lo...¡AUUU! No lo sé, Alan. Ya os he dicho que lo siento.

—¡¡¡¿Y de qué nos servirán tus disculpas cuando estemos todos en el frente?!!!

—Esto es malo. Esto es muy malo—Dijo Elmir.

Enia no dijo nada. Se levantó, asqueada, y se fue a la habitación dando un portazo.

—Calmaos—dijo Jet—ha dicho que mañana decidirán nuestro destino. No sabemos si nos van a mandar al frente.

—No, quizás nos corten la mano—dijo Elmir

Alan seguía echando chispas.

—de todas las estupideces que has hecho desde que te conozco...

—¡EH!—saltó Jet—¡Te recuerdo que la idea de la biblioteca fue tuya! ¡A mi me importan un comino los negocios con Jason!

Elmir miró a Alan con profunda decepción. Se levantó y se fue sin decir nada. Alan también se marchó, pero no a la habitación. Ya no tenían nada que perder. ¿Qué importaba el toque de queda? avanzó por el pasillo en dirección contraria.

—¡Todos vamos a acabar en el frente!—le gritó Jet mientras se iba—¡Tú mismo lo has dicho! ¡A ver si te aclaras, capullo!

—¡Vete a la mierda!—respondió él sin mirarlo.

...

Alan no sabía cuanto tiempo llevaba sentado al pie de la escalera de caracol, contemplando las cuatro paredes del oscuro vestíbulo. Quizás una hora, quizás dos. Quizás más tiempo. Eran las cuatro paredes más aburridas de la historia de las paredes. De piedra, sin ningun tipo de decoración, ningún cuadro ni escultura. Los sigmur no eran conocidos por su adoración al arte. Al fondo había un sillón de cuero, y junto al sillón una lámpara, y cerca de la lámpara un delgado reloj de pie. Y eso era todo.

Tic...tac...tic...tac...

Las manecillas parecían avanzar a cámara lenta. Pero Alan no se iba a dormir. Sabía que no conseguiría dormir aunque lo intentase.

—Creí que te habrías ido más lejos—dijo una voz

—No hay mucho a donde ir—respondió él.

Holly se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro. Ella tampoco había conseguido conciliar el sueño.

—No puedes enfadarte con Jet, Alan—protestó la muchacha—si hemos aceptado juntarnos los unos con los otros es porque todos aceptamos las consecuencias que eso nos puede traer. Eso lo sabes.

—Lo sé—afirmó él—no estoy enfadado con Jet. Estoy enfadado conmigo. Jet odia a los Sigmur porque yo odio a los Sigmur. Es mi culpa lo que ha hecho. Pero es que él no piensa las cosas, es demasiado inocente...

"Y la inocencia no perdura en un mundo como este" pensó Alan tristemente.

—Pero hay algo más, ¿no?—dijo ella—dos robos en un día no es propio de ti.

Alan asintió.

—Hoy es mi cumpleaños.

—Lo sé, Alan. No he querido recordártelo.

—Nunca te he contado la historia, ¿no?

—No...

—Mis padres biológicos tardaron tres meses en desecharme. Cualquier otro sigmur se toma un año entero para determinar si vas a ser obediente e impecable antes de tomar esa decisión. Qué más da, no recuerdo ni sus caras. Después tuve a mis padres adoptivos. A ellos les daba igual como fuera yo. Porque ellos eran rebeldes.

Los ojos del muchacho se habían llenado de lágrimas.

—Por eso los mataron—prosiguió— Ese día me habían hecho un pastel de chocolate enorme por mi cumpleaños. No llegamos a probarlo. Llamaron a la puerta y me dijeron que me escondiera en mi cuerto. Oí los disparos... Me dijeron que unos bandidos habían entrado en casa y los habían matado. Me llevaron a la academia con la esperanza de que me tragara esa mentira. De que ni siquiera me acordaría de que habían asesinado a mis padres.

Holly abrazó a Alan fuertemente, sus ojos llenos de compasión. Él no hacía más que derramar lágrimas.

—Yo ni siquiera se quiénes son mis padres—le dijo ella— ¿Y sabes qué? No importa. Os tengo a vosotros. Y con eso me basta.

Reinó el silencio durante unos minutos. Ambos se habían quedado pensativos. Finalmente, a Alan se le ocurrió algo.

—Oye Holly...

¡¡¡BOOM!!!

Sin previo aviso, la estancia se convirtió en un mar de llamas y escombros. Alan había volado diez metros hacia adelante.

—¡HOLLY!

Dolorido y desorientado, se incorporó. No veía más que una nube de polvo iluminada por el fuego.

—¡HOLLY! ¿DÓNDE ESTÁS?

Capítulo 9

CAPÍTULO 8: PAREDES EN LLAMAS

El techo se derrumbaba y tres alumnos habían aterrizado en el suelo con un golpe seco. Tosiendo y esquivando los escombros que caían del techo, Alan gateó de vuelta hacia el otro lado de la estancia.

—¡Alan!—dijo una voz

Alan levantó la mirada y vio a Ace salvar la distancia entre las escaleras rotas y el suelo de un salto. Cargaba con un alumno en cada hombro

—¡Tienes que salir de aquí!—gritó cuando estuvo cerca—¡Vamos Alan, deprisa! ¡El edifico va a estallar!

—¡¿Y los demás?!

—¡Están saliendo por las ventanas! ¡Date prisa en salir!

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Winni está encerrada en el sótano, tengo que sacarla de allí.

Ace se perdió en una nube de polvo, pero Alan no fue tras él. En el rincón del vestíbulo había divisado una figura. Una muchacha se encontraba pegada a la pared.

—¡¡¡Holly!!!

Tambaleándose, Alan caminó hasta donde estaba ella. A su lado yacía un inconsciente Kennez que la chica trataba de reanimar.

—¡Alan!—la chica levantó la mirada. Estaba ilesa, pero derramaba lágrimas ávidamente

—Tenemos que irnos. Ayúdame a arrastrarlo.

—¡No, no, no no!—protestó ella—hay demasiada gente, ¡Tenemos que

hacer algo!

En ese momento, una viga se desprendió del techo y quedó colgando cerca de ellos.

—No hay tiempo—Alan ya levantaba a Kennez, y Holly lo imitó irremediablemente—Vamos, ya no podemos hacer nada.

—¡¡No hay derecho!!—sollozó ella mientras caminaban hacia la salida, dejando atrás a los otros.

Los recibió el frío de la noche, en el patio delantero. Allí se habían congregado algunos supervivientes. Winni y su hermana Mila se ocupaban de los heridos. Los ayudaron a depositar con cuidado a Kennez sobre la hierba. Kamil y Yili repartían máscaras de oxígeno.

—¿...Kail?—dijo Kennez con un hilo de voz

—Tranquilo. Está bien—le aseguró Winni está con unos alumnos de segundo año.

—¡No os separeis! ¡Eso es! ¡Con cuidado! —se oía gritar a Ryan en algun lugar.

—¡Holly! ¡Alan!—Elmir salió de entre la multitud y cojeó hasta donde estaban ellos. Enia venía detrás, caminando conmocionada y sangrando por la mejilla. Holly corrió a abrazarlos a ambos.

—¿Jet?—preguntó Alan

—Aún no ha salido—dijo Elmir

A Alan se le heló la sangre en las venas. Sin pensarlo dos veces, dio media vuelta y volvió por donde había venido.

—¡¡Alan!!

—¡¿A dónde vas?!

Sus voces eran un molesto eco sin importancia. Lo único que importaba era llegar hasta Jet a tiempo. Cruzó la distancia que lo separaba del edificio en medio segundo.

Ahí lo detuvo Ace atrapándolo con ambos brazos.

—Alan, ¡NO!

—¡¡¡Suéltame, Ace!!!—Gritó Alan, fuera de si—¡Maldita sea! ¡Déjame ir! ¡Tengo que entrar! ¡Tengo que volver! ¡Jet está ahí dentro!

Al fin consiguió librarse y subió los peldaños de la entrada. Alcanzó a tocar el marco de la puerta abierta antes de la segunda explosión.

El impacto le hizo caer de espaldas sobre la hierba. El fuego de la explosión había cubierto el edifico entero. Lo poco que quedaba de él se derrumbaba a gran velocidad. Incapaz de incorporarse, Alan pataleó y braceó con rabia, imponente, aún tratando de hacer algo, tratando de...

—¡¡¡JEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEET!!!—gritó Holly a todo pulmón.

Iluminados por el fuego, veinticinco alumnos no hacían más que contemplar las cenizas de lo que, para algunos más que otros, había sido un hogar. Ser expulsado del paraíso es una cosa, pero cuando te expulsan del infierno, no sabes cómo sentirte. Por lo general te quedas con un vacío interior que no sabes explicar. Incluso Alan, arrodillado ahora frente a una puerta principal que ya no conducía a ningún sitio, sintió una puntada de nostalgia. Habían crecido durante seis años en aquel horrible edificio. Allí dentro había conocdio a los únicos amigos que había tenido. Habían jugado, reído, tonteado, habían sido castigados juntos incontables veces. Y allí habían soñado con una vida mejor.

Mientras, subidos a una roca y aún escopeta en mano, Ryan y Devan contaban a los supervivientes, quienes no hacían más que reunirse, abrazarse y acercarse para preguntarles qué había pasado. Ryan se encontraba demasiado conmocionado para responder. Los Sigmur habían muerto en el accidente. Todos ellos: Hartmann, su mujer y sus hijos. También los sargentos y los profesores de la academia. Patrullando por el primer piso, Ryan había sentido la explosión de primera mano. Venía de las habitaciones de los sigmur.

Fuera quien fuera quien hubiera organizado todo aquello, estaba claro que quería verlos muertos a todos. Y si aquel alguien andaba cerca, solo podía significar una cosa

—Tenemos que movernos—le dijo a Devan, y su amigo dio la orden.

Capítulo 10

CAPÍTULO 9: EL CAMINO DE LA SALVACIÓN

—Holly, levanta—decía Enia por segunda vez—hay que irse

—¡NO!—lloriqueaba ella—¡¡No quiero irme!! ¡¡Jet!! ¡¡¡Es nuestro amigo!!!

—Lo sé—dijo Enia arrodillándose gravemente frente a ella—pero ya no está. Y si no nos movemos, nos matarán.

La fila de alumnos ya empezaba a perderse en la oscuridad.

—¡¡Parad!!—gritó Alan con voz ronca. Se había puesto en pie y se acercaba a paso lento a la multitud que avanzaba hacia al noreste—¡¡Basta!! ¡¿A dónde vais?!

—No sé si las noticias han llegado a tu cabezota—respondió Devan desde lo alto de la roca—pero hemos sido atacados. Hay que largarse de aquí antes de que nos encuentren.

—¡Nosotros no hemos sido atacados! ¡Los Sigmur han sido atacados!—chilló Alan—¿Veis algún Sigmur por aquí?

—Cruzaremos la Sierra Baja hasta las Montañas Salvajes—anunció Ryan para todos, sin prestarle mucha atención a Alan—Hay que informar de lo que ha pasado. Una vez estemos al otro lado de las montañas, estaremos a salvo.

—Las Montañas Salvajes están infestadas de bandidos—intervino Enia acercándose también

—Además, hay más de diez kilómetros campo a través hasta el pie de la Sierra Baja—dijo Elmir—Seríamos un blanco fácil.

— Nuestra mejor opción es ir hacia el noroeste—dijo Alan— Los maizales nos camuflarán. Viajaremos seguros.

Aquello hizo reír a Devan y a un par de sus amigos a carcajadas.

—Nadie ha estado nunca por esa zona. Ni siquiera hay caminos—explicó Ryan pacientemente— lo único que sabemos es que acabaríamos en el Reino de Ylmir en menos de un día. La frontera se encuentra muy cerca de aquí.

—Los Ylmireños nos matarían. No duraríamos ni dos días—dijo

Devan—Ryan, ¿por qué estamos discutiendo con estos mocosos?

Y dicho esto se unió a la multitud para dar órdenes.

—¡ESCUCHADME TODOS!—Alan no se rendía. Unas cuantas cabezas se giraron— ¡Los Sigmur de esta región están acabados! ¡Nosotros ya no somos sus súbditos, no tenemos por qué seguirlos!

—¡...Alan...!—advirtió Ryan, furioso

—¡¡¡Los Sigmur no os protegerán!!!—bramó él sin escuchar—¡Recordad lo que os digo! ¡No os protegerán! ¡Somos libres, ahora! ¡Podemos empezar una nueva vida! ¡Vayámonos lejos de aquí! ¡Vayámonos al noroeste!

—Si Hartmann estuviera aquí te encerraría en el sótano por traidor—dijo Ryan apretando los dientes.

—Inténtalo, Ryan—dijo Alan con su habitual sonrisa—tienes toda la noche para reconstruir el sótano y la academia entera.

Ryan estaba por obligarles a que avanzaran a la fuerza, pero entonces llegaron Winni, Ace y Mila, la hermana pequeña de Winni.

—Yo me ocuparé de ellos, Ryan Uno—dijo Winni firmemente.

Winni jamás había contradecido a Ryan, así que la dejó al mando. A ella la escucharían más que a él.

—Estamos contigo, Alan—dijo Ace poniéndole una mano en el hombro cuando Ryan se hubo marchado.

—Viajad con cuidado—dijo Winni—Ryan tiene parte de razón. Los Ylmireños no van a ser amigables con vosotros. Tomad.

Les entregó seis máscaras de oxígeno extra que había tomado prestadas.

—¿Qué significa esto?—preguntó su novio—¿Es que no vienes con nosotros? Habíamos dicho...

—Ace...—dijo ella con un hilo de voz, buscando las palabras adecuadas.

Ryan planeaba llevar a Kail ante el ejército Sigmur, Winni lo sabía. No podía dejar que sacrificaran la vida de un niño para ganar una guerra. Tenía que hacer algo. Además, la mitad de los supervivientes estaban gravemente heridos. La iban a necesitar.

Alan, Elmir y Enia ya obligaban a Holly a levantarse y caminar hacia los gigantezcos brotes de maiz.

—Cuida de mi hermana—dijo ella con los ojos llorosos—cueste lo que cueste.

—Es injusto—dijo Ace abrazándola con fuerza—La academia se ha derrumbado. Ésta tenía que ser nuestra oportunidad de estar juntos para siempre.

—Quizás siempre estuvo decidido que hoy íbamos a separrnos.

—¿Volveré a verte?

Winni bajó la cabeza. Mila no hacía más que mirar a su hermana mayor y derramar amargas lágrimas.

—No lo sé, Ace...

***

Diez minutos después, una llorosa Winni abría la marcha del grupo de Ryan, no porque alguien la hubiera puesto en posición de liderazgo, sino todo lo contrario. Detrás de ella caminaban Ryan Uno y Devan Dos, escopetas en mano, vigilándola en todo momento. Después de lo que había hecho dejando que el grupo de Alan tomara el camino de la izquierda, ya no iban a volver a confiar en ella. Muy cerca les seguían Kamil Tres y Yili Cuatro, que en la academia habían demostrado ser fieles guardias y notables guerreros.

Bastante más por detrás, como midiendo su distancia, venían Jayke y Jason, ambos de apellido Cinco. Ellos nunca habían tenido el expediente especialmente limpio, pero compensaban este hecho con sus habilidades con las armas y su actitud servicial. Ryan y Devan no confiaban plenamente en ellos. Y hacían bien.

—¿Me vais a explicar ya a qué estáis jugando?—dijo Kennez Seis, que no soltaba la mano de su hermano Kail en ningún momento.

—Shhh... Aquí no—susurró Jayke, que tenía la mirada fija en los cinco de delante en todo momento—Te lo contaremos a su debido tiempo.

Detrás de ellos venía la multitud, quienes directa o indirectamente, los veía a ellos nueve como líderes, incluso a Kennez y a Kail. Al fin y al cabo, incluso aquellos dos humildes hermanos parecían enterarse mejor que ellos de qué diantres estaba pasando o hacia dónde diantres deberían dirigirse. Y como Mister Hartmann nunca les había enseñado a pensar,

decidieron obedecer y dejar que ellos lo hicieran.

Mientras, a unos metros al oeste de allí, la luna llena iluminaba kilómetros de campos de cultivo. Escondidos entre sus tallos, Alan y sus amigos avanzaban sin descanso. El humo ya había quedado atrás. Las nubes se habían discipado.

Era todo tan extraño... a ratos se sentía como si estuvieran en una excursión. Los sargentos a veces organizaban esas salidas para enseñarles a orientarse. El grupo de Alan se pasaba esas excursiones perdiéndose a propósito y robando mazorcas.

Pero entonces se acordaban de dónde estaban y de por qué estaban allí, y de todo lo que había pasado. Y por si fuera poco, en ese momento las rodillas de Elmir fallaron.

—Arriba, Elmir.

Alan no podía ni ver sus ojos. El flequillo se los tapaba por completo. Se había encogido en el suelo y se revolvía cada vez que alguien intentaba tocarlo.

—¡No! ¡¡No!! Esto está mal. Esto está muy mal...

—¿Qué le pasa a tu amigo?—preguntó Ace. Él y Mila acababan de llegar junto a ellos.

—¿Qué le pasa en las rodillas? A veces le fallan. Es de nacimiento—dijo Alan—¿Qué le pasa en la cabeza? Me he hecho la misma pregunta durante cinco años. Va y viene. Vamos, colega. Te echaré una mano.

Pasándole el brazo por su espalda, le ayudó a seguir caminando. Al pasar junto a Ace, éste lo miraba como si fuera a darle el pésame por un familiar difunto.

—Alan, Mila y yo vamos a tomar otro camino—dijo, titubeando.

Miraron a Mila. Ella no miraba a nadie, como si no formara parte de lo que estaba pasando.

—Lo siento, Alan—prosiguió Ace—le prometí a Winni que pondría a su hermana a salvo a toda costa. Yo no puedo...

—Yo también me marcho—anunció Enia como si tal cosa, que estaba acomodando algunas cosas en su mochila y ya se preparaba para adelantarse en el camino—Sabéis de sobras que vienen a por nosotros. Al

paso que vamos estaremos muertos en menos que canta un gallo.

—¡¡Enia!!—chilló Holly agarrándose a su brazo tan fuerte como pudo para evitar que se marchara.

—Lo siento, Holly—dijo Enia deshaciéndose de ella gentilmente—te echaré de menos, de veras.

Y se dispuso a emprender la marcha ella sola, pero no sin antes se interceptada por la figura de Alan.

—¿Podemos hablarlo?

—No hay nada que hablar, Alan.

—Acabamos de perder a Jet. No puedes hacernos esto. Elmir no puede ni caminar.

—¡¡Dejadme aquí!!—dijo Elmir gravemente, desde el suelo, hablando como en una obra dramática de cien años de antigüedad—¡¡De nada os serviré de todas formas!!

— No digas tonterías, Elmir—dijo Alan—sin ti no habríamos llegado hasta aquí

—Ya no estamos en la academia—replicó Elmir—puedes dejar de fingir que te importo para que te siga a todas partes

—¿De qué narices estás hablando?

—Como si no lo supieras

Holly había vuelto a romper en llantos. Mientras, Ace trataba de llevarse a Mila con él, pero la chica se había sentado en una roca del camino y se negaba a moverse.

—¡¡¡Vamos a morir!!!—gritó, y aquello fue al gota que colmó el vaso. Todos se quedaron quietos y en silencio. Durante medio minuto, no se oyó otra cosa que los sollozos de Holly.

Solo entonces se dieron cuenta de que llevaban un buen rato oyendo un ladrido, que cada vez estaba más cerca.

Miraron al frente. A pocos metros se veía un perro acercarse a toda velocidad, seguido por una figura humana. Aquello que veían solo podía significar una cosa.

La enorme masa de pelo se abalanzó sobre Alan y empezó a lamerle la cara sin parar. Cada vez más cerca de ellos, el dueño del perro gritó:

—¡¡¡Y yo que creí que no iba a volver a verte, capullo!!!—dijo una voz

Capítulo 11

CAPÍTULO 10: REUNIDOS

—¡JET!—Holly fue la primera en correr a abrazarlo.

Alan se había quedado de piedra. No podía creer que su amigo estuviera vivo. Ni él ni ninguno de los demás. Todos habían abandonado sus planes de largarse, shoackeados ante la buena noticia. Elmir incluso había conseguido mantenerse de pie.

—Eres un capullo con suerte—dijo Alan, los ojos desorbitados.

—Mejor que ser un capullo asecas como tu—dijo Jet

Y se abrazaron.

—¿Qué ha pasado, Jet?—preuntó Ace, intrigadísimo.

—¿A mí me preguntáis? ¡Pensaba que estábais todos muertos! Escuché la explosión, vi el humo, escuché los gritos. Entre que corría hacia vosotros dejé de escuchar nada. Silencio.

—Pero ¡¿dónde estabas tú?!—replicó Holly—¡Yo te vi irte a la habitación!

—Me escapé por la ventana—explicó. Salí al patio delantero a tomar el aire. No había casi nadie patrullando. Cuando Angello me vio, empezó a ladrar sin parar y pensé que me iban a pillar.

—Ya decía yo que me habían despertado voces—dijo Elmir

—Entonces entendí lo que narices quería el perro—dijo Jet. Angello se daba por aludido y correteaba alrededor de Jet, jadeando y ladrando alegremnete—¿Os lo podéis creer? ¡Este perro llevaba toda la noche escarbando en la valla un agujero enorme! Se ve que tenía más ganas de largarse de aquí que nosotros. Enfin, le ayudé a terminar el hoyo con una palita. Salió disparado y tuve que ir a buscarlo.

—¡Arf!—dijo Angello, confirmando los hechos.

—Sí, tu di "arf", capullo. Una hora estuviste corriendo como un estúpido, vete a saber a dónde.

—No hay prenda que no se parezca a su dueño—comentó Alan

En ese momento oyeron algo hacer ruido entre los tallos.

—Hay que moverse—dijo Enia

—Pero ¿Me vais a contar lo que ha pasado en la Academia? ¿Están todos bien?

—Te lo contamos por el camino—se apresuró a decir Ace, que ya avanzaba por el estrecho pasillo rodeado de plantas.

—Esperad, por aquí no—dijo Jet al ver que Ace y Mila giraban hacia la izquierda— tengo que mostraros algo por este lado

—¿El qué?—preguntó Alan

—Nuestro nuevo hogar.

***

Con el ánimo mucho más alto, el grupo avanzó siguiendo a Jet mientras le contaban todos los detalles. Trataban de hablar en voz baja, pues no sabían quién podría estar acechando.

—Si la academia se ha quemado—dijo Holly—entonces no nos estamos escapando, ¿verdad? ¿Creeis que el Mago sabe eso?

Otra de las muchas leyendas que se contaban en la Academia 109 era la del misterioso mago de capa negra que rondaba sus alrededores, siempre encapuchado, listo para asesinar a cualquiera que intentara escaparse. Nadie sabía por qué lo llamaban "el Mago", y cada vez que alguien contaba la historia, describía su supuesta "magia" de una forma totalmente distinta. En algunas versiones, el mago transformaba sus manos en cuchillos. En otras, aparecía y desaparecía a placer.

—El Mago no existe, Holly—dijo Alan—solo es un cuento para asustar a los niños

—si que existe—aseguró Mila caminando junto a ellos, sombría—Mi amiga Lara y unos chicos de clase intentaron escaparse por la noche hace tres años. Llegaron a la cima de la valla y lo vieron al otro lado: un hombre encapuchado, vestido todo de negro y quieto. Mirándolos fijamente. Se asustaron tanto que volvieron por donde habían venido y nunca más trataron de escapar.

—A lo mejor lo que visteis fue a Alan robando mazorcas—dijo Jet

—En esa época no robaba mazorcas—dijo Alan

—Solo huevos del gallinero—le recordó Elmir

—Era asqueroso comérselos crudos...

—¡Mirad! Hemos llegado

El pasillo de maizales terminaba al pie de una pequeña colina. Encima de la colina había una casita, destartalada y llena de grietas.

—Cuando Angello llegó aquí se puso muy nervioso y no quiso seguir más.

—Creeis que la casa está...¿encantada?—dijo Alan dramáticamente, con fingida expresión de horror.

—¡Calla Alan! ¡No hagas bromas con eso!—dijo Ace.

—Bueno, solo hay una forma de averiguar si es un buen lugar para pasar la noche—dijo Alan—¿voluntarios?

Todos se quedaron en silencio. Angello lanzó un gruñido lastimero.

Capítulo 12

CAPÍTULO 11: EL REFUGIO MÁS EXTRAÑO

Cinco minutos después, Alan, Jet y Enia salvaban colina arriba la distancia que los separaba de la casa.

—¿Tu crees en los fantasmas, Enia?

"Otra vez no" pensó Alan, que sabía lo que venía después de esa pregunta.

—No mucho, la verdad—respondió ella—¿Tu si?

—Pues yo nunca fui de creer mucho en esas cosas—dijo Jet—pero es que fue conocerte a ti y...

Enia no se molestó en lo más mínimo ante aquel comentario, sino que se limitó a mirar a Jet mientras caminaba, con sus ojos grises y brillantes. Llevaba como siempre el pelo reogido en dos hermosas trenzas.

—¿...Y qué?—desafió con fingida inocencia

—Y... eso...—dijo Jet entrecortadamente—pues que... ¡ejem! Que te vi y dije: ¡hostia! ¡un fantasma!

—¿Y te asustaste?—preguntó ella

—Mucho—respondió Jet

—¿Por eso te bailan tanto los ojos cuando me miras?

Muerto de vergüenza, Jet apartó la mirada, relentizó la marcha y la dejó caminando sola, que se alejó triunfante.

Conteniendo la risa, Alan le pasó el brazo por la espalda fuertemente y susurró:

—Es mejor si te mantienes callado. Ella te hará menos caso, pero al menos no quedas tanto en evidencia.

El portón de madera estaba entreabierto, así que se adentraron en la oscuridad del vestíbulo sin más.

La escasa luz iluminaba una pequeña estancia con dos puertas exactamente iguales, situadas frente a ellos. La lámpara del techo, llena de telarañas, se balanceaba ligeramente. Las escaleras estaban

destrozadas a medio camino, por lo que no se podía subir. Enia lo miraba todo como en trance, como si percibiera algo que los dos muchachos no pudieran notar.

—Este lugar no me gusta nada.

—No me dirás que al final crees en fantasmas—dijo Alan

Y de un golpe seco, la puerta se cerró tras ellos. Jet pegó un salto.

—Vámonos de aquí, Alan—dijo él—tenías razón, al final sí que está encantada.

—O el viento ha cerrado la puerta—aventuró Alan.

—¿Qué viento?—dijo Enia—No hemos tenido viento en toda la Región 9 desde hace años.

—¿Qué es ese ruido?—dijo Jet

Venía de la habitación de la izquierda

Entraron a ver y se encontraron una estancia de lo más extraña, repleta de cachibaches de todo tipo. Había ruedas y engranajes, había espejos circulares sostenidos por soportes de todas las formas posibles. Ya había cilindros metálicos que tintineaban, movidos por una corriente que ninguno de los tres era capaz de sentir.

—Alguien vive aquí—dijo Enia. La cama junto al escritorio estaba deshecha.

Alan asintió. Jet no prestaba atención, pues se había quedado concentrado en la ventana. A pocos metros de allí, más allá de otro campo de maizales, se veía luz.

Sin pensarlo demasiado, Jet abrió la ventana, salió al exterior y echó a correr.

Maldiciendo, Alan salvó la distancia que lo separaba de la ventana y lo imitó. Enia vino detrás.

—¡¡Jet!! ¡¡Jet, espera!!—gritó en voz baja

Pero Jet ya se había metido entre la vegetación y no lo oía. Alan aceleró la marcha siguiendo a su amigo por el pasillo de maizales hasta que lo vio detenerse en seco. Alan se detuvo también, casi chocando.

—Wow...

Frente a ellos se abría un claro en cuyo centro se veían al menos cinco casitas de piedra. Se encontraban ante una aldea iluminada por decenas de farolas, aunque no se oía un solo ruido.

—Tenemos que largarnos de aquí—susurró Alan

Solo entonces Jet reaccionó. Miró a Alan y despueś miró detrás de Alan.

—¿Y Enia?

Tras él solo había oscuridad.

—¡Venía detrás de mi!—dijo Alan.

***

A toda velocidad, Alan y Jet rehicieron sus pasos hasta la casa, que seguía exactamente como la habían dejado, excepto por la ventana cerrada.

—¡Enia!—dijo Jet—¡¡ENIA!!

—¡Shhh! ¡No grites!—Alan abrió la ventana por la que habían salido para echar un vistazo. Tras las cortinas corridas no se veía nadie. Se precipitó al interior. La habitación seguía exactamente igual que como la habían dejado.

—...¿Jet?—contestó al fin una voz femenina. Venía de la ventana que Jet tenía a la izquierda

—¡¿Estás bien?—dijo Jet

—Estoy bien—respondió—Necesito estar sola un momento.

—¡¿...Qué?! ¿Pero qué te pasa?

—¡Largáos! ¡Largáos y cerrad la ventana! Volved a la academia. Me reuniré con vosotros más tarde. Estaré bien.

"¿Volved a la academia?" Jet no entendía nada. ¿Qué demonios quería decir Enia? Mientras, Alan se encontraba en la otra habitación de la casa, tratando inútilmente de abrir la puerta para pasar al vestíbulo.

Afuera, Jet aguzó el oído. Le había parecido oír una voz que susurraba, y que estaba seguro de que no era ni la voz de Enia ni la de Alan.

—¡Enia, voy a entrar!

Abrió la ventana y descorrió las cortinas. Era un dormitorio bastante desordenado y oscuro, igual que la habitación de al lado. Enia se encontraba de pie en el umbral de la puerta. Llevaba un extraño vestido rojo. Se había pintado los labios, se había maquillado y se habiá recogido el pelo. Jet se acercó a distancia prudencial.

—¿Hay alguien ahí, no?—susurró—Alguien te está obligando a decir todo eso.

Enia lo miró implorante.

—Tenéis que largaros. YA.

En la habitación contigua, la ventana se cerró con un golpe seco. Alan se volvió. Un hombre de chaqueta de cuero marrón le apuntaba con una pistola. Había rodeado la casa para interceptarlo.

Capítulo 13

CAPÍTULO 12: EL MAPA

—Todos los mocosos que os escapáis de la 109 cometéis el mismo error—dijo risueño acercándose con cautela. Alan se había quedado de piedra—Os creeis que la parte más difícil es burlar la seguridad del edificio.

—Los Sigmur de esta región están muertos, estúpido—dijo Alan—ya no tienes que servirlos.

El hombre rió a carcajadas.

—¿Crees que trabajo para los Sigmur?—desenvainó una espada de empuñadura Ylmireña

***

—Tenemos que salir de aquí—dijo Jet tirando del brazo de Enia.

—No puedo—dijo ella—ahora soy su esposa.

—¡¡¡¿Que... qué?!!!

—Me ha hechizado—explicó ella—He intentado abandonar la casa pero es imposible, es como si hubiera una barrera que me impidiera moverme. Me obligó a ser su esposa. Llevamos semanas aquí.

—¡¿Cómo que semanas?!

—Cada vez que cierras las ventanas, el tiempo se detiene. No sé explicar cómo. Siguen pasando las horas y los días, pero el sol no sale. Jet, tenéis que largaros de aquí. Yo sabía que esta casa no era normal, ¡Maldita sea!

—No podemos dejarte.

—Yo iba a abandonaros de todas formas. Va a volver en cualquier momento. Si os ve aquí adentro os matará.

***

Rodeando a Alan con el brazo de la espada, el Ymireño le había arrancado del pecho del uniforme la pequeña etiqueta que marcaba su número de rango y no paraba de reír mirando ese número 11.

—¡Número once! ¡En Ylmir no vales ni medio centavo, amigo mío! ¡No podría venderte ni como prostituto!

—¡SUÉLTAME!—rugió Alan

—No estás en posición de dar muchas órdenes—rió el Ymireño—Supongo que te crees muy importante por haber llegado hasta aquí.

Apuntó a Alan en la cabeza y quitó el seguro con un "clic".

—Sois como los ratones. Se creen muy poderosos porque van merodeando aquí y allá, escondiéndose en sus cuevas sin que nadie los vea. Pero es que no lo queréis entender. Por más trucos que tengáis a mano... los gatos somos más grandes.

Un ladrido interrumpió su discurso.

Sin perder un segundo, Alan le dio una patada y el hombre cayó al suelo. La pistola se disparó apuntado al techo y se le resbaló de entre las manos. Alan trató de recogerla, pero el Ylmireño le propinó un golpe que lo lanzó hacia atrás.

Entonces se rompió el cristal de la ventana y Angello irrumpió en la habitación. Sus fauces se cerraron alrrededor del cuello del Ylmireño hechicero.

—¡Alan!—gritó una voz. Era Ace. Tras él venían los demás (excepto Enia). El último era Jet, que acababa de salir de la habitación en su búsqueda.

***

—Él nos había estado vigilando todo el tiempo—le explicaba Enia media hora después—salió por la ventana del dormitorio después de que tu lo hicieras y me detuvo con su pistola. Él pensó que éramos solo nosotros tres. Le dije que Jet y tu eráis de rango 11 los dos y se lo tragó. A cambio de dejaros ir, me dijo que fuera su esposa.

—¿Y aceptaste?

Enia se encogió de hombros.

—Os habría matado sino. Prometió no hacerlo si no volvíais a aparecer. Pensó que no lo haríais si el tiempo estaba detenido afuera. Pero conseguí dejar la ventana entreabierta cuando no me veía. A decir verdad, no era un tipo muy inteligente.

—¿Te hizo daño?

—No. No se lo permití.

—¡¿Cómo?!

—Yo también tengo mis ases en la manga.

Alan la miró, atónito. Sabia de sobras que aquella era la única respuesta que iba a obtener.

—A veces me gustaría saber qué hay en tu cabeza.

—Creeme, no te gustaría.

Había quedado decidido que no iban a detenerse en toda la noche. Alan y Enia cerraban la marcha hablando de lo que había pasado. Delante de ellos caminaban Ace y Mila, y más adelante iban Jet, Elmir y Holly; que llevaban todo el camino especulando sobre si los Ylmireños que habían visto eran los que habían destruido la Academia 109 o no. Ace se había disculpado por haber querido abandonarles antes.

—¿Cómo sabemos a dónde vamos?—preguntó Holly entonces, para quien la oyera.

—De hecho—dijo Elmir— ¿A dónde vamos?

—Se me olvidó deciroslo—dijo Alan sacando un pergamino de su bolsillo—Antes de que casi me mataran mientras Enia se probaba vestidos...

—Siempre el más asertivo—dijo Enia mirándolo con una mezcla entre desprecio y decepción

—Perdón. Encontré esto en la habitación de los espejitos mágicos.

Holly y Jet sostuvieron el enorme mapa que mostraba todo el continente, con Sigmurland en el centro. El mapa es bastante antiguo, pero serviría.

—Lo mejor es seguir hacia el Noreste—explicó Alan—entrar en Ylmir sin que nos vean, alejarnos de las ciudades. Tenemos quilómetros y quilómetros de campo. Con un poco de suerte encontraremos un lugar donde esos "gatos" no nos alcancen.

—O...Podríamos seguir hacia el norte—dijo Jet, y señaló algo en lo que Alan no había caído.

Al norte del Reino de Ylmir se encontraba el Gran Desierto, una enorme extensión de tierra que no pertenecía a nadie. A pocos centímetros de la frontera, aguien había marcado un cuadrado, igual que el de las capitales de las otras tres provincias.

—Qué extraño—dijo Holly—Gran Desierto nunca ha tenido ciudades, ¿no?

—¿Recordáis lo que decía la Leyenda de Gwennfeld?—dijo Jet

—No empecemos—resongó Elmir

—¿La Leyenda de Gwennfeld?—dijo Mila— Hay libros y todo al respecto, ¿no? Jayke Cinco me contó que Gwennfeld podría existir todavía en algun punto de Gran Desierto.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Jet victorioso

—Esto está dibujado con lapiz—dijo Enia observando el cuadradito—no prueba nada.

—Pero es un avance, ¿no?—dijo Jet

—¡NO!—dijeron Alan, Elmir y Enia a la vez.

—Tú misma acabas de entrar en una casa donde el tiempo funciona diferente—le dijo a Enia—¿Tan descabellada es mi idea?

—Yo ya no sé ni lo que creo—dijo Enia

—Entonces, ¿nos vamos a Gwennfeld?—dijo Jet

—que no...—dijeron todos

—Que os jodan, ¡Yo me voy a Gwennfeld!

Y aunque nadie tomaba enserio sus palabras, todos sintieron una chispa de esperanza. Por un segundo habían sentido que caminaban hacia algun lugar, aunque fuera de broma. Alan no pudo evitar sentir que todo aquello que estaba pasando significaba algo especial. Algo que los unía.

Capítulo 14

PARTE 2: GATOS Y RATONES

Capítulo 15

CAPÍTULO 1: TIERRAS SALVAJES

Con la frente y el espeso pelo rubio empapados de sudor, Winni trabajaba sin descanso, arrodillada con su botiquín en el suelo frío de aquella pequeña cueva. Todos los demás estaban fuera ayudando a buscar agua y comida, o montando guardia.

Todos excepto Kail, que no se movía del lado de su hermano, a quien había vuelto a subirle la fiebre.

—Todo saldrá bien, Kail—dijo Winni, aunque sabía que poco de verdad había en eso. En dos días habían perdido a tres compañeros. Sagra y Telma por infección, Derec por las heridas que le había dejado la destrucción de la Academia. Winni había llorado a lágrima viva a cada uno de ellos. En cuanto a Kail, pronto lo llevarían a Ciudad Señorial para que experimentaran con él

Pero aún había esperanza. Las leyes de Sigmurland prohibían a cualquier menor de edad alistarse al ejército. Con suerte alguien en la capital saldría en su defensa. Winni le había prometido a Kennez que haría todo lo posible por ayudarlo si a él le pasara algo. Durante aquellos días, había conseguido entender a Kennez mejor que a nadie. Winni sufría a cada segundo por su hermana pequeña, aunque se hubiera convencido a si misma de que iba a estar bien. Sentía que habían pasado meses desde que se despidió de Ace y de ella en el patio de la Academia 109.

No durmieron la primera noche. Ryan les obligó a caminar hasta el amanecer. Ni siquiera le dio tiempo a Winni para atender a los heridos que no eran de gravedad. Una chica llamada Sheyla tuvo que aguantar todo el camino con un tobillo torcido. Llegaron a las ruinas de Limahr con las primeras luces del alba. Winni las contempló con una puntada en el corazón. Había sido allí donde Mila y ella lo habían perdido todo.

Pues veréis, Winni y su hermana habían nacido en Ylmir, y quince años atrás, toda la región Nueve de Sigmurland había sido territorio Ylmireño. Mila no era más que un bebé cuando la guerra llegó a Santo Dimir. Winni tenía muy pocos recuerdos de su infancia, pero había una imagen que nunca había desaparecido de su cabeza: la de su abuela entregándole a Mila y diciéndole que no la suelte nunca jamás, pasara lo que pasara.

Lo que pasó fue que el fuego las alcanzó antes de que pudieran abandonar el pueblo. Siguiendo las instrucciones de su abuela, Winni corrió y corrió con su hermana en brazos. Pero corrió en la dirección equivocada. Los

campos y cosechas de Ylmir son un laberinto muy difícil de descifrar, sobretodo para una niña de cinco años. Acabaron en la ciudad vecina, Limahr, que estaba en llamas. Winni intentó retroceder, pero era demasiado tarde. Unos soldados muy amables, con un acento diferente al suyo, le preguntaron si se había perdido, y muy amablemente las condujeron a Sigmurland, a la Academia 109. Winni había tardado años en darse cuenta de que aquellos soldados las estaban secuestrando. Mila y ella lo perdieron todo por el error que ella cometió. O al menos eso se dijo siempre Winni.

Quizás por eso hacía todo lo que hacía. Quizás por eso necesitaba salvar a todo el mundo. Y es que cuando el fallo más grande de tu vida lo cometes a los cinco años, ¿de qué otra forma puedes recuperarte?

A varios metros de Winni yacía Kennez, cubierto en mantas. Sin que ella lo notara, susurró el nombre de su hermano. Kail lo miró, conmocionado.

—Jayke... ve a buscar a Jayke—le dijo.

Jayke era un viejo amigo de Kennez que aparecía a veces y susurraba cosas que Kail no llegaba a entender. Jayke sabía más sobre los Sigmur que nadie en toda la academia, y había estado organizando un plan de fuga antes de que esta explotara en mil pedazos.

El muchacho se levantó y se dirigió silenciosamente a la salida. Allí lo detuvo Kamil Tres.

—¡Hola Kail! ¿A dónde vas, pequeño?

—A... a buscar a Paul—mintió Kail

Kamil se rascó la cabeza un momento.

—Está bien, pero no te vayas muy lejos.

Y Kail avanzó hacia el exterior.

—¡Y no le digas a Ryan que te he dejado!

***

El cielo gris indicaba que la noche estaba a punto de caer. Ya en el campamento, Ryan y los demás cargaban con el jabalí que habían cazado. Contándoles a los pocos rezagados cómo lo habían logrado. Mientras, Hanna y Mildred estaban sentadas junto a la hoguera.

—Tienes que frotar más rápido—le explicaba Hanna a Mildred, quien trataba de encender el fuego. Cerca de ellas, Lara y Sarah hablaban entre

susurros sobre unos libros. Siempre estaban como apartadas de los demás, susurrando y riendo bajito.

Jayke y su amigo Jason se sentaron porque se sentían exhaustos. No era un buen momento para hablar de sus planes, así que se limitaron a descansar. Mientras, los demás cazadores hablaban de sus hazañas.

—Habíamos visto otro—explicaba Yili—le habríamos dado caza de no ser por el tarado de Johnny

—Dice que vio a unos tipos con capucha vagando por el bosque—explicó Ryan poniendo los ojos en blanco.

—Y tú le creíste—Agregó Devan

—Se estaba haciendo tarde—dijo Ryan— y ¿quién sabe? Podrían ser bandidos.

Yili escupió.

—¿Ya te sientes a salvo, nenaza? Podríamos haber tenido comida de sobras si no fuera porque tu querías volver para venir a probarte las faldas de Winni.

Los demás rieron con ganas, entre ellos Francis.

Sentados a distancia prudencial, Jayke y Jason se mantuvieron al margen. Era mejor pasar desapercibidos.

—¡¿Por qué no me dejas en paz?!—protestó el muchacho. No era mucho mayor que Kail.

Descansando contra una roca al lado de Yili, Devan miró a Johnny como quien mira a un molesto insecto que no para de revolotear.

—Para empezar no levantes la voz a alguien de rango superior a ti si no quieres que te demos una paliza. Y llámalo Yili Cuatro. Es lo que corresponde a una escoria como tu.

Johnny estuvo a punto de protestar, pero entonces un cuchillo le atravesó la garganta.

A diez metros de ellos se encontraba un hombre encapuchado, vestido de negro de la cabeza a los pies. Se mantenía totalmente inerte. Casi parecía como si no estuviera vivo. Mientras, Johnny se tambaleó unos segundos y cayó muerto. Devan y Ryan se habían quedado de piedra.

—Supongo que es demasiado tarde para decirle "tenías razón"—comentó Devan.

Y de pronto, el hombre encapuchado desapareció.

—¡¡Es el Mago!!—chilló Lara—¡¡Es él!! ¡¡Nosotros lo vimos!! ¡¡Nosotros lo vimos el día que nos escapamos de la academia!!

"Kail..." pensó Jayke, y salió disparado en su búsqueda.

—¡Mantenéos en posición, podría volver!—gritó Ryan mientras repartía todas las armas de las que disponía.

—Solo tengo doce años—protestó Paul recibiendo su escopeta

—Pues ya es hora de que seas un hombre—dijo Ryan

—Eh... ¿Chicos?—dijo Sheyla de pronto, mirando a todos lados. La hoguera había sido rodeada por diez hombres con arcos y flechas.

—¡ABRID FUEGO!—gritó Ryan.

Pero era demasiado tarde. Las primeras tres flechas derribaron a Yili. Dos le acertaron a Devan y a Ryan en el hombro. Una le dio a Mildred en la cabeza. Otras dos le dieron a Francis en el pecho.

Ryan y los demás disparaban incansablemente.

Capítulo 16

CAPÍTULO 2: UNA LUNA SIGMURNIANA

En la entrada de la cueva, Kamil Tres se había quedado sin balas, pero no perdía la esperanza. Atestaba un golpe de lanza tras otro a los dos bandidos que trataban de entrar

—¡¡¡Hay heridos ahí dentro, animales!!! ¡¡No tenéis vergüenza!!—gritaba Kamil.

En un intento desesperado por acertarle al bandido de la derecha, se acercó demasiado y su espada le atravesó el hombro. Con un grito, se libró del arma y aprovechó la confusión para cargar su lanza contra el bandido de la izquierda, a quien la estocada le costó la vida. Triumfante, se levantó a duras penas para enfrentarse al otro.

Pero entonces apareció de la nada un tercer intruso, vestido de negro y con capucha. Era el Mago.

Sin darle tiempo para reaccionar, se materializó a pocos centímetros de Kamil y le clavó un puñal en el vientre. Kamil cayó al instante, y la entrada a la cueva quedó libre.

Mientras, Jayke casi había conseguido salvar la distancia que lo separaba de la cueva, pero entonces divisó a Kail saliendo de entre unos arbustos.

—¡Jayke! ¡Mi hermano te busca!

—Shhhh... no hagas ruido—dijo—hay que sacarte de aquí

—¿Qué?

—Corre, ¡vamos! Han venido a por ti.

***

La antorcha del bandido iluminaba el interior de la cueva, donde yacían tres alumnos enfermos. Escondida entre algunas rocas, a pocos metros de él, Winni había conseguido pasar desapercibida de momento. Las piernas le temblaban, las lágrimas estaban a punto de resbalar por sus mejillas. El corazón le iba a mil por hora.

—Mata a esos tres—dijo el Mago. Y se perdió en la oscuridad de la cueva a toda velocidad.

Con una mano en la antorcha y otra en la espada, el bandido se acercó a Kennez lentamente.

Oyó un ruido y se volvió bruscamente para ver como Winni lo atacaba clavándole una jeringa en el cuello. El susto le hizo perder la espada y la antorcha. Enfurecido, el hombre atrapó el cuello de la muchacha con ambas manos. En vano trató Winni de forcejar.

Al fin el suero surtió efecto y el bandido cayó muerto.

La enfermería de la 109 estaba repleta de productos importados de todas partes del mundo, que Winni no sabía ni por qué estaban allí. Uno de ellos era el veneno de Serpiente de Gran Desierto, el animal más letal del mundo. Por suerte para ella, cuando la Academia se incendió, Mila vació la

enfermería y metió en el botiquín todo lo que encontró.

Tosiendo y respirando con dificultad, la chica miró al bandido, conmocionada por lo que acbaba de hacer. Pero de pronto se dio cuenta de que no estaba sola. Al otro lado de la cueva, el Mago se encontraba de pie sin mover un músculo, mirando hacia ella con la mano en la empuñadura del puñal. Winni respiró con dificultad, sin moverse. Podría correr, pero no podía abandonar a sus compañeros. Pero entonces el Mago habló:

—No he encontrado lo que buscaba—se limitó a decir. Y dejando una nube de polvo a su alrededor, desapareció.

Solo entonces se dio cuenta Winni de lo que tenía en la mano. Forcejando con el bandido, le había arrancado un colgante que llevaba en el cuello. Tenía la forma de una luna plateada.

El blasón de los Sigmur de la región Nueve.

***

—¡KAIL! ¡¿Dónde estás?!

Kennez se había incorporado.

—Estamos aquí—anunció Jayke apareciendo con él. Los demás les dejaban paso. El grupo entero se había reunido en la cueva. Winni había estado atendiendo uno a uno a todos los heridos en combate.

—Han matado a Kamil—dijo Ryan. Él y Devan tenían el brazo bendado.

—Y a Mildred—dijo Hanna con un hilo de voz

— y a Johnny—dijo Sheyla

—Nos hemos cargado a todos los bandidos—dijo Devan orgulloso

—¿Al Mago también?—preguntó Jayke

—El Mago escapó—dijo Winni

—¿Cómo es que puede aparecer y desaparecer así...?—preguntó Lara asustada

—Porque es un mago—dijo Jason enunciando lo obvio.

—Esa es la explicación corta—dijo Jayke—cada dos o tres años nace al menos una persona con algún tipo de magia. Siempre ha sido así... Pero lo de este tipo es algo extraordinario. Nadie es capaz de usar la magia así.

Se levantaron murmullos.

—Se ve que nos enfrentamos a algo gordo—dijo Devan

—Pues en marcha. Recoged todo—dijo Ryan—Nos vamos.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo que nos vamos?!—dijo Winni de un salto.

—Vienen a por Kail. Cuanto antes lleguemos a Ciudad Señorial, mejor—explicó él.

—Ni hablar, Ryan Uno, ¡Me niego!—protestó la muchacha

—No era una pregunta—se limitó a decir Ryan

—¿Qué hay de los heridos? ¡Yili ha recibido tres flechas, a penas puede caminar!

—Tendrán que seguirnos como puedan—dijo Ryan. Y después susurró—y si no, tendremos que dejarlos

La gente ya recogía sus cosas y empezaba a salir de la cueva. Winni buscaba complicidad en ellos, pero ninguno iba a contradecir a Ryan, ni siquiera Jayke.

—¡¡¡Ryan Uno!!! ¡¡Para de una vez con esta locura!!—exclamó Winni—¡¡Acabo de arriesgar la vida para salvar a tus compañeros!!

—No eres la única—bostezó Devan

En dos zancadas, Winni se acercó a Ryan.

—Alan y los demás tenían razón. Esto ha sido una mala idea ¡¿Cuántas más personas tienen que morir para que te des cuenta, eh?! ¡¡¡¿Cuántas?!!!

Ryan la escuchó sin cambiar su expresión.

—Estaremos a salvo cuando lleguemos a la civilización

—¿Y quién nos protegerá? ¡¿Los Sigmur?! ¡¿Los mismos Sigmur que han mandado a sus secuaces a matarnos?!—dijo ella mostrando el colgante en forma de luna. Algunos de los presentes dieron un respingo.

—Eso no prueba nada. Está claro que los bandidos eran Ylmireños. Los mismos Ylmireños que hicieron explotar nuestro hogar. Ese colgante se lo habrán robado a algún sigmurniano.

—¡Sí que prueba! ¡Sí que prueba y deberías saberlo!

A Ryan le temblaba el labio. Se había puesto rojo.

—¡NO VOY A ESCONDERME EN ESTA CUEVA COMO UN VULGAR RATÓN MIENTRAS LOS YLMIREÑOS DESTRUYEN NUESTRO PAÍS!—Rugió. Su voz resonó en las paredes de la cueva— ¡¡Deja de acusarme, Winni!! ¡¡Deja de reprocharme cosas!! ¡No sabes de lo que hablas!

Nadie había visto nunca a Ryan tan enfadado. Obligó a Winni a salir de la

cueva, y ordenó al resto a darse prisa.

Los últimos rezagados fueron Jayke, Jason y Kail, que ayudaron a Kennez y al resto de los heridos a seguir el ritmo.

—Mira en mi mochila—dijo Kennez

Jason estaba más cerca. Abrió la mochila y vio lo que centelleaba dentro.

—¿Qué es? —Preguntó Kail

—Esperaba que Jayke me lo dijera—dijo Kennez—Lo encontré tirado cuando pasamos por las ruinas de Limahr.

Jason sonrió. Ya sabía lo que era.

—Que se prepare ese mago.

Capítulo 17

CAPÍTULO 3: WANN

Siguen las investigaciones sobre el atentado en la Academia Militar 109

El Diario de Wann yacía abierto sobre la mesa de la cocina. Mirji-wuh le entregó amablemente una taza del mejor café de Wingar y le indicó que se sentara. Era una mujer alta de pelo castaño rojizo.

—No todos los días tengo el honor de recibir a un miembro de la Rebelión—dijo con una sonrisa.

Lina invocó una media sonrisa de gratitud y se sentó.

—Dime, ¿Qué te trae a Wingar?

—Preguntas. Y asilo, por supuesto.

—Por supuesto.

—Los Sigmur llevan años intentando matarme. O reclutarme a su ejército, no lo tengo claro. Hace años que trato de entender lo que me pasa, los símbolos...

Con el dedo índice, Lina dibujó un extraño símbolo en espiral, que se mantuvo luminoso en el aire, de color ámbar.

—Son runas wingaresas—explicó Mirji-Wuh—La magia nació aquí en Wingar, Lina. En los libros no encontrarás nada al respecto porque hasta nuestras propias instituciones se empeñan en negar su existencia. Antes

de terminar en el olvido, se extendió hacia otras regiones del mundo.

—Como Gwennfeld.

—Como Gwennfeld, sí. Pero Gwennfeld se extinguió hace mucho tiempo.

—Hay quien dice que sigue en pie. Escondida en alguna parte.

Mirji-Wuh asintió

—Eso dicen las leyendas. Poca evidencia tenemos de que sea verdad.

Llamaron a la puerta.

Lina tuvo un estremecimiento. Mirji-Wuh se había levantado para abrir, pero Lina le indicó que se escondiera.

Despacio, avanzó hasta la entrada y abrió de un golpe. A dos centímetros de ella tenía un hombre vestido de negro a quien no podía verle la cara.

—Hola, Lina.

De un portazo, le cerró la puerta en la cara y se movió con rapidez hacia la cocina.

No había dado dos pasos cuando el Mago se materializó de nuevo frente a ella. Lina desenvainó dos puñales y lo atacó sin pensárselo dos veces. El mago detuvo sus estocadas con un único puñal. En pocos minutos quedó

desarmada.

Con una sencilla llave, hizo caer al Mago, quien perdió el puñal al acto. Lina trató de aprovechar para huír, pero su enemigo se levantó al acto, impidiéndoselo. Lina atestó golpe tras golpe con sus puños, que el Mago esquivaba a duras penas. El Mago era bueno con las armas, pero no era rival para Lina en combate cuerpo a cuerpo. Finalmente, con la planta del pie, lo envió al otro lado de la habitación.

Eso le dio tiempo suficiente. Dibujó un símbolo luminoso en el aire y desapareció sin dejar rastro.

Pero el símbolo no desapareció, las runas tardaban un rato en desmaterializarse. Y el Mago también sabía usarlas.

...

Una hermosa y gigantezca fuente ocupaba la mayor parte de la plaza principal de Wann. El enorme unicornio de cristal expulsaba un chorro de agua por la boca. Lina se sentó junto a la fuente, e inmediatamente una decena de palomas blancas vinieron a pedirle comida.

Pocos minutos después, divisó al Mago sentado entre la gente, a unos cuantos metros de ella. Se había quitado la capcuha para no llamar la atención. Tenía el pelo negro y la barba recortada. No parecía un mago como los de los cuentos. No había picardía ni astucia en su rostro. Su expresión era fría y deasesperanzada. La miraba como hipnotizado.

Lina puso los ojos en blanco y echó a correr. El Mago corrió tras ella.

Las callejuelas de Wann eran largas y oscuras. Lina consiguió despistar a su enemigo y subió a la azotea de un edificio. Pero él no tardó en

materializarse junto a ella.

—¿Es que nunca te cansas?

De un empujón lo apartó de en medio, corrió hasta el borde del edificio y saltó al vacío. Al tiempo que caía, dibujó una runa en el aire.

Aterrizó mágicamente en la azotea del edificio vecino. Allí echó a correr otra vez, hacia el siguiente edificio.

...

La casa destartalada casi pasaba desapercebida entre la maleza. Lina se había instalado a vivir hacía un par de días. Wingar no era un lugar peligroso (excepto en días como aquel), pero a Lina le gustaba la tranquilidad. Entró sin hacer ruido.

De pie en el recibidor, la esperaba el Mago.

—¡¡¿Cómo coño lo has hecho?!!—dijo Lina fuera de si.

—Eché un vistazo por la ventana para ver como era la casa por dentro—respondió—Puedo materializarme en cualquier lugar que pueda ver

Lina se lo quedó mirando un segundo, pensativa.

—¿Impresionada?

—No. Pero eso me da una idea.

Y antes de que él pudiera reaccionar, corrió escaleras arriba y se metió en una de las habitaciones. Dibujó un símbolo en la puerta y ésta quedó bloqueada con magia. Después se dirigió a una pequeña pizarra negra que tenía junto al escritorio. Era una runa muy difícil de conjurar y necesitaba ensayarla con tiza.

—¡Espera!—dijo el Mago al otro lado de la puerta—No he venido a entregarte a ellos. He venido a hablar.

—Eso me dijiste la última vez—respondió la chica

—Esta vez es verdad. Maldita sea... Lina, vuelve conmigo.

Algo punzante se revolvió en el corazón de Lina. Cada vez dibujaba con más rabia, tratando de expulsar los dolorosos recuerdos de su cabeza.

—¿A cuántos niños has matado ultimamente, Arón?—le preguntó desde allí.

—A dos—reconoció el Mago, recordando al chico de la hoguera y al guardia de la cueva la otra noche, en las Montañas Salvajes.

Por el marco de la puerta, pudo ver como la habitación se iluminaba de color ámbar.

—¿A dónde vas a ir?

—A un lugar donde jamás podrás encontrarme.

Y con un destello de luz, Lina se desmaterializó.

Capítulo 18

CAPÍTULO 4: RIÑAS Y SORPRESAS

Se había hecho mediodía para cuando regresaron al campamento, parodiando viejas canciones militares que habían aprendido en la 109.

Mila los observó mientras dejaba caer el hacha con el que había estado cortando los últimos troncos. Jet, siempre el centro de atención, comentaba algo sobre las frutas y hortalizas que traían en cestos, haciendo reír a todos, mientras su perro se movía de acá para allá entre ellos. Alan replicó con un comentario sarcástico, con el que Enia y Elmir estuvieron de acuerdo. Después se pusieron todos a descargar la mercancía rapidamente, y a lavar, pelar y cortar a una velocidad impresionante, lanzándose utensilios a dos metros de distancia. En el tiempo en el que Ace y ella se habían levantado para recibirlos, ya estaban preparando una ensalada.

—¡Venid para acá, que nos vamos a dar un festín!—gritó alegremente Jet. Estaba más alegre que de costumbre, si es que eso era posible.

—Hubieras ido con ellos—le decía amablemente Ace cargando con su parte de la madera.

Mila se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, no sé si encajo mucho con ellos—dijo Mila—me caen muy bien, pero ellos son un año mayores que yo, ya se conocen de antes. Y además, son tan joviales, están tan unidos... Yo no soy así. ¿No ves lo bien que se llevan?

—Eres un inútil integral—dijo Enia metros más adelante, mirando a Alan de reojo, quien pelaba el tercer tomate hábil y despreocupadamente, con

la cabeza apoyada contra el tronco. Casi parecía como si se regocijara de lo fácil que le resultaba pelar tomates.

—¿Y ahora te das cuenta?—dijo Jet

—Estoy un poquito harta de que me mandes a robar manzanas y tomates a donde a ti te da la gana. Casi me matan hoy.

—Para ser justos—dijo Alan—casi nos matan a todos. Pero eso ha sido 90% culpa de Jet y su ridículo juego de ardilla-roja.

—¡¡Pero si tu eras el que más estaba jugando, pedazo de capullo!! ¡¡Si lo disfrutaste más que el perro!!

Angello ladró afirmativamente y empezó a jadear con júbilo.

—¡Ah! ¡así que estábais jugando!—saltó Holly de pronto— ¡Eso es lo que hacíais cuando gritábais como unos tontos ¡ARDILLA...! ¡ROJA...! ¡ARDILLA...!

—Sí, y si encuentras algo que no esté verde o podrido gritas: ¡ROJA!—explicó Jet—va bien para comunicarnos cuando estamos lejos.

—Va bien para que nos descubran y nos cuelguen—señaló Elmir

—¡¿Qué os pasa?!—preguntó Ace

Mila y Ace habían llegado al lugar y se disponían a preparar el fuego para cocinar la poca carne que les quedaba. Durante el almuerzo, Holly comentó por tercera vez aquel día lo mucho que detestaba ver a sus amigos robar en cada granja con la que se cruzaban.

Ylmir había resultado ser un país encantador. Al menos en cuanto a paisajes. El sol brillaba todos los días (al contrario que en Sigmurland). Las vistas eran preciosas. Habían caminado durante días por carreteras de tierra rodeadas de hermosas violetas y amapolas. Ylmir era tan grande que en una semana no se habían cruzado con una sola ciudad. Solo kilómetros y kilómetros de campo y granjas repletas de cultivos y animales que en la academia no habían conocido; como vacas, cabras, ocas y ponis.

Pero por desgracia, solo habían conocido una forma de sobrevivir.

—¿Y si probamos a hablar con ellos y pedirles comida?—sugirió entonces Holly

Como en respuesta, el suelo empezó a retumbar.

—Jinetes—dijo Elmir

—Vienen de varias direcciones—adivirtió Enia, y todos corrieron a apartarse de la carretera y esconderse detrás del matorral.

A diez metros de ellos, en el cruce de caminos, se encontraron dos partidas de hombres a caballo. Por un lado venía toda una brigada militar, con sus cotas de malla y armaduras, y con sus banderas y estandartes. Ni Alan ni los demás podían creer lo que veían. Entonces era verdad lo que decían los libros sobre Ylmir. No solo luchan con armas blancas, también viven y se comportan como en tiempos de caballeros, princesas y

castillos.

—Mi señor...

El otro grupo de recién llegados era más pequeño. Solo cinco ginetes vestidos como el ylmireño que los había atacado en la casa encantada.

—¿Dónde están mis esclavos, Amir?—quién se dirigió a él era el Conde Cahrven, señor de toda la región en la que se encontraban. Era alto y de pelo dorado —Habéis estado casi un mes entero en Sigmurland y no he visto nueva mercancía desde entonces.

—Estamos a la caza de siete prisioneros, mi señor. Hemos tenido un contratiempo. Veréis, las cosas se pusieron tensas desde que la Academia 109 explotó en mil pedazos—respondió Amir.

—¡¿QUÉ?! ¿Es una de vuestras bromas? Porque esta podría costaros la vida.

—Es verdad, mi señor Cahrven—dijo uno de sus compañeros—es verdad. Lo vimos desde nuestro campamento. Hubo dos explosiones. En la segunda La academia voló por los aires.

—Bobadas. Lo que decís no tiene ningun sentido. Yo no he ordenado ningún ataque.

—No fueron Ylmireños—intervino Amir—Por un tiempo creímos que había sido obra de Romir. ¿Él era un mago, sabéis?

—¿Era?—inquirió Cahrven—¿Es que Romir está muerto?

Amir asintió

—Lo encontramos tumbado en su casa en un charco de sangre. Habló de siete niños. Tres chicas y cuatro chicos. Sigmurnianos que le habían atacado y se habían perdido de vista. Llevamos días siguiendo su rastro.

—Pues encontradlos. Me hacen falta más esclavos en primera línea. Y mis hombres necesitan mujeres.

—¿Se acerca el final de la guerra, mi señor?—preguntó Amir.

—Con la región Nueve fuera de combate, podéis estar seguro.

Y con esto, los dos grupos volvieron a separarse, y el páramo volvió a quedar desierto.

—No he entendido absolutamente nada—dijo Ace

—Estos imbéciles se piensan que tienen vía libre para atacar Sigmurland por la región nueve—explicó Alan

—¿Y no la tienen?—preguntó Enia—Está claro que fueron los mismos Sigmur quienes destrozaron la Academia. Probablemente Hartmann hizo algo que a ellos no les gustó y querían quitárselo de en medio. Pero ahora quien quiera que consiga atravesar la frontera, tiene vía libre para hacerse con el control de la región nueve.

—Ni siquiera los Sigmur son tan estúpidos como para dejar toda una región desprotegida—apuntó Alan— Ahora mismo ya deben estar construyendo un fuerte nuevo y enviando hombres a protegerlo.

—Pero esto es muy impropio de ellos—intervino Elmir—los Sigmur no son como Ylmir, ellos no suelen matar y eliminar. Al contrario: aprovechan todo lo que encuentran para su propio beneficio. Hay algo que se nos escapa.

—Hartmann escondía algo—asintió Enia—de eso estoy segura. De no ser así no habrían intentado matarnos a todos. Probablemente creyeron que cualquiera de nosotros podía saber algo al respecto.

—Os podéis montar el Club de las Conspiraciones, vosotros dos—comentó Jet

Y se reanudaron las peleas.

Y entre gritos, sarcasmos e insultos, Holly se puso en pie.

—¡Escuchadme todos!

Pero nadie la escuchó.

—Shhh, callad chicos, que Holly va a dar un discurso—se burló Alan

—Cállate—dijo Holly—Escuchadme. Sois lo único que tengo. Lo único que

siempre he tenido.

—Bueno a ver, Ace y Mila acaban de llegar—comentó Jet, y Enia le golpeó en la parte trasera de la cabeza.

—No interrumpas.

—Os necesito a vosotros—conluyó Holly sin hacer caso de las burlas—No a esta versión oscura y desalmada de vosotros. Los verdaderos vosotros.

Pero lo que Holly pedía era demasiado, pues ninguno de sus amigos había sido su verdadero yo desde hacía mucho tiempo, desde antes de que la academia se incendiara.

—Bueno, al grano—dijo Alan, que como los demás había escuchado atentamente sus palabras pero todo lo que había dicho le entraba por una oreja y le salía por la otra (excepto Mila, quizás, quien guardaría aquellas palabras durante el resto del viaje)—Nos quieren vender como esclavos otra vez. Tenemos que mover el culo de este país y encontrar un refugio.

—Pero ¿es que hay algun lugar seguro en este mundo?—inquirió Enia

—Gwennfeld—saltó Jet

—¡Y dale con eso!—dijeron todos a la vez

—Estamos acabados—se lamentó Elmir

—Hay que apartarse del camino—dijo Alan, y comenzó a avanzar entre la maleza—Y a partir de ahora, nos dejaremos de juegos raros y de gritos. Tenemos que encontrar otra estación de gas y recargar nuestros tanques de aire antes de que...

Tuvo que detenerse con un sobresalto al darse cuenta de que una flecha sobresalía de entre las malas hierbas, apuntándole a la frente. Los demás hiceron lo mismo y mantuvieron las manos en alto. No sabían qué hacer. Nunca desde el incidente en la casa embrujada se habían visto en una situación así.

—¿Quién anda ahí?—dijo Alan con voz temblorosa—No queremos problemas.

—Eso no os va a facilitar las cosas—respondió alguien. Quien quiera que hablara, lo hacía en un tono alegre y cantarín. Poco a poco fue dándose a conocer. Era un hombre alto que vestía una gabardina y llevaba las patillas sin afeitar. —porque nosotros sí queremos problemas. Sobretodo si sois sigmurnianos, como sospecho.

Otra voz lo interrumpió. Esta era firme y tranquila.

—Apártate, Patrick—Tras él aparecieron un hombre de bigote, que era quien hablaba, y dos mujeres—¿No ves que sólo son unos niños?

La mujer más rubia les apuntaba con otra flecha.

El hombre de bigote se acercó a Alan.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ylmir—dijo Alan—Ylmir Bahrban.

—Muy original—comentó Patrick, el hombre que aún les apuntaba con una flecha

—¿Y los demás?—preguntó la mujer rubia

—Elmir—se apresuró a decir Elmir. Solo él tenía un nombre Ylmireño

—Yo soy Delia—dijo Enia

—¿Dicen la verdad, Patrick?—preguntó el hombre de bigote

—Ni de coña—respondió Patrick con una sonrisa—veréis, mis queridos niños sigmurnianos. Es un poco difícil mentirle a un mago que sabe leer mentes.

—El caso es—dijo el hombre de bigote—que nos da lo mismo si sois ylmireños o sigmurnianos

—Los odiamos a todos por igual—dijo la mujer rubia con una sonrisa—somos la Rebelión. O lo fuimos al menos

Alan sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.

—Alan—dijo Alan sin más—me llamo Alan.

Los cuatro viajantes cambiaron de expresión y estudiaron el rostro de Alan largamente.

—No serás hijo de Amelia y Harvy...—dijo la mujer morena, que hasta ahora había preferido mantenerse al margen.

Los ojos de Alan se llenaron de lágrimas.

—Fueron asesinados hace nueve años—respondió

Ahora incluso Patrick había cambiado de expresión.

—Hijo mío... cómo has crecido—dijo el hombre de bigote—Yo me llamo Demir. Ellos son Aroa, Patrick y Selina

Señaló primero a la mujer rubia, después a Patrick, y finalmente a la mujer morena.

—Os llevamos a casa—dijo Aroa con una ámplia sonrisa.

Capítulo 19

CAPÍTULO 5: PROTEGER Y CURAR

Sin derecho a descansar, la columna avanzaba miserablemente por la pradera del valle. Winni, Hanna y Sheyla abrían la marcha, las tres portando escopetas. Sheyla le daba consejos a Hanna sobre cómo recargar rápido. Tras ellas, Ryan y Devan escuchaban mientras las miraban reprobadoramente.

—Dios creó al hombre para proteger los pueblos de Sigmurland, y a la mujer para curar sus heridas—sentenció Devan

—Bien que os ha salvado el culo Sheyla más de una vez—replicó Winni—las mujeres saben pelear, y los hombres saben curar. No me importa lo que Dios diga.

Durante los últimos días, todos se habían tenido que ayudar para defenderse de los bandidos del camino, de ahí que Ryan hubiera aceptado, aunque a regañadientes, que todas las chicas portaran armas. Habían perdido a dos compañeros más en combate, y varios habían resultado heridos de gravedad. Estaban cansados y hambrientos, pero lo que más escaseaba era el agua, y no solo para beber. Winni no podía trabajar en heridas de bala con las manos y las uñas llenas de tierra.

Las uñas le habían crecido largas y afiladas, como las de un tigre.

Ryan la miró, sombrío. Llevaba puesto el colgante en forma de luna que Winni había encontrado.

—Mister Hartmann solía decir que las mujeres son las diosas de Sigmurland. Elegidas por la luna. Decía que si un hombre no es capaz de defender a una mujer, más le vale estar muerto y enterrar con él toda

nuestra civilización.

—Defiéndelas, pues—djio Winni—de quienes les barran el camino y les impiden ser libres.

Se interrumpieron porque un barullo que venía de atrás se hacía cada vez más audible.

—¡Suelta! ¡¡Que sueltes de una vez, estúpida!!—gritaba Yili.

—¡Déjame en paz!—se oyó a Lara gritar.

—¡¿Qué está pasando?!—bramó Ryan, que ya se acercaba a zancadas.

En medio de la multitud se encontraban Lara y su amiga Sarah. Ellas dos estaban entre las más jóvenes del grupo. Lara era morena y llevaba el pelo desordenado. Sarah llevaba su pelo castaño recogido en dos coletas. Ambas muchachas arrastraban una mochila gigantezca que habían cargado desde la academia, pero que cada vez les costaba más llevar, y estaban retrasando la marcha de toda la columna.

—¿Qué lleváis ahí adentro?—preguntó Ryan

—Nada.—respondió Lara firmemente.

—Ya veo—dijo Ryan

Devan se adelantó y abrió la mochila. Empezó a sacar decenas de libros y a tirarlos al suelo violentamente, a modo de exhibición.

—Nada importante, desde luego—dijo Devan

Entre Yili, Devan y los otros, obligaron a las muchachas a dejar atrás su mochila y reunirse con los demás. Lara y Sarah derramaron algunas lágrimas. Winni caminó junto a ellas con palabras de consuelo, dirgiéndole de vez en cuando miradas reprobadoras a Ryan y a los demás.

—¿Vamos?—preguntó Devan, que ya avanzaba tras ellas

—Faltan Kail y Kennez—dijo Ryan, mirando hacia las hierbas altas por las que habían emergido todos hacia el prado. Deberían aparecer por ahí de un momento a otro.

...

Kail tuvo un sobresalto. En un diminuto claro entre las malas hierbas, se hallaba un hombre sentado sobre una roca. A penas se inmutó al ver a Kail. Llevaba una capa de viaje sobre los hombros y tenía la mirada perdida hacia abajo.

—¿Se encuentra bien, señor?¿se ha perdido?

No obtuvo respuesta. El extraño parecía estar en otro mundo. Su expresión era la de un hombre al que le han arrancado el alma para encerrarla en una prisión lejana e inalcanzable. Kail no pudo evitar sentir una inmensa compasión.

—¡¡¡Aléjate de él, Kail!!!—exclamó Kennez, que aparecía a pocos metros de él—es el mago. Vi su rostro cuando estábamos en la cueva. Y esa capa y esa capucha son inconfundibles.

Detrás de Kennez venían Jason y Jayke. El primero, al tomar cuenta de la situación, sacó el amuleto brillante que le había dado Kennez y lo puso a pocos centímetros del mago.

—No muevas ni un músculo—dijo Jason—este amuleto debería inhabilitar tus poderes y obligarte a hacer todo lo que te ordene. ¿Es eso cierto? Responde con la verdad.

—Así es—respondió el mago simplemente.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?—preguntó Jayke

—Arón Uno

—favorito de los Sigmur, ¿eh?—dijo Jason

—No sé qué esperas que conteste a eso

—No esperamos que contestes obviedades—dijo Jason—¿qué clase de amuleto es este?

—Pertenece a un mago llamado Patrick Damon.

—¿Amigo tuyo?—preguntó Kennez

—No exactamente.

—Al grano, Jason—ordenó Jayke

—¿conoces algún lugar protegido al que los Sigmur no puedan llegar?

Arón respondió afirmativamente.

Jayke, Jason y Kennez se miraron con emociones mezcladas.

—Vale, bueno. Creo que con eso es suficiente—dijo Jason encogiéndose de hombros.—Ahora, despelótate.

—¿Qué cojones, Jason?—preguntó Kennez, atónito.

—Tenemos que deshacernos de su ropa—explicó él

—Creo que en la mochila tengo unos pantalones para prestarle—dijo Jayke, y después les explicó a Kennez y a Kail— Si Ryan lo ve con ese traje, sabrá que es el mago

—Y se harán amiguitos del alma—comentó Jason

—Y no queremos que eso pase, ¿verdad "Arón Uno"?—dijo Jayke

El magó lo miró, desafiante.

—No—respondió Jayke por él—porque tu nos vas a conducir a un lugar donde Kail estará a salvo por fin. Justo lo contrario de lo que te mandaron a hacer tus amos. Irónico, ¿eh?

Capítulo 20

CAPÍTULO 6: EL ÚLTIMO BANQUETE EN CASA DE DEMIR

Al tercer día se marchó Enia.

—No es personal—les recordó en el patio delantero de la casita de Demir y los demás donde se habían estado alojando—ha llegado la hora de que emprenda mi propio camino. No podéis entenderlo, hay algo mágico ahí afuera que viene gritando mi nombre desde que estábamos en la academia.

Pero Alan sabía que sí era personal. Las tensiones entre ellos dos habían ido en aumento, hasta el punto en que Enia empezaba a llevarse mejor con Jet que con él.

Ni los ruegos de Holly ni las palabras de Alan ni las súplicas de Jet habían servido para que se quedara.

...

—¡NOS VAMOS A GWENNFELD!—gritó Jet, alzando su copa

—No te hagas ilusiones todavía—le advirtió Elmir, pero no añadió nada más, pues era la primera vez que veía a su amigo sonreír tanto desde que Enia se había ido, y habían acordado no decirle nada que pudiera entristecerlo.

Llevaban días hablando sobre Gwennfeld. El mapa que tenía Jet, donde alguien había situado Gwennfeld en el Gran Desierto, era una completa novedad para Demir y su grupo. Incluso para Patrick y Selina, quienes

segun les habían contado, llevaban años persiguiendo aquel antiguo mito.

Las paredes de piedra de la inmensa sala estaban repletas de tapices y cuadros que contaban historias legendarias: de batallas, castillos, banquetes y peregrinajes. No habían tenido que tardar mucho tiempo en llamar aquel sitio "hogar". Los Ylmireños de provincias eran gente de los más hospitalaria. Alan sospechaba que ello se debía a los valores de lealtad y nobleza característicos del país. Aroa había estado a punto de dejarles su propia cama para dormir, a lo que ellos se habían negado rotundamente, sobretodo teniendo en cuenta que en aquella casa había colchones de sobra para todos. En las comidas, Demir siempre les servía ración extra a cada uno, aunque se negaran.

Y aquel día se había organizado un verdadero festín. Angello dormitaba en un rincón de lo más acogedor, junto al fuego de la chimenea, rozando con las patas delanteras la silla donde estaba sentado Jet, presidiendo una larga mesa de madera. Junto a él estban Elmir, Ace y Mila, hablando con Selina y Patrick sobre planes de futuro.

Patrick y Selina habían viajado al nor-este de Ylmir años atrás, pues habían oído umores de que Gwennfeld podía encontrarse ahí pero no hallaron absolutamente nada.

—Es una zona muy deshabitada—explicó Selina—Cuanto más te acercas al Gran Desierto, más se parece el territorio a esta región. Supongo que de ahí surgió la leyenda de que Gwennfeld estaba ahí. Sin duda es el lugar más seguro que conozco.

—Yo me hubiera quedado—dijo Patrick—Selina no estaba segura, pero yo me quedaba.

—¿Por qué no lo hicisteis?—preguntó Mila, quien no se perdía un detalle de la historia.

Como respuesta, los dos miraron instintivamente al otro lado de la mesa, donde estaban sentados sus amigos Aroa y Demir, que ahora se habían levantado para mostrarle algo a Alan.

Mientras, Holly apenas había tocado el budín de chocolate. Se encontraba perdida en sus pensamientos, a veces girando a la izquierda para oír una conversación, a veces a la derecha para oír la otra, sin prestar demasiada atención a nadie.

—Esta fue la última que nos sacamos jutos—dijo Demir— Ese día cumplías dos años. Fue bastante tronchante porque no teníamos ni idea de qué regalarte. ¿Qué le regalas a un niño de dos años cuando vives escondido en una cueva en medio de la nada? Patrick fue el que más se lució. Te leyó el pensamiento con su magia y descubrió que te gustaban los burros, y justo su burra Miranda acababa de dar a luz.

La fotografía mostraba a un niño de dos años sentado en medio de un montón de paja, acariciando a una cría de burro con una expresión de completa admiración. Tras él se encontraban arrodillados sus padres, y junto a sus padres, Demir, Aroa y Patrick no se perdían un detalle de la escena. Alan no podía creer que en algun momento de su vida hubiera sido tan inocente. Pero el golpe más grande era ver aquel burro, pues Alan lo recordaba. Había vivido con ellos hasta que sus padres fueron asesinados.

—¡Dikky! ¡Oh, qué pequeño!—exclamó con los ojos brillantes como dos estrellas. Por un segundo, había vuelto a ser un niño—ojalá supiera qué fue de él.

Después de mirar la foto se quedó en silencio algunos minutos.

—Aún no me habéis querido contar lo que pasó. Cómo se rompió la

Rebelión, por qué nos mudamos al este—dijo.

—Resistimos en las montañas durante mucho tiempo, demasiado tiempo—explicó Aroa—Pero los Sigmur cada vez traían más tropas al sur, tanto del lado sigmurniano como del lado que había sido ylmireño antes de la conquista de

—Nos acbaron descubriendo—prosiguió Demir— Un día nos encontramos los cuerpos de Jeremey y Finna en la cueva donde vivían. A su hijo se lo llevaron prisionero. Jeremey y Finna eran los líderes, así que naturalmente la Rebelión se empezó a dispersar.

—Nostros cuatro fuimos de los primeros—dijo Aroa— Siendo ylmireños (menos Patrick), no tuvimos problemas. Tus padres y algunos más decidieron quedarse en Sigmurland, huyendo hacia el este.

—A la casa de la región ocho donde vivíamos—dijo Alan

Aroa sonrió. Mientras estudiaba el rostro de Alan. Se había emocionado un poco.

—Me recuerdas tanto a tu madre, Alan—dijo Aroa—Vanesa era la persona más valiente de todo nuestro grupo. No se rendía nunca.

—Lástima que Harvy no lo tuviera más en cuenta—refunfuñó Demir

—¡No digas eso!—protestó ella

—¿Ahora viene cuando me decís que mi padre era un machista?

—No—aseguró Demir

—¡No!—dijo Aroa—No, escucha Alan: tu padre era un gran hombre. Es solo que tu madre lo amaba tanto... habría hecho cualquier cosa por él.

Alan no quería saber más del tema y bajó la mirada. La mente le iba a mil por hora.

—toda una vida huyendo. Se ve que me ha tocado el mismo destino.

Demir le puso una mano en el hombro, y Aroa le dedicó una sonrisa triste.

—No, Alan—dijo Demir—ya no vas a tener que huír más. Eso te lo prometo.

Alan probó otro bocado del budín de chocolate. De pronto lo sentía mucho más sabroso.

...

—¿Y Elmir?—preguntó Holly después de la cena mientras se dirigían todos a la habitación por las escaleras.

—Elmireando por ahí—dijo Alan

—Alan cree que está teniendo un ataque de Elmiritis otra vez—comentó Jet

—¿No deberíamos hacer algo por él?—preguntó Ace

—Es Elmir—dijo Alan, encogiéndose de hombros—se le pasará. Le ha dado nostalgia desde que llegamos a este país.

—¡Pobrecito!—dijo Holly—A penas se acuerda de su infancia en Ylmir. Esto tiene que estar siendo todo un choque para él.

No era una casa demasiado grande, pero tenía un desván muy espacioso. Lo único que habían podido proporcionarles sus anfitriones había sido siete colchones viejos en el suelo y algunas mantas, pero para ellos era más que suficiente.

—Bueno—dijo Alan juntando las manos—mañana salimos para Gwennfeld, ¿estáis preparados?

—¿Ahora crees en Gwennfeld tú también?—rió Ace

—Ni por asomo—dijo Alan muy serio—Pero me alegra que vayamos a alejarnos de esta región. Aún nos buscan los amiguitos de aquel mago Romir, ¿recordáis?

Alan pensó que no iba a dormir aquella noche pensando en todo lo que podía salir mal al día siguiente. Llevaban casi siete días sin viajar (los días más felices de su vida), y se hacía extraño volver a la carretera. Aún así,

estaba tan cansado por las tareas del día que se durmió casi de inmediato.

Soñó que era una rata. Vivía escondido en su cueva desde la que le llegaban los más sabrosos aromas de una cocina. Alguien atacaba su hogar con un palo que Alan se esforzaba por esquivar.

Lo despertaron unos fuertes golpes que venían de abajo.

Demir fue el primero en llegar a la puerta de entrada, seguido de Aroa y Selina. Patrick fue el último.

—¿Quién es?—dijo entreabriendo la puerta.

Rápidamente, una mano enguantada se introdujo en el interior y terminó de abrirla, con fuerza. Ahora tenían delante a diez hombres armados. Algunos vestían cotas de malla, otros vestían chaquetas de cuero marrón.

—Buenas noches—dijo el oficial que tenían delante, que parecía ser el jefe—buscamos a siete muchachos sigmurnianos.

Capítulo 21

CAPÍTULO 7: VIEJOS HÁBITOS

—No sé de qué me habla—se apresuró a decir Demir

—No te hagas el imbécil—dijo desde atrás uno de los hombres de chaqueta de cuero—sabemos quién eres y sabemos que los estás escondiendo.

—Silencio, Amir—dijo el oficial. Después se dirigió a Demir—Te lo voy a poner fácil, Demir Domenns. Apártate para que podamos llevárnoslos y no te colgaremos. Sabes cuál es el castigo por traición en este país.

Arriba, en el desván, Alan y los demás escuchaban con la oreja pegada a la puerta mientras contenían la respiración.

Demir miró primero a Selina, que había desenvainado la espada hacía rato. Después a Aroa, que se mordía el labio fuertemente. Finalmente, miró al oficial.

—Están arriba.

Y los dejaron pasar.

—Hijo... de puta...—susurró Alan

Cada paso que daban los oficiales dentro de la casa y subiendo las escaleras resonaba en su corazón como si se tratase de un saco de boxeo

que alguien estuviera golpeando una y otra vez a medida que se acercaban sus ejecutores.

—¡¡Dijisteis que los protegerías!!—se oía gritar a Selina desde el piso de abajo—¡¡Sois unos traidores mentirosos, dijisteis que los ibais a proteger!!

—¡Selina, no!—gritaban los otros

Pero era demasiado tarde. Selina se lanzó a la carga y acabó con el oficial. Los otros nueve cargaron también y se la quitaron de en medio. Demir, Aroa y Patrick les dejaron via libre.

Abrieron la puerta del desván de una patada y avanzaron a paso firme.

Pero los cuatro primeros en entrar sintieron la madera del suelo temblar y cayeron al vacío. Los otros cinco aguardaron, expectantes. Había un salto de cinco metros hasta el lugar donde se encontraban Alan y los demás.

Veréis, desde el momento en que habían entrado en aquella casa supieron que no estaban a salvo. Alan no quiso verlo al principio. Por eso Enia, Elmir y él idearon algunas trampas en la habitación por si algo como aquello ocurría.

Pero ahora los otros cinco soldados comenzaban a saltar.

—¡Iros! ¡IROS!—gritaba Alan, junto a la ventana—¡Lleváos los caballos! ¡Buscad a Elmir!

Solo quedaron en el desván Alan y Ace, quienes usaron sus aceros para derribar a los hombres que saltaban hacia ellos. Solo tres llegaron ilesos al

otro lado de la habitación.

Dos de ellos fueron a por Ace, quien resistió sus estocadas con gran habilidad hasta que ya no pudo más y acabó luchando casi desde el suelo. La hoja de Amir le atravesó el pecho.

—¡ACE!—gritó Alan

La distracción fue suficiente para que el tercer soldado le hiciera perder la espada. Los otros dos soldados se habían acercado. Ahora lo apuntaban los tres con sus armas.

—Se ha terminado, niño—dijo Amir—no intentes nada más.

Y así encogido en el suelo como una musaraña, Alan sintió el peso del universo sobre él

—¡ALAN!—oyó a Demir gritar desde el piso de abajo, y sintió su corazón explotar en mil millones de pedazos, igual que la academia 109 dos semanas antes.

Y entonces una figura apareció de entre las sombras, derribando a Amir de un golpe.

—¿...Enia?

Los otros dos hombres a penas tuvieron tiempo de reaccionar, y con dos golpes cayeron al agujero. Amir se incorporó de inmediato y se enfrentó a Enia, que blandía dos espadas a la vez a una velocidad que Amir no conseguía controlar. Al fin la chica atestó un golpe mortal, y Amir cayó

cerca de Ace.

—Oh, Enia... —Alan corrió a abrazarla—lo siento. Lo siento tanto. Sé que te fuiste por mi culpa.

—Ya no importa. Larguémonos de aquí, Alan. ¿Ese de ahí es Ace?

Cargaron con Ace hacia la ventana.

—Creí que te habías ido para siempre

—Tuve una corazonada y volví. Me encontré a Elmir a pocas millas de aquí y me contó lo que estaba pasando. Había huído al ver a estos cerdos dirigirse hacia la casa.

Abajo, Holly, Jet y los demás no habían ido a ninguna parte y los esperaban con los caballos. Montaron a Ace en el corcel de Mila, quién se apresuró a ocuparse de su herida. Enia abrió la marcha, guiándolos, y cabalgaron en la oscuridad de la noche tan rápido como pudieron. viajando junto a Alan, Elmir cruzó una mirada con él.

—Soy un cobarde—admitió, avergonzado

—Lo eres—dijo Alan

—Soy el cobarde más grande del mundo—agregó, y bajó la cabeza.

—Eso es discutible—dijo Alan, con la mirada fija en el hogar que dejaban atrás.

—Supongo que al final no vamos a Gwennfeld—dijo Mila tristemente.

—No—dijo Alan secamente—a partir de ahora nos dejamos de chiquilladas.

Capítulo 22

CAPÍTULO 8: EL CAMPAMENTO DE LOS SIGMUR

No muchos días después de este incidente, el grupo de Ryan llegó por fin a la Región Uno de Sigmurland. Llevaban ya dos semanas viajando por entre las dos cordilleras que conforman las Montañas Salvajes, incapaces de atravesarlas para llegar a la civilización.

La Región Uno empezaba donde terminaban las Montañas Salvajes, y estaba delmitada por montañas mucho más bajas.

Pero el camino se estaba haciendo muy cuesta arriba.

—¿Cuánto más hasta tu lugar seguro y secreto?—le dijo Kennez a Arón. En los últimos días había estado caminando siempre junto a él, para tenerlo vigilado.

—La casa donde vivía Lina está a tres días de aquí. Pero ya os lo he dicho: A menos que sepáis como entrar en una habitación cerrada con magia, no podré acceder a la runa que utilizó ella para viajar. Además...

Dejó de hablar porque la columna que avanzaba se había detenido. Un enorme ganso surcaba los aires.

—No nos queda comida—le dijo Ryan a Devan mirando hacia arriba—y nos queda un día de viaje hasta Ciudad Señorial. Si pudiera alcanzarlo con mi...

¡BANG!

El pájaro cayó.

Miraron hacia atrás. Para sorpresa de ambos, había sido Sarah. Su amiga Lara no paraba de felicitarla.

—Buen trabajo, Sarah—dijo Ryan.

Sheyla había estado enseñando a disparar al resto de chicas del grupo, bajo la mirada reprobadora de Ryan y Devan. Ryan había tenido que acabar admitiendo que no lo hacían nada mal. A Sarah se le daba verdaderamente bien para su edad, y la muchacha aprovechaba cualquier ocasión para recordárselo. Ryan sospechaba que era una especie de venganza por haberlas obligado a dejar los libros. No acaba de entenderlo.

Unos metros más atrás venían discutiendo Jayke y los demás.

—Ya encontraremos una manera de entrar en esa habitación—dijo Jayke—Lo importante es que una vez en Wingar estaremos relativamente seguros, si lo que nos ha contado este engendro es cierto.

—Es cierto. Ha dicho la verdad—dijo Jason firmemente—tengo fe en este amuleto.

—Espero que su fe nos salve—le susurró Kail a su hermano mayor. A él la operación no le gustaba nada— ¿Cómo vamos a deshacernos de Ryan para llegar a Wingar?

—Eso es lo que hemos estado tratando de averiguar—le explicó su

hermano.

Y es que era imposible desaparecer sin que los demás se dieran cuenta. Ryan los tenía vigilados en todo momento. Y Kennez sospechaba que no dudaría en dispararles si intentaban escapar con Kail.

Pero en ese momento hicieron su aparicion cinco jeeps bajando alegremente por la solitaria montaña. Al verlos, sus conductores detuvieron el motor.

Del jeep bajaron diez soldados y una enfermera, todos vestidos de negro, color de Sigmurland. Los soldados los rodearon y les apuntaron con sus ametralladoras por todos los lados posibles.

—¡¿QUIÉNES SOIS?!—dijo el que estaba a cargo. Tenía edad de ser capitán. Llevaba una insignia en forma de pantera en el pecho.

—Somos amigos, señor—se apresuró a decir Ryan levantando ambas manos—Somos lo que queda de la Academia 109.

Los soldados empezaron a bajar sus armas.

—Hemos perdido nuestro hogar, llevamos días a la intemperie—prosiguió Ryan—Lo único que queremos ahora es servir a Sigmurland en la guerra.

—Habla por ti—susurró Jason, y al ver que su amigo Jayke no respondía, le pasó una mano por delante de la cara. Jayke estaba pálido.

—¿Ves a ese hijo de puta de ahí?—le dijo Jayke por fin, mientras el capitán continuaba hablando con Ryan y con Devan

—¿Cuál de todos?—preguntó Jason

—El que está hablando con Ryan

—¿Qué le pasa?

—Es el hijo de puta que mató a mis padres y me llevó a la academia 109—dijo Jayke.

Jason se quedó sin habla, pero no pudieron seguir hablando del tema porque Yili y Francis les mandaban a callar y porque ahora todos se estaban empezando a mover.

Los llevaban al campamento.

...

En uno de los jeeps viajaban un par de soldados y Clara, la enfermera, que hablaba con Winni, Sheyla y Hanna.

—Así que sois todas unas guerreras—dijo Clara con una sonrisa

Les habían obligado a entregar las armas.

—Sí—dijo Hanna, orgullosa

—Sheyla lo es—corrigió Winni humildemente—nosotras solo ayudamos.

—¿Hay mujeres soldado en el frente?—preguntó Sheyla, y los soldados la miraron como si hubiera dicho algo fuera de lugar. Clara titubeó antes de responder.

—No es muy habitual—dijo, y volvió a sonreir.

Cuando bajaron del coche, ya en el campamento, Winni aprovechó que los otros estaban lejos para preguntar:

—¿Cómo es ser enfermera aquí, Clara? ¿Eres feliz con tu trabajo?

—Pues...

Se interrumpieron porque de la nada habían pasado dos soldados que la toqueteaban deshonestamente y le susurraban cosas al oído que la hacían palidecer. A Winni le pareció oír algo sobre "tomarse un descanso"

—...digamos que tengo más tiempo libre del que imaginé—concluyó Clara

Caminar entre las tiendas y vehículos de aquel campamento no era nada agradable. El aspecto de los soldados era verdaderametne hostil. No parecían protectores del país. Incluso a Yili y a Francis, caminando detrás de ellas, les daban cierta sensación de escalofríos.

Vieron a Jason ser empujado al interior de una tienda, gritando, forcejando y dando patadas.

—¡Dejadme ir!! ¡¡Que no se nada de este amuleto!! ¡¡Que me lo he encontrado!!

Todas las tiendas tenían una bandera negra con una pantera dibujada. Era la insignia de la Región Uno. Las panteras llevaban siglos extintas (las habían extinguido los Sigmur), pero ellos las usaban como símbolo por alguna razón.

Fueron conducidos violentamente al interior de la tienda número 11. Ahí se reunieron con Ryan y Devan.

—¿Y los demás?—preguntó Winni

—Solo he visto a Kail y a Kennez. Los han metido en la tienda número 10—dijo Ryan

—¿Les habéis dicho...?

—Sí, Winni. Les hemos dicho que Kail es especial. Han llamado al Sigmur del condado para que decida qué hacer.

—Mierda—resongó ella

—Lo superarás—se burló Devan.

En aquel momento entraron Jayke, Lara y Sarah, conducidos a la fuerza por los guardias.

—¿Qué ha pasado?—inquirió Ryan

—Nos habíamos largado de la tienda donde nos habían metido, pero nos han pillado—dijo Lara como si tal cosa

—Lara ha estado estupenda con su distracción—dijo Jayke palmeándole la espalda—Algunos guardias aún la están buscando por el laberinto de tiendas.

—Es nuestra oportunidad—dijo Lara—Vamos a irnos, ¿no, Ryan? Esta gente está loca.

—Tienen a Jason prisionero en la tienda de enfrente—dijo Jayke mirando a Ryan fríamente. He oído como el capitán Stanley lo golpeaba.

El mismo capitán Stanley que le disparó a sus padres más balas de las que un niño de seis años es capaz de contar. El mismo Stanley que lo metió en un carromato y lo llevó a la academia militar por unas cuantas monedas. Jayke no dijo una palabra, pero sus ojos echaban chispas. Solo Francis Cuatro, uno de los alumnos más leales a Ryan, se dio cuenta de por qué

—Y me imagino que el angelito Jason no habrá hecho nada para que lo castiguen, ¿no es cierto?—dijo Devan con una sonrisa

—Eres increíble—dijo Winni meneando la cabeza

—Ya basta—protestó Ryan—estamos en buenas manos. Confiad en mi. Cuando el Sigmur llegue, le explicaremos lo que está pasando. Él sabrá

poner órden.

—¿Qué hacemos aquí de todas formas, Ryan?—preguntó Sheyla—¿por qué nos han metido a nosotros en esta tienda y a los otros no?

—Porque van a matarnos a todos—dijo una voz.

Yili y Francis tuvieron un sobresalto. Ryan, Jayke, Winni y los demás se revolvieron en la tienda buscando el origen de aquella voz.

De entre la oscuridad apareció una mujer de cabello castaño rojizo. Sangraba por la nariz y tenía cortes por toda la cara.

—Esta es la tienda número once—explicó—aquí solo traen a la gente que los Sigmur quieren quitarse de en medio.

Todos contuvieron el aliento, sobretodo los más jóvenes. Jayke se había quedado petrificado, pero no por lo que había dicho aquella mujer.

—¿Mirji-Wuh?—dijo, acercándose con cautela.

Solo entonces la mujer se fijó en él. Lo reconoció con una sola mirada. Francis también miró a Jayke:

—¿Tú te conoces a todo el puto mundo?

—Jayke. Ha pasado mucho tiempo.—dijo Mirji-Wuh con una media sonrisa—Veo que la Rebelión no ha muerto del todo.

Capítulo 23

CAPÍTULO 9: OPPIDUM

El sonido de las risas de sus amigos aún le llegaban del interior de la taberna cuando el aire del atardecer le acarició el rostro. Había otro sonido que había llamado la atención de Jet y lo obligaba a avanzar en su dirección, como si estuviera bajo la influencia de un hechizo.

Era un sonido triste, desgarrador, melancólico. Pero muy bonito. El sonido más bonito que había escuchado en su vida.

Todos los caballos del establo habían entrado en un profundo sueño. Como en un trance, Enia tocaba una lira. Sus ojos grises miraban hacia afuera. Eran como el reflejo de las nubes que cubrían el cielo.

—Ahórrate los comentarios—dijo Enia cuando la melodía concluyó

—Es muy hermosa—aseguró Jet

Enia lo miró un momento y guardó su lira.

—Es una antigua balada wingaresa—explicó—En sigmurland me habrían encerrado por tocarla. ¿Adivinas qué dice la letra?

—Pues no sé...—dijo Jet—suena como dos amantes que se separan, o algo así. O como un hombre que ha perdido a su amada.

Enia sonrió:

—De hecho, cuenta la historia de una pequeña lechuza que ha perdido el camino a casa. El árbol que una vez fue su hogar ha sido talado y los humanos han metido a sus padres en jaulas.

—¿Quién te enseñó a tocar la lira?—preguntó Jet ahora intrigadísimo

—Mi padre tenía una tienda de antigüedades. Abundaban las espadas legendarias y los instrumentos musicales. Las espadas se vendían más que los instrumentos, por supuesto.

—¿Y esa lira era de tu padre?

—No... No, esta la compré hace unos días, cuando os dejé para ir a explorar el mundo.

—Entonces...—dijo Jet—¿encontraste lo que estabas buscando?

Enia pasó una mano por su lira tristemente.

—A medias.

...

Entrar a la fortaleza de Oppidum no fue la parte difícil.

La muralla era una construcción verdaderamente imponente, con sus más de 500 metros de altura en medio del páramo solitario y desierto que era el norte de Ylmir. Aquí y allá se movían nobles y soldados, plebeyos y

aristócratas, dando vida a la ciudad: a pie, a caballo, en carroza o sin moverse del sitio, ofreciendo productos de la región desde sus puestecitos en la calle.

Alan y su grupo se movían entre ellos tratando de pasar desapercibidos. Habían atravesado el enorme arco de la puerta de la ciudad como si nada.

—Robamos unas cuantas provisiones y nos largamos de aquí.

—Que si, que ya lo has dicho tres veces, Alan—dijo Elmir

Llegaron a la plaza principal escondiendo algunos panes en los bolsillos. Era una construción de hierba en el centro de la cual se alzaba una gigantesca figura ecuestre. La plaza estaba rodeada por una carretera por la que se movían decenas de coches, motos y camiones.

—¿Qué cojones?—dijo Alan

—¡Vaya con la ciudad medieval!—dijo Mila, quien tampoco creía lo que veía.

—¡Mirad ahí!—señaló Jet

En la parte trasera de uno de los puestecitos de comida de la plaza, la cortina estaba ligeramente razgada.

Eso sólo podía significar una cosa.

...

—¡Hola!—dijo Holly apareciento de un brinco frente a la dependienta y con su sonrisa más encantadora, achicando ligeramente los ojos—¿Le hago una preguntita? ¿Todos estos quesos son locales?

Añadió ésto y siguió sonriendo. Mila imitó su sonrisa, bastante más insegura de lo que estaban haciendo que ella. La dependienta sonrió también e hizo un gesto raro en forma de triángulo con el dedo índice y el pulgar por encima de su cabeza.

—Pues no, queridas—dijo—Cada uno de mis quesos es de una localidad diferente. Viajamos por todo Ylmir comprando a los mejores productores del país y os lo vendemos en Oppidum al precio más rebajado. ¿Queréis probar alguno?

—¡Sí, sí!—se apresuró a decir Holly—me gustaría probar ese de ahí. Oh, ¡y el redondo de la derecha! Oh, ¡wow! ¿Ese de ahí es roquefort?

Su interpretación fue absolutamente convincente, sobretodo teniendo en cuenta que estaba muerta de hambre y el queso le chiflaba más que otra cosa en el mundo.

Atraviada como iba, cargando con tanto queso, la dependienta no se percató de que por la cortina rasgada, habían ido entrando por turnos Enia, Jet y Alan llevándose todos los quesos que encontraban y metiéndolos en una carretilla que tenían "aparcada" detrás de la tienda y que pensaban llevarse rodando fuera de los muros de la ciudad. A pocos metros de ellos, Elmir y Ace charlaban como si tal cosa, aparentando normalidad y tratando de tapar la escena, con Angello a sus pies revolcándose en la hierba.

Pero entonces, al mirar atrás, Mila se percató de que estaban rodeadas de oficiales a caballo que se aceracban cada vez más a ellas, y le hizo un gesto a Holly.

Sin poder creer su suerte y sin saber qué hacer, Holly miró a la dependienta, confusa.

—¿Os creeis que soy idiota?—dijo ella. Toda su amabilidad y su alegría se habían borrado—Os delata ese asqueroso acento sigmurniano, bonitas. No hay cosa que me repugne más que una rata de cloaca que se cree que puede llevarse lo que quiera sin pagar por ello.

—Pues no sois tan diferentes a los Sigmurnianos—dijo Holly fríamente.

—¡¡¡CORRED!!!—dijo Alan casi en un aullido lastimero, y el grupo se dispersó en todas direcciones. Los oficiales fueron detrás, pisándoles los talones. Tanto gatos como ratones conocían de sobra las leyes de Ylmir. El precio por robar era la ejecución pública.

Y en medio de la soleada playa quedó la triste carretilla con los treinta y siete quesos que los muchachos tanto se habían esforzado en robar.

—¡¡Elmir, no!! ¡Levanta!—gritó Ace al ver caer a su amigo. Pero cualquier situación estresante bastaba para que Elmir perdiera el control sobre sus piernas. El muchacho se arrastró, vencido por el pánico, e indicándole a Ace con un gesto que lo dejara y se salvara él. Ace se negó a acerle caso. Lo alzó y cargó con él hasta el final de la plaza, donde una hilera de taxis circulaban despacio, esperando nuevos clientes.

—¡Pronto, por favor, está herido!—le dijo al conductor mientras ambos se

introducían en el vehículo— ¡Hay que llevarlo a un hospital!

Había visto a Mila corriendo en otra dirección junto a Holly y a Jet. Solo podía rogar porque estuviera bien.

...

—¡Maldito seas, Sigmurland!—gritó Jet—Nos hace la vida imposible hasta cuando no estamos allí.

Las callejuelas de Oppidum eran oscuras, estrechas y laberínticas. Holly, Mila y Jet avanzaban sin descanso, lo más rápido que podían.

—¡Mirad!—dijo Holly, deteniéndose en seco y señalando hacia arriba

El techo era muy bajo en las viviendas de aquel callejón, y en una de ellas habían dejado una escalera que les permitía el acceso.

Sin pensarlo dos veces, se apresuraron escaleras arriba, y sus perseguidores los perdieron de vista.

—Es horrible lo que he hecho—protestó entonces Holly mientras corrían por los tejados tratando de no resbalar.

—Qué va, si finges super bien—dijo Jet—nos lo hubieras dicho y te venías a robar con nosotros.

—¡Por eso lo estoy diciendo, idiota! ¡He contradecido todo lo que os vengo reprochando!

—No pasa nada, Holly—dijo Mila, trotando tras ella—yo me llevé una piruleta del mostrador cuando no miraba.

—¡Malditos seáis!—volvió a protestar Holly, y Jet rió a carcajadas—¡¿Veis la influencia que sois?!

Pero no dio tiempo para que nadie aprendiera o influenciara a nadie más, porque ahora estaban rodeados de soldados por todos los lados posibles. Emergían uno a uno, trepando hasta llegar a la cima, todos moviéndose igual, como monstruos o muertos vivientes de una novela de terror.

Los tres jóvenes desenvainaron sus espadas y trataron de abrirse paso luchando. Consiguieron aturdir a dos de ellos, pero el resto rodearon a Mila irremediablemente. Jet se detuvo en el momento que se dio cuenta, pero Holly lo obligó a seguir.

—¡¡¡MILA! ¡Maldita sea!

—¡De nada sirve enfrentarnos a ellos nosotros solos!—bramó Holly— ¡Si nos capturan no le habremos hecho ningun favor!

Capítulo 24

CAPÍTULO 10: PLAN DE FUGA

Todos miraban a Jayke y a Mirji-Wuh, pero nadie hablaba. Si se hubiera tratado de Alan, Jet, Holly y los demás, la tienda número once habría sido en ese momento un descontrol de voces interrumpidas, gritos, reproches e indagaciones. Pero el grupo de Ryan era muy distinto. Lo único que se oían en la distancia eran las voces de Ryan y Mister Piercemann, que ahora mismo se encontraban afuera hablando “de hombre a hombre”.

Fue Winni, al fin, la única que se atrevió a decir algo.

—¿Qué es la rebelión, entonces? Jayke, ¿Qué está pasando? ¿Qué os traéis entre manos tu y Jason?

Jayke miró a Mirji-Wuh, y ésta asintió.

—Fue un par de años después de la creación de la Región Nueve, que Sigmurland le había robado a Ylmir. Mis padres fundaron un grupo de rebeldes (tanto Sigmurnianos como Ylmireños), que se negaban a luchar esta eterna guerra. Yo lo recuerdo porque tenía seis años cuando se terminó todo. Vivíamos escondidos en las cuevas de las Montañas Salvajes. Ese general Stanley que nos ha traído aquí es el hombre que mató a mis padres. Fue un aviso. Después de eso, la Rebelión se dispersó.

Y después de una pausa, fue Yili el primero en hablar.

—Osea que eres un puto traidor.

Jayke soltó una carcajada.

—¿Y qué os creeis que sois todos vosotros?

La pregunta quedó en el aire, todos lo miraban intrigadísimos.

—¿Qué quieres decir, Jayke?—preguntó Lara. Ella y Sarah lo miraban, asustadas.

—¿Qué narices os pensáis que era la Academia 109? ¿Un orfanato?—volvió a reír—¡No! ¡Era una puñetera cárcel para hijos de traidores!

—¿De qué cojones estás hablando?—dijo Devan, molesto

—¿Cuántos alumnos éramos en la academia? Un montón. ¿Cuántos huérfanos os pensáis que puede haber en una zona tan deshabitada como la Región Nueve?

Hubo una pausa mientras todos consideraban esto.

—¿Estás diciendo que nuestros padres no murieron de causa natural?—preguntó Sheyla—Que fueron…

—Asesinados, sí, la mayoría.—dijo Jayke—Los Sigmur matan a cualquiera que se les oponga abiertamente, y se quedan con sus hijos para que

sirvan al ejército.

—¡Eso es horrible!—exclamaron muchos

—Es una memez—sentenció Devan, y Yili y Francis lo apoyaron.

—Es cierto—dijo Mirji-wuh con voz quiebra y a la vez muy potente que hizo que todos la escucharan—Yo estuve allí cuando mataron a los padres de Jayke. Poco después mataron a mi marido, y se llevaron a mi pequeña Wanda-Su. Solo los dioses saben dónde está ahora.

—No recuerdo ninguna Wanda-Su en la academia—dijo Winni

—Eso es porque no había ninguna—replicó Mirji-Wuh— Me metí en sus registros y lo comprobé. Probablemente la mataron porque era demasiado rebelde para encajar en la academia.

—¡Los Sigmur JAMÁS matarían a un niño!—gritó Devan. Jamás lo habían visto tan enfadado.

Su grito lo escucharon hasta Ryan y Mister Piercemann, afuera, que ya estaban terminando de conversar. A Mister Piercemann Ryan le había caído estupendamente bien y le había prometido un puesto en el ejercito como sargento debido a su hazañas protegiendo y guiando a los supervivientes de la Academia 109 hasta un lugar seguro. También había prometido que Kail sería tratado con sumo cuidado en Ciudad Señorial, donde sería sometido a algunos experimentos para convertir su magia en un arma que acabaría con el ejército de Ylmir de una vez por todas.

Todo estaba saliendo como la seda para Ryan, y fue entonces cuando todo

se empezó a desmoronar.

—¡Mister Piercemann!— Stanley y sus secuaces venían con una cara de aprensión que no podía significar nada bueno— ¡Mister Piercemann! ¡El chico se ha esfumado! ¡Estos idiotas lo han dejado escapar!

—Mantén la compostura, Stanley. Que tus hombres me expliquen lo que ha pasado.

—Ha sido culpa nuestra, Mister Piercemann—dijo humildemente el soldado que por lo visto estaba a cargo de Kail—Nos han reducido los otros dos chicos. El hermano mayor y el otro chico de negro. ¡Pelea como un profesional!

—¿A dónde han ido?—dijo tranquilamente

—Los seguimos hasta la armería. Se llevaron un montón de armas y nos dispararon. Después se metieron en otra tienda. Allí los perdimos de vista.

—¿Los acorralasteis dentro de una tienda y aún así pudieron con vosotros?—dijo el sigmur con la misma tranquilidad.

—¡No! ¡Los perdimos literalmente! ¡Cuando entramos en la tienda donde estaban escondidos, se habían esfumado!

—He oído bastante—dijo Piercemann, y le disparó un tiro a la cabeza. Después se dirigió a Stanley y señaló a los demás soldados—tortúralos. Tienen una lección que aprender.

Ryan se había quedado de piedra.

—Nno… ¡No puede hacer eso!

—¿Quieres ser general algún día, Ryan Uno?—le dijo Piercemann simplemente— Ayuda a buscar a ese chico y traémelo. Y sobretodo, sobretodo: no hagas preguntas.

—No he hecho ninguna pregunta—replicó Ryan, algo confuso—Pero ahora no estoy seguro si fiarme de usted en relación a Kail. Estamos hablando de la vida de un niño, ¿sabe?

—Bien—dijo el sigmur, y le atestó un golpe en la cabeza con su bastón. Después de eso, prosiguió a golpearle repetidas veces hasta hacerlo caer al suelo. Ryan se sentía impotente, incapaz de reaccionar y sin ánimo de defenderse. ¿Cómo defenderse de un enemigo cuando es tu propio señor quien ataca?

Devan, que había estado observando por el agujero de la tienda, corrió a intervenir, seguido de Yili y Francis.

—¡¿Se ha vuelto loco?!

Los guardias intervinieron también, y pronto aquello se convirtió en una pelea de leones.

—Tenemos que largarnos de aquí—dijo Jayke

—Sí, dijo Winni—pero ¿cómo?

Como respuesta, el mago Arón apareció de entre las sombras. Llevaba consigo dos mochilas llenas de armas.

—¿Dónde están Kail y Kennez?—preguntó Jayke

—A salvo. Los he transportado a una colina a medio kilómetro de aquí. Me han ordenado que os lleve con ellos.

—Primero tenemos que ir a por Jason—dijo Jayke—¿Puedes…?

—No—dijo Arón—no puedo meterme en un sitio en el que no he estado antes. De lo contrario ya habría encontrado a Lina hace mucho tiempo.

—Vale—dijo Jayke—tendremos que luchar.

—¿Y después, qué?—intervino Winni—¿A dónde se supone que vamos a ir?

—A Wingar—dijo Jayke—Allí estaremos seguros. Será un buen sitio para Kail

Dijo ésto como para convencer a Winni, y eso a la chica le dio muy mala espina.

—A ti no te interesa en lo más mínimo salvar a Kail. Tú quieres usarlo para que forme parte de tu “rebelión”.

—¿Podemos discutir esto en un momento más oportuno?

—Yo que creía que eras diferente a los Sigmur.

—Eso es un golpe muy bajo, Winni—replicó Jayke—yo nunca le haría daño a Kail, ni haría experimentos con él.

—Pero lo mandarías a la guerra, ¿no?

—Se nos acaba el tiempo—dijo Mirji-Wuh—Todos aquí tenemos ideas diferentes, y eso es lo que nos hace más débiles ante los Sigmur. Tenemos que dejar nuestras diferencias de lado si queremos sobrevivir.

—Yo estoy con ella—le dijo Jayke a Winni.

—Solo puedo transportar a dos personas en un viaje—les recordó

—Bien—dijo Winni—Lara, Sarah, sois las más jóvenes. Vais primero.

—Ni hablar—dijo Lara—Yo me quedo. Sois muy pocos, vais a necesitar ayuda para llegar hasta Jason.

—Si Lara se queda, yo también—dijo Sarah tragando saliva.

—Tienes que irte tu, Winni—dijo Jayke—eres nuestra médico, sin ti no vamos a poder sobrevivir.

—¡Eso si que no!

—Vete, Winni—le dijo Sheyla cargando su escopeta—confía en nosotros

Parte de Winni aborrecía la idea de estar en el campo de batalla. No tenía miedo a pelear ni a morir, pero la idea de matar otra vez le provocaba náuseas.

—No—dijo sin embargo—No voy a quedarme a cubierto mientras os matan.

Así que Arón desapareció ante el asombro de todos con Mirji-Wuh, que no sabía luchar. Los demás salieron de la tienda en una explosión de disparos y corrieron lo más rápido posible hasta la tienda donde tenían a Jason.

—¡Se escapan! —Rugió Stanley, y él y los demás guardias dispararon. Sheyla, Francis y Hanna cubrieron la retaguardia mientras los demás avanzaban. Pasaron cerca de Ryan, Devan , Yili y Francis que estaban siendo reducidos en el suelo.

Jayke fue el primero en entrar a la tienda. Winni montó guardia con Sarah y Lara mientras, a la vez, cubrían la huída de Hanna y Sheyla, que aún no habían llegado.

Aquel campo de batalla era una completa locura y por primera vez Winni tuvo verdadero miedo. Pero no podía hacer otra cosa que luchar. Seguir disparando para salvar su vida y la de sus compañeros. Se dio cuenta, con un deje de culpa, de que era capaz de cualquier cosa por salvar a los suyos. Y pronto se unió ella también al calor de la batalla y a los rugidos de guerra .

Había nacido una guerrera más, para bien o para mal.

—¡Deprisa, Sarah, recarga!—le gritaba Lara. Pese a su buena puntería, Sarah estaba teniendo dificultades, ya que era mucho más flaquita que su amiga y el arma le pesaba un montón. Lara disparaba sin descanso, dispuesta a darlo todo.

Pero entonces y sin previo aviso, una bala le dio en la cabeza a Lara, quien chocó con su amiga al caer. Sarah la sostuvo, arrodillada en el suelo, mientras Hanna y Sheyla llegaban por fin y cubrían sus posiciones.

—¡LARA! ¡LARA, NO!—Sarah no paró de gritar y lloriquear mientras Winni, Hanna y Sheyla la obligaban a introducirse en el interior de la tienda. Era una imagen bastante desgarradora ver a la pobre chiquilla, con sus coletas repeinadas, gritando sin dejar de agarrar la mano de su mejor amiga.

Una vez dentro, encontraron un montón de guardias muertos y a Jayke sosteniendo a Jason, que sangraba por la cabeza, por la nariz y por la boca.

Aron hizo su aparición en el momento más oportuno, entrando por la parte trasera de la tienda. Forzaron a Sarah a darle la mano a Arón, y ella y Jason fueron los primeros en desaparecer. Los siguientes fueron Sheyla y Hanna.

Al fin les tocó el turno a Jayke y a Winni, que fueron los últimos en llegar a la alta colina verde. Kennez, Kail y Jason los recibieron con palmadas y palabras de agradecimiento.

—Me han quitado el amuleto que hemos estado usando para controlar a Arón—le dijo Jason entrecortadamente, y los dos miraron al mago. Terminada su misión, se encontraba sentado en una roca, apartado de todos.

—¿Crees que nos seguirá haciendo caso?—preguntó Jayke.

—Es difícil predecirlo.

Desde la colina aún podían ver el campamento y oír los gritos de los soldados. Las nubes cubrían el cielo y el viento les revolvía el pelo en una brisa agradable, que silvaba débilmente.

También oían los gritos de Ryan y sus amigos.

—No podemos dejarlos—dijo Winni.

—Vamos a tener que hacerlo—dijo Jayke. No tenemos tiempo para esto.

—No, es cierto—dijo Winni—que tu tienes un ejército que formar

—Winni—Jayke detuvo sus reproches muy serio—no vamos a conseguir

llevar a toda esta gente a salvo a Wingar si peleamos entre nosotros.

—Pues escúchame—dijo Winni—Yo soy de Ylmir, ¿lo sabes? Mis padres vivían cerca de la frontera de la Región Nueve cuando cayó en manos de los Sigmur. ¿Sabes por qué creo que Ylmir va a perder la guerra?

—¿Por qué?

—En Ylmir todavía existe la sentencia de muerte. Y no solo eso, si no que se aplica por cualquier cosa. Los Sigmur en cambio solo matan a quien no les sirve. Tu conoces este mundo mejor que yo Jayke. Sabes que excluir sin pensar no nos va a llevar muy lejos.

Jayke puso los ojos en blanco

—Vale, como quieras. Arón, ve a buscarlos. Pero de mientras, nosotros vamos a seguir avanzando.

—Seguimos avanzando—aprobó Winni—que nos sigan si quieren.

***

Todos se detuvieron para recibir la llegada de los cuatro alumnos más fieles a Hartmann. Primero llegaron Yili y Francis, tosiendo y retorciéndose de dolor como sanguijuelas. Después Devan y Ryan, en un estado similar. Winni se apresuró a inspeccionar sus heridas.

—Tenéis suerte de estar con vida—dijo Jayke fríamente—podéis

agradecérselo a Winni.

Ryan no pareció escuchar este comentario. Fue el primero en levantarse, y Winni lo hizo también. Se hizo el silencio.

—¡Esa gente está loca!—decía Ryan— ¡¡¡Loca!!! Nunca pensé que nos íbamos a encontrar algo así.

Winni había esperado un “lo siento, tenías razón”, pero tratándose de Ryan, eso le pareció demasiado.

—Está claro que en este condado las cosas no se desarrollan como es debido—concluyó Ryan—¿Estáis preparados para seguir viaje? Si salimos ahora, quizás lleguemos a Ciudad Señorial al anochecer.

Como única respuesta, Winni sacó su revólver y le apuntó a la cabeza. Ryan se limitó a mirarla mientras Devan la apuntaba a ella con su escopeta. Kennez fue igual de rápido y dirigió su pistola a Devan. Le siguió Jayke casi de inmediato. Yili sacó también su arma, pero ahora ya todos los demás desenfundaban en favor de Winni: primero Jason, con manos temblorosas; después Sarah, aún con lágrimas en la cara; luego Sheyla, lamentando todo lo que estaba pasando; Hanna, que habría preferido defender a Ryan pero pensó que le convenía estar de parte de Winni; e incluso Francis, que no sacó su arma pero se alejó de Ryan y Devan lo más que pudo. Estaba cansado de hacer todo lo que le decían.

—Vamos a Wingar—le dijo Winni a Ryan fríamente—y a partir de ahora caminas delante de mi.

Capítulo 25

CAPÍTULO 11: EL TIEMPO DE LOS HÉROES

La tarde seguía apaciblemente y los habitantes de Oppidum paseaban alegres por el estrecho boulevard, ajenos a la persecución que estaba teniendo lugar. Por encima de sus cabezas, dos figuras surcaban el cielo, salvando la distancia entre un tejado y otro.

Alan y Enia aterrizaron rodando e inmediatamente se apresuraron a levantarse para huír de los guardias, que ya volaban también hacia ellos. Delante tenían un alto muro que Alan trepó lo más rápido que pudo, seguido de Enia que tenía menos experiencia en escalar paredes.

Fue mientras Alan la ayudaba a llegar a la cima que dos guardias la agarraron del pie y de la cintura.

—¡Ríndete, sigmurniana! ¡Responderás ante la justicia del rey Milar y pagarás por tus pecados!

—Yo no respondo ante ningún rey—dijo Enia, y de una patada en la frente, se deshizo del guardia que sujetaba su pierna. El segundo guardia ya desenvainaba la espada, pero Enia fue más rápida y le clavó un puñal en la mano que apresaba su cintura.

Minutos después, caminaban pensativamente por los silenciosos tejados. La amenaza había pasado. De momento.

—¿Cómo vamos a rescatar a los demás?—preguntó Alan

—¿Rescatar?

—Piénsalo: Ace quizás siga vagando por ahí, pero ¿Jet, con su locura? ¿Holly, que vive en la luna? ¿Mila? ¿Elmir? Probablemente estén todos metidos en una celda a estas alturas.

—Es verdad—dijo Enia— nunca lo había pensado, pero ahora que lo dices, somos los únicos del grupo que usamos la cabeza.

—Estamos hechos para sobrevivir, es inevitable—corroboró Alan

—Somos brillantes—agregó Enia

—Sí

—...Lástima que uses tu genio para tener a todo el mundo bajo tu control, ¿verdad?

—¡¿Qué?!—Alan paró en seco

—Oh, por favor.

—¡Yo no manipulo a la gente! Me parece que me estás confundiendo con Ryan.

—Eres peor que Ryan—dijo Enia—Ryan no es más que un pobre idiota que

hace todo lo que le dicen los Sigmur.

—Y supongo que tú eres doña perfecta.

—Intento—dijo ella pensativa—Pero no, a fin de cuentas no engaño a nadie. Soy un intento fallido.

—Bienvenida al club—dijo Alan—No sé por qué nos obsesionamos tanto en tratar de ser perfectos. No nos hace ningún bien.

—Supongo—dijo Enia— que porque en un mundo como este no podemos permitirnos no serlo.

***

Escondidos entre dos chimeneas que les hacían sombra, Holly y Jet también aprovechaban la calma después de la tormenta para charlar.

—Todo lo que está pasando es absolutamente patético—dijo Holly, cuya mirada se había quedado concentrada en el sol del atardecer.

—Lo sé—dijo Jet—Me estoy empezando a preguntar si vamos a salir de esta ciudad con vida.

—No me refiero a Oppidum solamente—se apresuró a aclarar Holly—digo TODO esto. Nuestras vidas. Desde el principio. Desde que nos fuimos de la academia. Toda esta historia no es más que una farsa. Y de las malas.

—Bueno, ha habido buenos momentos, ¿no?

—Sí, pero no me refiero a eso, ¿Te acuerdas de cuando nos sentábamos en la biblioteca de la academia a leer libros en voz alta?

—Los buenos tiempos.

—Nos hicimos una idea del mundo exterior que no se corresponde para nada con la realidad. Mira a tu alrededor. No sé qué dioses han creado todo esto, pero lo que sé es que este mundo es de lo más soso y aburrido.

—Tienes razón—dijo Jet—Aunque por otro lado, las novelas estaban plagadas de monstruos peligrosos y dragones devora-humanos

—Pero también había héroes valientes que les plantaban cara—se apresuró a decir Holly, y mirando a su alrededor, añadió—Además… ¿Quién ha dicho que en este mundo no hay villanos?

—¡Eh, capullos!—dijo una voz masculina. Eran Alan y Enia—¿Cuánto tiempo lleváis ahí sentados?

—Unos veinte minutos—dijo Holly—¿Por?

—Y en todo ese tiempo—dijo Enia—¿No habéis pensado que estaríais más seguros bajando por esa tubería?

Jet y Holly se levantaron para comprobar que efectivamente, una de las dos chimeneas que les hacían sombra era en realidad una enorme tubería que llegaba hasta las cloacas.

—¿Y los demás?—preguntó Alan.

—Mila venía con nosotros—dijo Holly—se la han llevado a rastras.

—¿Y Ace? ¿Elmir?

—Quizás los han cogido también—aventuró Enia

—Son unos animales—djo Jet—¿Qué hacemos, Alan?

—De momento, escondernos—dijo Alan, mirando hacia la tubería—Si pretenden ajusticiarlos, los habrán llevado a una celda bajo tierra. Quizás esta cloaca conecte con esas celdas.

Y dicho esto, empezó a descender por la escalera de la tubería. El siguiente fue Jet. Su mirada se cruzó con la de Enia justo cuando empezaba a descender.

—Ah, ¡Hola, por cierto!

—Cuánto tiempo—comentó Enia

—¿Sigues tocando la lira?

—Sí. ¿Sigues atándote los zapatos con tres nuditos para no tropezar con tu propia sombra?

—Mira. Así de buenas, ¿eh? Pero eso ha sido absolutamente gratuito—protestó Jet

—¿Primera vez que te llevas algo gratis sin robar?

Jet pensó que empezaba a cansarse de los golpes bajos de Enia.

—¿Te puedo decir algo que me sale así del alma?

—Prueba, a ver.

Jet sostuvo un momento sus mejillas y la besó en los labios.

—Eh… ¿Chicos?—dijo Holly

—¡AHÍ ESTÁN!—gritó una voz.

Enia y Jet tuivieron un sobresalto y se sepraron. Actuando deprisa, la chica empujó a Jet tubería abajo.

—¡¿Qué haces?!

—¡Vete!—gritó—¡Yo os cubro la retirada!

—¡Enia! ¡NO!

—¡VETE!

Enia se volvió con el tiempo justo de ver a un hombre a punto de abalanzarse sobre Holly y corrió a enfrentarse con él.

Cuatro guardias más venían tras él.

***

Lejos de allí, en una callejuela solitaria, había una tienda llena de hermosas figurillas de cristal. Con un ¡cling! La puerta se abrió y entraron Ace y Elmir, que se apoyaba en él para caminar. Venían hablando entre susurros.

—Te digo que era Mila—decía Ace fuera de si—¡Era Mila! ¡La han cogido y la van a matar!

—No he dicho que no pueda ser ella—dijo Elmir—pero ahora mismo tienes que mantener la cabeza fría y valorar las posibilidades.

—Bienvenidos—dijo la dependienta. Era una jóven wingaresa de pelo oscuro—¿Puedo ayudaros? Tenemos el mejor cristal de Wingar.

—Gracias—dijo Ace—pero sólo estamos mirando

Elmir se dejó caer en una silla y Angello apoyó la cabeza en su regazo., Mientras, Ace se paseaba por el lugar.

—¿Cuánto cuesta eso?—dijo señalando uno de los mostradores

La mujer le dedicó una sonrisa.

—¿Es para una chica?

Era un hermoso anillo de cristal, de color gris verdoso.

—Se llama Winni—dijo Ace—Nos separamos y ahora no tengo ni idea de dónde está. Pero voy a encontrarla aunque tenga que remover el mundo entero.

—¿Cómo se sepraron?—dijo ella intrigadísima

—Es una larga historia. Nuestro hogar explotó en mil pedazos, ¿se lo imagina? Vivíamos en un orfanato. Teníamos que largarnos antes de que la guerra viniera a por nosotros, pero ella decidió quedarse a cuidar de los enfermos. Yo quería quedarme también, pero ella me pidió que me marchara y pusiera a su hermana pequeña a salvo.

—Vaya…

—Y ahora le he fallado—Ace se había dejado llevar, y unas lágrimas amargas corrían por sus mejillas—Mila ha sido secuestrada por unos bastardos y quizás esté muerta a estas alturas.

—Ace...—empezó a decir Elmir, preocupado de que su amigo siguiera hablando pero la mujer lo interrumpió.

—El anillo cuesta 2000 dorados—dijo—Pero puedes quedártelo.

—¡Oh, no, señora! No puedo aceptarlo.

—Insisto—dijo ella entregándole el hermoso anillo—encuentra a tu amada y no te separes nunca de ella.

Y ya fuera de la tienda, Elmir observó a Ace darle mil vueltas al objeto de cristal antes de guardarlo en el bolsillo.

—Admiro tu fe, Ace. ¿Cómo haces para soñar siquiera con volver a ver a Winni, después de todo lo que hemos pasado? Yo no podría.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?—dijo Ace seriamente—Winni tiene que estar viva en alguna parte. Le prometí que la reuniría con su hermana y lo voy a hacer.

Un ruido que Ace no escuchó hizo que Elmir lo obligara a esconderse detrás de un carromato abandonado. Por la calle venían hombres vestidos con metal.

Y por el otro lado de la calle, bajaba un carruaje que se detuvo ante ellos. Se bajó una señora muy bien vestida que tendría unos cincuenta años.

—Sir Tarmin, cuánto tiempo sin verle.

—Lady Krone.

—¿Es verdad lo que me han contado en la puerta?

—¿Lo de los siete niños sigmurnianos?

—¿Es cierto que son fugitivos de la Academia 109?

—Eso creemos.

—Pues no quiero que se les haga ningún daño.

—Sabe que eso no podemos autorizarlo, Lady Krone. Son las leyes de nuestro país.

—¡Pues alguien tendrá que cambiar las leyes! ¡Dos de esas niñas podrían ser mis nietas!

—A su majestad no le va a gustar esto—Sir Tarmin se rascó la cabeza.

Sus voces se fueron perdiendo de vista hasta que se convirtieron en un eco.

—Elmir—fue lo primero que dijo Ace—¿Has oído lo que han dicho?

—Sí, pero...

—Yo sé a quién se refiere. Creo que esa señora es la abuela de Winni y de Mila.

Capítulo 26

CAPÍTULO 12: METAMORFOSIS

—¡Cierra los ojos, Holly! ¡No pienses!

Muerta de miedo, Holly se dejó caer. Aterrizó rodando en tierra firme y Enia la ayudó a levantarse. Echaron a correr hacia un callejón oscuro.

—Gracias por salvarme—dijo la muchacha.

—No digas tonterías—replicó Enia.

Una vez a salvo, ralentizaron el paso para poder recuperar el aliento y hablar sobre lo que había pasado.

—Así que al final no odias tanto a Jet, ¿eh?—comentó Holly

—Ni una palabra.

—¿Cómo fue que me lo definiste la última vez que hablamos? Creo que dijiste algo sobre “el último hombre del mundo” y creo que usaste la palabra “zopenco”

—En ningun momento ha dejado de ser un zopenco.

—Pero ahora es tu novio zopenco

—¿Crees que yo ahora voy a querer salir con Jet?

—¿Y por qué no?

—¿Tú sabes lo idiotas que se vuelven los hombres cuando besan a una chica por primera vez?

***

—¡TÍO! Y entonces voy y le digo: “Te puedo decir una cosa?” y ella en plan-

—Me lo has contado tres veces, ya.

—¡Pero es que tío! ¡Tío! ¡Ha sido muy épico!

A tientas, Alan y Jet avanzaban en la oscuridad, pegados a la pared para no perderse.

—Meh, tampoco hay para tanto—comentó Alan como si tal cosa.

—Eso lo dices porque tu nunca has besado a una chica

—¿Tú qué sabes?

—Ya empiezas.

—¿Ya empiezo qué?

—El jueguecito ese que haces siempre con todo el mundo. Empiezas haciéndome dudar de algo obvio y acabas haciéndome dudar de todo lo que sé desde que vine al mundo hasta que me lavas el cerebro para que crea lo que tú quieres hacerme creer.

—¿Te hago dudar de algo "obvio"? ¿Tan obvio es para ti que no he besado nunca a una chica? ¿No te parece que estás siendo un poco duro conmigo?

—Ya lo haces otra vez.

—No sé de qué estás hablando.

—Lo que tu digas. No has besado a ninguna chica—concluyó Jet.

—No, Jet, no he besado a ninguna chica.

Y siguieron caminando. Y a los dos segundos, Jet preguntó:

—¿No lo has hecho, no? Ahora me estás haciendo dudar.

—No sé—dijo Alan—eres tú el que ha dicho que no.

—¡Vete a la mierda!

—Shhh. Mira.

—No me importa, de todas formas. Estoy cansado de compararme contigo.

—¡Mira!

A lo lejos se veía un rayo de luz que se colaba por alguna especie de ventana que cada vez estaba más cerca.

Cuando llegaron al lugar que señalaba Alan, vieron algo que los dejó sin habla. Después de una subida de unos pocos metros, había un agujero en la pared por el que apenas cabía una persona. Más allá del agujero se veían quilómetros y quilómetros de arena.

Al otro lado de ese agujero terminaba Oppidum.

***

Angello lanzó un ladrido y volvió a acomodarse para dormir sobre el regazo de Ace.

—¡Shhh!—dijo el chico—este perro nos va a delatar.

Elmir había centrado su atención en una pequeña criatura de color negro que se movía lastimosamente debajo del carromato. Planeaba con pequeños saltitos de vez en cuando, buscando un refugio donde pasar el día. Era un murciélago.

Atrapándolo con las dos manos, lo introdujo cuidadosamente entre las rejas que tenía detrás. Era la puerta de una enorme alcantarilla. El animal voló alegremente en su interior y se perdió de vista. Elmir sabía cómo se sentía. Como estar perdido en medio del océano sin saber nadar.

Y a a diez metros de ellos, Lady Krone seguía hablando con los soldados.

—Voy a ir a hablar con ella—dijo Ace

—No—se apresuró a detenerlo Elmir—Aún no. Ella puede ser noble, pero esos soldados tienen derecho real a detener a quien les de la gana. Creeme. Sé como funcionan estas cosas.

—¿Cuánto tiempo viviste aquí en Ylmir?—preguntó Ace de pronto.

—Hasta que los Sigmur tomaron la ciudad de Limahr. Tenía once años.

—Debió de ser horrible. ¿Tus padres…?

—Oh, mi padre sobrevivió. Ni siquiera estaba en la ciudad ese día. Quizás está aquí en Oppidum ahora, comerciando sus libros usados a precio de

rey, el muy rata. Ni ganas tengo de verlo. Ni él a mi.

—Vaya Elmir, lo siento mucho.

—No importa. En Ylmir muchos padres son así. Al menos en las clases más bajas. Para los hombres, este no es un país de soñadores. Los cuentos de hadas son para las doncellas. Si eres un hombre, tu deber es ser fuerte para blandir una espada y morir en batalla.

—No es que en Sigmurland nos contaran muchos cuentos de hadas, de todas formas, ¿no?

—No, pero vivíamos en una Academia militar. Es diferente.

—Nunca me gustaron mucho las maneras de Hartmann. Supuse que tendría sus motivos, y nunca quise cuestionarlos demasiado. Pero nunca me gustó cómo te trataban él y sus secuaces. ¿Qué importa si no puedes levantar un arma y el resto de chicos sí? No es motivo para…

Ace se detuvo al comprobar que había cometido un error. Elmir había apartado la mirada.

—Perdona, si no quieres hablar de esto...

—Alan y Jet piensan que no sirvo ni para atar medio nudo. Literalmente, una vez me dijeron eso—sus ojos brillaban y se habían enrrojecido.

—¡Hey, hey!—Ace le palmeó el hombro amistosamente—¡No creo que lo digan enserio! Al menos Jet no. A los dos les gusta hacer esas bromas

macabras.

—No sé si voy a sobrevivir a esto, Ace. Ni siquiera puedo caminar.

—Pero has llegado hasta aquí, ¿verdad? ¿Sabes que en los periódicos no figuró que hubiera ningún superviviente en Limahr? ¿Cómo hiciste para sobrevivir aquella noche, Elmir? ¿Cómo escapaste de los bombazos?

—No lo sé, no recuerdo nada de esa noche.

Angello volvió a ladrar. Lady Krone se despidió de sus interlocutores y se perdió de vista. Los soldados avanzaron calle abajo hacia donde estaban Elmir y Ace.

—Mierda...—Elmir se había dado cuenta de una cosa—Oye Ace. ¿Tu estás seguro de que esa mujer es la abuela de Winni y de Mila?

—Tiene que serlo. Encaja con todo lo que Winni me ha contado. Mila no lo sabe, ¿te lo he dicho? Ni si quiera recuerda a su familia. Winni sabía que su abuela estaba viva, pero nunca quiso que su hermana se hiciera falsas esperanzas de volver a casa. Por eso no se lo contó.

—Bien—dijo Elmir al ver que los soldados estaban cada vez más cerca. Caminaban silbando por en medio de la estrecha callejuela— Escúchame Ace. Sé que a veces te sientes en necesidad de protegernos a todos porque eres el mayor, pero tú tienes una familia. Sobretodo ahora.

—¿Por qué lo dices?—Ace aún no acababa de entender

— Prométeme que no intentarás ayudar a nadie hasta que Mila esté a salvo. Prométeme que irás corriendo a buscar a Lady Krone.

—Elmir, ¿Qué vas a hacer…? ¡No! ¡Ni se te ocurra!

Los soldados se detuvieron delante del carromato, que no era lo bastante grande para esconderlos bien a los dos. Las ropas grises de Elmir se veían apenas entre las ruedas.

—Nosotros no importamos ya—susurró Elmir—Creeme, nosotros cinco siempre estuvimos destinados a ser huérfanos.

Y dicho esto, salió de detrás del carromato de un salto. Por un momento se sorprendió él mismo de que las piernas le respondieran. Los soldados tampoco se lo esperaban.

Y de un salto, como había visto al murciélago hacer antes, Elmir voló hacia ellos con un grito de guerra, derribando a uno de ellos con ambas manos. El segundo lanzó una estocada hacia el hombro del muchacho que le hizo gritar de dolor, pero se lanzó a la carga de nuevo, haciéndole perder la espada al segundo. Ahora se enfrentaron los dos contra él, usando solamente sus puños. Cinco veces le hicieron caer, y cinco veces Elmir volvió a levantarse, sangrando cada vez más y más.

Finalmente, se lo llevaron a rastras, inconsciente.

Ace se mantuvo en su posición, horrorizado por lo que había dejado que ocurriera. Y una vez consiguió recuperarse, animó a Angello a levantarse y los dos pudieron avanzar por la callejuela, que ahora estaba desierta.

***

Mientras, Alan y Jet seguían ensimismados, con la mirada fija hacia donde terminaba la oscuridad, mirando hacia la libertad mientras barajaban todas las posibilidades.

—Tengo que ir yo.

—¿Ir a dónde?

—A Gwennfeld. ¡AU!

Alan le había dado un golpe en el hombro

—Te dije que te golpearía si volvías a decirlo.

—¡Ya sabías que lo iba a decir y has preguntado a propósito! ¡Eres un abusón!

—Pero es que eres muy imbécil, Jet

—Y tú muy capullo.

—¿Qué diferencia hay?—preguntó Alan

—la palabra “capullo” tiene muchas más implicaciones—dijo Jet como si expusiera una tesis doctoral—Si llamas a alguien “imbécil” solo estás definiendo la superficie del problema.

Alan lo miró como si hubiera visto un extraterrestre.

—Bueno, que yo me voy a Gwennfeld.

—Vale, mánadame una postal—dijo Alan. Pero al ver que su amigo se iba de verdad, tuvo un sobresalto—¡JET! ¡¿Pero a dónde coño vas?!

—Voy a buscar los caballos, Alan—explicó Jet—los dejaré aquí para que podáis salir pitando si hay una emergencia antes de que vuelva.

—Pero ¿A dónde vas a ir?

—¿Tu has estado escuchando? —Jet parecía hechizado ahora— Mira, yo no sé si Gwennfeld es el lugar mágico que cuentan las leyendas, pero sé que existe. Siempre lo he sabido. Según el mapa, no hay más que unos pocos quilómetros hasta allí. Es más cerca que ir de la Academia a las ruinas de Limahr.

—¿Y?

—Y, que si existe gente decente en el mundo, gente dispuesta a ayudarnos, están allí. No vais a rescatar a Mila vosotros solos, Alan. Estamos hablando de las celdas de un puto rey. Eso es impenetrable.

Alan tuvo que resignarse a considerar esto unos momentos.

—Iré yo—concluyó Jet— Soy más rápido que tú.

—Un cojón.

—Soy más rápido a caballo.

Alan no dijo nada porque sabía que Jet tenía razón y porque se había quedado prácticamente sin argumentos para convencer a su mejor amigo de que no se marchara. Jet empezó a partir.

—¿Y qué hay de Enia?—dijo al fin—Creía que la amabas. Creía que querías estar con ella.

—¿Te ha contado Enia por qué odia a la mayoría de hombres? ¿Te ha contado lo que vivió antes de acabar en la academia con nosotros?—Jet se pasó una mano por la nuca.—Sinceramente, Alan, y ahora hablando enserio. Con todo el daño que hemos causado a lo largo de la historia, a veces pienso que ningún hombre merece estar con ninguna mujer.

Y dejando a Alan pensando en esto, se marchó.

—Imbécil—dijo Alan en voz alta—Simple y puramente imbécil. No hay otra palabra.

***

Por los escalones de una oscura cloaca descendían Enia y Holly.

—Creo que oigo voces—dijo Enia

—Esto es un gran desperdicio—comentó Holly sin prestar mucha atención y a modo de disculpa—Es la primera vez que tenemos una conversación de mujeres y no hemos hecho otra cosa que hablar de tonterías

—Entonces déjame darte esto—dijo Enia entregándole un talisman—lo robé para tí en la tienda de los quesos

El talismán tenía la forma de un animal extinguido hacía mucho tiempo.

—Creo que tenías uno parecido en la academia, ¿no?

—Sí, pero el que tenía era un conejo—dijo Holly, que ya se lo colgaba al cuello, contenta—este es una liebre. Gracias Enia. Me encanta. Creo que es lo más bonito que nadie ha robado para mi.

—Mi madre… cuando digo mi madre quiero decir la mujer de mi padre adoptivo. Es una larga historia, pero es la única madre que conozco. Aunque nunca la conocí. Hacía talismanes como estos. Según mi padre, se le daba muy bien.

—¿Ves?—dijo Holly—ese es el tipo de conversaciones que...

La escena quedó interrumpida por una compuerta al abrirse justo por donde al lado de ellas. Ellas no lo sabían, pero habían llegado a las celdas de la ciudad. Al ver a Enia, los guardias la agarraron por los brazos y el pelo.

—¡Soltadme! ¡Soltadme, animales!—Pero era inútil. De arriba le llegaban las voces de decenas de guardias custodiando las celdas.

—¡Enia!—gritaba Holly, que se aferraba a ella con todas sus fuerzas

—Suéltame, Holly. Sálvate tú.

—Ni lo sueñes, tú te vienes conmigo.

—No va a poder ser.

—¡No! ¡No! ¡ENIA!—sollozó Holly. Su amiga le apretó las muñecas un momento.

—Escúchame, Holly. Nunca dejes que un hombre te obligue a hacer algo que no quieres. ¡Nunca, nunca, nunca!

—¡ENIA!—Volvió a gritar Holly, pero su amiga ya había desaparecido en medio de un montón gritos y sonidos de pelea. Ahora más soldados salían de donde había desaparecido Enia, y Holly no tuvo más remedio que correr.

Llorando y llorando, salvó la distancia que la separaba del suelo a toda velocidad y echó a correr sin rumbo fijo. Era la primera vez que se encontraba completamente sola en muchísimo tiempo. Le vino un escalofrío al recordar las humedas y oscuras alcobas donde las monjas solían encerrarla, antes de vivir en la academia 109.

Sintió a alguien agarrarla fuertemente y derribarla en el suelo, y supo que estaba perdida. Pero no se rindió. Con las patas traseras peleó sin descanso hasta golpear al soldado en la cara con el zapato, y reanudó la marcha.

Otro soldado la detuvo de un golpe tan fuerte que la hizo caer. Llevaba una maza con pinchos en la mano. Holly había caído de espaldas. El soldado sonrió mostrando unos dientes naranjas por las zanahorias que se estaba comiendo.

—¿A dónde vas monada?

Había tirado al suelo su maza y su antorcha y se había puesto encima de ella, sosteniendo su garganta con ambas manos.

—A ti ya te vi antes, cuando os seguíamos por los tejados. Eres la que se sentía mal por haber robado—río y le dio un mordisco a su zanahoria.

Desesperada, Holly gritó y pataleó sin resultado alguno. Se encontraba completamente inmovilizada.

—No te esfuerces, niña. De poco vale mostrar los dientes si no están afilados. Conozco a las chicas como tú. No eres como tus amigos. No puedes matarme.

—¡No, no!—sollozó Holly—pero puedo hacer esto.

Sin que se diera cuenta, Holly había colocado la antorcha bajo los cuartos traseros del centinela, y ahora apretaba sin piedad. El grito del guardia resonó en toda la cloaca.

Una vez libre, la muchacha se puso en pie y meditó un segundo antes de marcharse. Al final se decidió. Se llevó la maza del guardia que aún agonizaba en el suelo y, cómo no, la bolsa de zanahorias.

Capítulo 27

CAPÍTULO 13: DE VUELTA A CASA DE LINA

A pocos quilómetros de la ciudad de Wann, Jayke y Winni propusieron hacer una parada. A orillas del río, los alumnos de la 109 cargaban sus botellas o descansaban en la hierba, exhaustos.

—¿Qué harás con ese general Stanley si te lo vuelves a encontrar—dijo Jason, recostado contra un árbol mientras Jayke se echaba agua en la cara—Empezaste a contarme toda tu conexión con él y al final la historia quedó como colgada.

—Le mataré—dijo Jayke simplemente

—¿...Enserio?

—Nah, son cosas que se dicen, supongo. Yo no soy como él.

Cerca de ellos, Sheyla y Hanna estaban sentadas con los pies en el agua. Sheyla le enseñaba a Hanna a limpiar el arma. Las piernas de Sheyla no sólo eran más flacas y fuertes que las de Hanna, a causa del entrenamiento. También eran más bonitas, en opinión de Hanna.

—¿Cómo acabaste siendo la única chica soldado de la academia, Sheyla?—le preguntó tratando de disimular su repentina envidia.

—Oh, no fue nada especial, no te creas—dijo Sheyla tratando de ser humilde—a Mister Hartmann la idea no le hizo ninguna gracia al principio. Pero hay un número mínimo de guaridas con los que tiene que contar una academia, y como la ley no permite poner en guardia a ningún chico

menor de quince años… me hicieron algunas pruebas y decidieron que se me daba bastante bien.

—Y dices que a Hartmann no le gustó la idea, ¿eh?

—No, no se lo tomó muy bien.

—Era un hombre inteligente, Hartmann.

Sheyla la miró, bastante dolida.

Junto a ellas, Winni y Kennez estaban haciendo un recuento de inventario.

—Esta es la última, Winni—dijo Francis depositando una mochila frente a ellos, y en confianza le dijo—Creo que Devan y Yili tienen algo de provisiones también, pero cuando les he preguntado me han dicho que me vaya a la puta mierda.

—Nos las apañaremos con esto, gracias Francis—dijo ella.

Winni sujetaba una cuerda. Al otro extremo de la cuerda estaban atadas las manos de Ryan, que se encontraba sentado de espaldas a ellos mirando el agua, bastante malhumorado.

—¿Es necesario esto?—dijo de pronto Ryan levantando ambas manos.

Winni se acercó y él se levantó para hablar.

—Te creo capaz de cualquier cosa con tal de llevar a Kail al matadero. Incluso de matarnos a todos y dejarte matar por los Sigmur para cumplir tu noble misión. Así que sí, creo que es necesario. Además…

—¿Por qué siempre me miras así?

—¿Así cómo?

—Tú y y los demás. Me miráis como si fuera una especie de… ¡De paria!

Winni alzó una ceja.

—¡¡¡Lo único que he hecho es tratar de protegeros a vosotros!!! ¡Ese fue el trabajo que me fue encomendado! En caso de que ocurriera una catástrofe como la que ocurrió en la academia, yo era el encargado de llevaros sanos y salvos a un lugar seguro.

—¿Por eso pensabas llevar a Kail a Ciudad Señorial para que lo torturen?

—No sabes lo que habrían hecho con él.

Winni recogió su arma.

—Tú tampoco.

***

Se estaba empezando a nublar cuando llegaron a las afueras de Wann. Podían divisar la antigua casa de Lina a menos de cien metros. Winni vio a Sarah caminando sola y pensativa. Había estado antes hablando con Mirji-Wuh, quien le había dedicado algunas palabras de consuelo.

—Déjame que te lleve eso, Sarah—dijo cogiéndole la mochila que llevaba colgada—wow, ¿qué llevas aquí, titáneo?

—Los libros—dijo simplemente—Ryan nos obligó a Lara y a mi a tirar la mochila con los libros por un barranco, pero nos guardamos la mitad antes de que se diera cuenta.

—Sois una verdadera caja de sorpresas, las dos—rió Winni olvidando por un momento que Lara había muerto en el campamento de los Sigmur. Pero a Sarah no pareció afectarle mucho. Winni observó que había cambiado sus dos coletas por una sola cola de caballo.

—Éramos inseparables. Lara, Mila y yo. Lara era la más loca. Mila era la responsable. Pero supongo que no hay nada inseparable, ¿verdad?

—Mi hermana está viva, creeme—le aseguró Winni—la conozco a ella y conozco a Ace. Y conozco la gente con la que viajan ahora mismo.

—Ojalá hubiéramos ido con ellos—dijo Sarah.

Y así los trece jóvenes y Mirji-Wuh fueron acercándose poco a poco hacia

la casa, entre las malas hierbas, atentos a cualquier mínimo ruidito.

Pero no oyeron absolutamente nada. La casa estaba completamente desierta. También por dentro. Nadie había estado allí desde que Lina había desaparecido.

—La habitación de Lina está arriba—dijo Arón

—Echemos un vistazo aquí para asegurarnos de que estamos solos—dijo Jason, y se adelantó por el pasillo hacia la puerta de la sala de estar.

—¡NO!—exclamó en voz baja Jayke—¡Jason! ¡Jason, vuelve!

Todos venían tras ellos.

Y cuando Jason abrió la puerta, se encontraron una escena que les heló la sangre en las venas. Al menos veinte soldados de negro se encontraban repartidos por la sala de estar. En el centro se encontraban el general Stanley y Mister Piercemann, sentados a la mesa y bebiendo tranquilamente de sus tazas de té. Jason avanzó hacia ellos.

—Gracias por darnos la localización, Jason—le dijo Mister Piercemann—nos has sido de gran ayuda.

—Hijo de puta traidor—dijo Jayke, que no daba crédito— ¡¿Por qué?!

Jason se encogió de hombros.

—Me ofrecieron un buen trato.

Y antes de que nadie pudiera replicar nada más, un disparo acertó a Jayke en el pecho. Winni y Kennez se apresuraron a cerrar la puerta.

—¡Todos arriba!—gritó ella, y la gente comenzó a subir.

Ryan se había quedado en el sitio mientras oía los disparos. Devan y Yili lo arrastraron hacia los escalones

—¡¡¡No sois Sigmur de verdad!!!—gritó— ¡¡¡Habéis contradecido todas y cada una de nuestras costumbres!!!—

Le llegó como respuesta una carcajada de Mister Piercemann.

—Eres igual de estúpido que Hartmann—dijo apareciendo por el pasillo al tiempo que disparaba una y otra vez, obligando a Ryan a subir más deprisa para ponerse a cubierto—¡Él tampoco quiso darme al chico! ¡Hasta quiso denunciarnos a las cortes de Ciudad Señorial! Por eso tuvimos que matarlo. Pobre inútil.

Y con el peso de estas palabras, Ryan se dejó introducir en el rellano del primer piso y Yili y Devan cerraron la puerta.

—¿Qué hacemos?—preguntó Kennez. Junto a él, Winni hacía lo que podía para curar la herida de Jayke.

—Ya os lo he dicho—dijo Arón. No puedo hacer nada si no veo el símbolo que utilizó Lina para viajar, y no puedo verlo si no puedo entrar en su habitación.

—Apartáos—dijo Mirji-Wuh. Se detuvo ante la puerta y extendió ambas manos. En una de ellas llevaba un extraño objeto de madera, como un amuleto. Empezó a murmurar palabras en wingarés. Parecía una especie de hechizo.

Los soldados empezaban a subir. Con un cuchillo, Yili y Francis abrieron un agujero en la puerta y a modo de mirilla y empezaron a disparar desde allí.

—¿Cuánto crees que tardará?—dijo Jayke respirando entrecortadamente en el suelo.

—No lo sé—dijo Arón

—¡CHICOS!—Kail venía de una de las habitaciones—¡Mirad afuera!

Todos fueron corriendo a la ventana. En el patio había tres vehículos militares de los cuáles no paraban de salir decenas de soldados.

Ryan miró a Winni interrogativamente, quien se vio obligada a recordarse a si misma que había sido ella quien había decidido no excluir a Ryan. A regañadientes, le pasó un cuchillo y éste se apresuró a cortar las cuerdas que lo ataban.

Ryan miró a Arón

—¿Hay más ventanas en la casa?

—Arriba—dijo Arón.

—¿Quién tiene mejor puntería?

—Tú, Ryan—dijo Kennez, aunque le molestara admitirlo.

—Devan—llamó Ryan—Sheyla. Y tú también, Sarah. ¡Vamos!

Y los cuatro se perdieron de vista escaleras arriba.

—Listo—dijo Mirji-Wuh en ese momento, y empezaron a entrar a la habitación de Lina. Lo primero que hizo Kennez fue decirle a su hermano que se quedara ahí dentro y no se moviera. No era una estancia muy grande. Había una cama y algunas estanterías. Y por supuesto, la pizarra donde Lina había dibujado la runa que la hizo desaparecer lejos de Arón.

—Empieza—le dijo Jayke a Arón, y éste obedeció. La magia de Lina era muy complicada y para él muy difícil de imitar. Necesitaba mucha concentración, y no estaba siendo fácil.

—¡A cubierto!—gritó Yili, y inmediatamente después, se oyó una terrible explosión. La tierra tembló bajo los pies de Francis y Yili, que quedaron

colgando del suelo, aferrándose a las baldosas.

Cuatro soldados avanzaban ahora por la escalera semi destrozada, disparando sin descanso. Jason fue el primero en llegar a la cima, pero fue interceptado por Jayke, que se avalanzó sobre él y los dos rodaron escaleras abajo.

Mientras, en el ático, Ryan no paraba de dar instrucciones a sus compañeros. Sheyla y Sarah disparaban desde las ventanas del lado este, mientras Ryan hacía lo que podía por el lado opuesto, desde donde se veían cada vez más figuras negras.

—Espero que hayas traído el tanque portátil, Ryan—dijo una voz que venía de arriba. Devan se había subido al tejado para tener mejor visión

—¿Por qué?—preguntó Ryan.

Acostado entre las tejas, Devan se arrastró hacia adelante, agachando la cabeza para ver mejor. Por la carretera estaban llegando cinco coches militares más.

Y de mientras, en la planta baja, Jayke se las había apañado para encerarse con Jason en un pequeño cuartucho, amenazando con matarlo.

—¡Hijo de puta! ¡Vendido! ¡Después de todas las veces que te he salvado el culo!—gritaba desesperado Jayke atestando un golpe tras otro

—¡¿Y qué otra cosa podía hacer, Jayke?!¡¿Cómo coño pensaste que este mierda de rebelión iba a funcionar?! ¡Era un suicidio desde el principio! ¡Me habría gustado verte a ti guardando un secreto cuando te están

moliendo a palos!

—¡¿Y LA COMISIÓN QUE TE VAS A LLEVAR?!

—¡SABES CUÁNTO ME GUSTA EL LUJO!—Protestó Jason—¡No puedes culparme por ello!

Jayke lo golpeó aún más fuerte.

Pero entonces, un segundo explosivo destruyó el techo y las paredes, y ambos muchachos tuvieron que protegerse de los escombros. Por un segundo fue como si hubieran vuelto a ser amigos luchando en el mismo bando.

Al disiparse la nube de polvo en el comedor, quedó al descubierto el cuerpo de Mirji-Wuh en el suelo, y el de Yili clavado en una enorme estaca de madera. Habían caído del piso de arriba con la segunda explosión. Tras ellos emergieron Stanley, Mister Piercemann y cuatro soldados más. Jason cogió a Jayke por la nuca.

—¡Usadlo como rehen!—dijo Jason— ¡Bastará para que se rindan!

El disparo de Stanley le acertó a Jason en la cabeza.

—Sabía que ibas a ser un blando.

Sin embargo, su idea le pareció plausible y la tomó prestada. Agarrando a Jayke del brazo, lo obligó a caminar escaleras arriba.

—Voy a matarte—dijo el chico

—Más quisieras.

En el rellano, Winni, Kennez, Hanna y Francis recuperaban el aliento.

—¡Arón, date prisa!—gritó Kennez. Cada segundo que pasaba ponía a su hermano pequeño en más grave peligro.

—¡Hago lo que puedo!

Y entonces oyeron a Stanley

—¡¡¡Esto se ha terminado!!! ¡Salid con las manos en alto y seréis presos de guerra! De lo contrario, matamos a vuestro amigo.

—Es un farol—dijo Jayke—no tienen ninguna intención de dejarnos con vida.

—Dadnos a Jayke y os daremos a Kail—dijo Winni, aunque no tenía pensado hacerlo

—Tenéis diez segundos—se limitó a responder Stanley—diez

—¡NO!—Gritaron Winni y Kennez a la vez

—Nueve

—¡PARAD!—dijo Winni

—Ocho

—¡Coged a Kail y largáos de aquí!—dijo Jayke

—Siete

—Al carajo—dijo de pronto Hanna, y puso la mano en el pomo de la puerta

—¿Qué vas a hacer?—dijo Winni, deteniéndola por el brazo

—Cuatro.

—Déjame hacer algo bien por una vez en mi vida.

Y con un arma de fuego en una mano y un palo de madera en la otra, Hanna se precipitó al exterior y saltó donde las escaleras estaban rotas para llegar hasta los soldados.. Gritándole a Jayke que se agachara, disparó en todas direcciones mientras bajaba por la escalera. Más soldados seguían subiendo a su vez del piso de abajo. Hanna disparó hasta quedarse sin balas y después blandió su palo de madera sin piedad, derribando soldado tras soldado. Stanley había quedado aturdido en el

suelo.

Winni, Jayke y Kennez aprovecharon esta distracción para avanzar escaleras abajo también , seguidos de cerca por Francis. Dispararon a los confundidos hombres del vestíbulo. Oyeron varias explosiones más y supieron que Hanna estaba muerta.

Los soldados no paraban de entrar y entrar a la casa. En el ático, Sheyla había caído por un balazo en la garganta, aunque aún respiraba. Sarah se encontraba arrodillada junto a ella, escondida bajo el alfeizar de la ventana e incapaz de continuar.

—¡No te rindas ahora, Sarah! ¡Necesito tu ayuda!—gritó Ryan, quien por más exhausto que estaba, no bajaba los brazos más que para recargar su arma.

Sarah miró a Ryan y después miró hacia las escaleras, de donde le llegaban los gritos de sus compañeros de abajo.

Se incorporó.

Y uno tras otro, los soldados de su lado del patio fueron cayendo limpiamente. No falló un solo disparo. No podía permitírselo.

Mientras, el ejército sigmurniano contraatacaba y Winni y los demás se habían movido a la retirada en la habitación de Lina. La herida de Jayke se había abierto y Winni hacía todo lo que podía para contener la hemorragia, mientras con otra mano le extraía una bala a Francis.

Kennez supo que tenía que tomar una decisión. Arón se encontraba con los ojos cerrados y las manos levantadas, murmurando. Lo agarró por el

cuello de la túnica. Éste tuvo un gran sobresalto.

—Si no sobrevivimos ninguno de nosotros—le dijo—te llevarás a Kail lejos de aquí. No importa dónde. ¿Lo harás? ¿LO HARÁS?

—Está bien… Está bien, lo haré.

—¡Kennez, no!

—Siempre estoy contigo, hermano. ¡Francis!

Francis y Kennez salieron. Cerraron la puerta y la atrancaron con el armario del pasillo.

—¡KENNEZ!—Winni tuvo que agarrar a Kail con una mano para que no corriera tras él. El muchacho llevaba desde el principio de la batalla tratando en vano de usar su magia para ayudarlos, pero es que no se trataba de un poder que él supiera accionar cuando le diera la gana.

Oyeron a Kennez y a Francis disparar, y gritarse órdenes el uno al otro durante unos segundos. Después sus voces se apagaron, y Kail rompió en el llanto. Dos pares de botas se oyeron acercándose por el pasillo y cargar sus armas, buscnado la fuente del sonido.

Pero Winni fue más rápida. Descargó su revólver contra la puerta con todas sus fuerzas, y los solados cayeron.

—No puedo—protestó Arón—Es demasiado difícil. ¡MALDITA SEA! Es

imposible.

¡BOOM!

El techo se derrumbó, y un cuerpo cayó junto a Winni.

—¡Ryan!

Y entonces Winni bajó la mirada para ver a Jayke, recostado en el suelo, que estaba prácticamente inmóvil.

—Winni… Si ves a Alan Once… Dile que La Resistencia no ha muerto. No mientras él siga vivo.

Y sus ojos se cerraron.

Ryan gritó. Se aferró a ella para tratar de incorporarse, pero le resultó imposible y cayó sentado. Aún se oían disparos que venían de afuera.

—Sarah nos ha salvado—dijo entrecortadamente, horrorizado—Sheyla estaba herida, y Sarah ha terminado con cincuenta soldados ella sola. Y ahora están muertas las dos.

—¿Devan?—preguntó Winni

—Sigue arriba. ¿y los demás?

—Solo estamos nosotros—dijo Winni

—Winni...tenías razón, tenías razón desde el principio.

—Estás herido—dijo Winni. Ryan se palpó el pecho y mostró una mano que chorreaba sangre. Winni se apresuró a sacar su botiquín.

—Creo...—intervino Arón—creo que ya está. Creo que ya lo tengo.

—Bien—dijo Ryan—llévate a Kail

—¡NO!—dijo Kail, que se negaba a irse sin su hermano, aunque estuviera muerto.

—Iros.—dijo Winni— Vuelve a por nosotros en cuanto hayas puesto a salvo. ¡IROS!

Arón no se hizo rogar. Volvió a concentrarse, agarró a Kail fuertemente del brazo y despareció. Ryan gritó. Con las manos cubiertas de sangre, Winni tomó las pinzas para extraerle la bala.

—RYAN—gritó la voz de Devan—¡preparáos!

No tuvieron tiempo de reaccionar. Oyeron los disparos en el pasillo y se pusieron a cubierto. Cuando abrió los ojos, Ryan vio a Winni junto a él disparando hacia la puerta con una mano y agarrándose el vientre con la otra. De su vientre no paraba de chorrear sangre.

—Ryan, el botiquín—dijo con un hilo de voz

No perdió un segundo y trajo lo que le pedía.

—Presiona—dijo ella sin parar de disparar. Vas a tener que hacerlo tú.

La chica apenas podía hablar, pero le dio todas las indicaciones necesarias. Por primera vez trabajaban en equipo, él curándole la herida y ella cubriéndolo de los soldados. Ryan pensó en lo difícil que era el trabajo de Winni. Él solo tenía que apuntar un arma y apretar un gatillo. Para ser enfermero, había que saber mil cosas, y no solo sobre utenisilios y substancias químicas. También sobre palabras de consuelo y de apoyo.

Por la puerta de madera, que ya parecía un colador, entraron más balas y volvieron a cubrirse. Una le acertó a Ryan en el hombro, otra le entro a Winni en el pecho. Asustada y dolorida, Winni miró a su compañero

—Ryan, tengo mucho miedo ahora.

—¿Tú, de todos nosotros? A veces pienso que deberías haber sido tú la número uno y no yo.

—Gracias, aunque no es un gran consuelo—dijo la chica, a quien ya no le

quedaban fuerzas.

—Perdóname, Winni. Todo esto es culpa mía—el chico seguía presionando la herida.

—No, Ryan. Nada de esto es culpa tuya—dijo Winni con su último aliento, y le dedicó una sonrisa triste—Toda la culpa la tienen esos monstruos.

—Winni… ¡WINNI!—Ryan rompió a llorar y le acarició el pelo inútilmente.

Y abajo en el patio, aún quedaba una veintena de soldados.

En cuclillas sobre el tejado, Devan cazó una granada al vuelo y la devolvió, acabando con tres de ellos. Vio a uno de los soldados señalar hacia donde estaba él y saltó del tejado con el tiempo justo de esquivar diecisiete balas.

Y allí colgando de una ventana en la fachada, Devan tuvo que tomar una decisión.

—Las cosas que hago por tí y por tu estúpido niñato, Ryan—dijo en voz alta, y saltó al vacío.

Cayó rodando y corrió hacia sus enemigos, sin dejar un segundo de recargar y apretar el gatillo. Dos balas le entraron en el pecho y una en la pierna. Siguió trotando y disparando. Entonces recibió un balazo en el estómago y cayó.

—Está muerto—dijo alguien—¡Vamos!

Pero no estaba muerto. Se levantó a duras penas y siguió disparando, mostrando una granada abierta en la mano.

—Os veo en el infierno, cerdos.

El fuego inundó el patio y consumió a todos los combatientes.

***

Solo dos de los soldados consiguieron llegar a la casa con vida, donde encontraron un baño de sangre.

Allí encontraron a dos supervivientes más. Stanley depositaba el cadáver de Jason en una pila para poder llegar hasta la escalera, ayudado de Mister Piercemann.

—Acabemos con esto de una vez—dio Mister Piercemann

Los cuatro hombres subieron las escaleras y entraron en la habitación de Lina, donde encontraron a un lloroso Ryan, cabizbajo y arrodillado en el suelo. Al verlos llegar, apenas levantó la mirada.

"Al fin tendré mi merecido. Este es mi destino y lo acepto"pensó Ryan.Le había fallado a Mister Hartmann y le había fallado a la academia. Ya no tenía sentido seguir vivinedo.

Cuatro balas surcaron el aire.

Y los cuatro hombres cayeron. Ryan abrió los ojos y miró a su alrededor. En el suelo yacían Stanley y Mister Piercemann y los demás soldados. Todos. Estaban todos muertos. Se incorporó y se puso en pie como pudo. Avanzó hacia la puerta.

En el rellano del primer piso encontró los cadáveres de Francis y Kennez. La mayor parte del suelo, sin embargo se había convertido en un enorme agujero. Desde allí se podía ver el comedor de la casa. Con manos temblorosas, una figura aún apuntaba con su escopeta hacia los cuatro hombres a los que había disparado. Era Sarah.

Ryan bajó las escaleras lo más rápido que pudo. Sarah y él se abrazaron y lloraron sin poder evitarlo.

—Creí que me moría. Caí sobre uno de los soldados.

—Y pensar que al principio no te creía capaz de sostener una escopeta—Sarah no dijo nada más. Estaba absolutamente consternada—tenemos que irnos

—Sí—dijo ella—Sí, vámonos rápido antes de que vengan más.

Si Arón no había vuelto en todo ese tiempo, eso solo podía significar que algo había salido mal. Decidieron que lo mejor era alejarse de aquella casa lo antes posible. Se dirigieron cogeando a la puerta trasera. Allí vieron moverse a Mirji-Wuh. Sarah fue la primera en arrodillarse junto a ella.

—Mi...mi hija...

—¡Mirji Wuh!—dijo Sarah—¡Está viva!

—Por poco tiempo—dijo tosiendo—¡Mi hija!

—La encontraremos—dijo Ryan—si está viva la encontraremos.

—Escuchadme, queridos—dijo Mirji-Wuh con un hilo de voz. Le agarró una mano a Sarah y puso en sus manos el talismán wingarés que había usado para abrir la puerta—Wingar está acabado. Viajad hacia el norte. Mi hija, Mi Wanda-Su... Seguramente le cambiaron el nombre.

—Pues claro, si los Sigmur detestan la cultura wingaresa—se dijo Sarah

—¿Cuál es la versión sigmurniana de su nombre?—preguntó Ryan. La señora lo pensó un momento.

—Holly. Holly, ahora lo recuerdo—dijo, haciendo un gran esfuerzo por hablar—En vuestra lengua significa “esperanza”. En la nuestra significa: “poderosa como el sol”.

Capítulo 28

CAPÍTULO 14: A CABALLO REGALADO

Al otro lado de los barrotes se veían algunos toneles, iluminados apenas por una diminuta ventana que se alzaba a más de veinte metros como gloria inalcanzable. Desprovista de su lira, Enia tarareaba la canción que Jet la había oído tocar hacía unos días, pensando en la lechuza protagonista, surcando libre los aires, lejos de sus captores. Así había pasado la mayor parte del tiempo que había estado en la Academia 109: sentada en la última fila, tarareando bajito esa canción y mirando por las ventanas enrejadas.

En la celda que había frente a la suya estaban Mila y Elmir. El guardia los había estado provocando durante un buen rato.

La puerta se abrió y dos guardias más trajeron a un nuevo prisionero.

—Este debe de ser el más imbécil de los siete—comentaban los guardias—Ha intentado burlar nuestra seguridad él solito. Pensaba rescatar a sus amigos con solo una espada y un escudo oxidado.

A quien traían era a Alan. Enia lo miró mientras lo introducían en la cela con ella y arqueó una ceja.

—¿...Enserio?

—No preguntes, ¿vale?

—Es el plan más estúpido que se te ha ocurrido en tu vida

—Creía que estabais todos aquí encerrados. ¿Qué alternativa tenía?

—Holly sigue ahí afuera. ¿Dónde está Jet?

—El borrico de tu novio se ha ido solo a Gran Desierto. Se cree que va a encontrar Gwennfeld por su cuenta.

—¿Y tú que crees?—le preguntó Enia.

Su amigo sangraba ávidamente por la nariz. Enia se palpó el labio, que también sangraba allí donde la había golpeado el guardia. Se había esforzado durante mucho tiempo en enfadarse con Alan, tuviera razón o no. Pero a fin de cuentas, estaban los dos igual de jodidos. Ahora se daba cuenta.

—Bueno, ahí solo viven desterrados, ¿No? Gente que no le tiene ninguna simpatía a este reino.

—Gente que no le tiene simpatía a nada ni a nadie

—Lo que yo digo. Es una locura.

Enia miró alrededor.

—No lo sé Alan. A veces las locuras funcionan. Quizás Gran Desierto nos

sorprenda.

Y allí sentada, captiva junto a Alan, Elmir y Mila, Enia pensó en lo mucho que les quedaba por aprender.

***

¡CLAN! ¡CLAN! ¡CLAN! ¡CLAN!

Y el candado de la puerta de la cloaca se rindió al fin. Ace observó la escena desde su posición, hablando con Lady Krone y sus secuaces en la vieja callejuela. Al ver a Holly abrir la puerta de la cloaca y salir al exterior con una maza en la mano, dejó a Lady Krone en mitad de frase para correr a abrazarla.

—¡Holly! ¡Holly! ¡Estás bien!—tenía el pelo revuelto y la ropa cubierta de agua sucia, pero estaba bien.

—¡Ace! Oh, no puedo creer que estés bien. Tienes que venir conmigo. Tienen a Enia y a Mila.

—Y a Elmir—dijo Ace—Lo sé. Holly, esa señora de ahí es Lady Krone. Es la abuela de Mila. Ella nos va a ayudar a rescatarlos sin que se entere el rey. Sólo tenemos que averiguar dónde están las celdas.

—Yo se donde están—dijo Holly apresuradamente—Me conozco la cloaca entera, a estas alturas. Vamos, no hay tiempo que perder.

***

La puerta de la celda se abrió y para sorpresa de todos, entró Holly, seguida de Ace y una señora de clase alta que traía consigo al menos cinco o seis soldados.

—Buenas tardes, sir…—empezó la mujer

—Amar

—Sir Amar. ¿Sería usted tan amable de liberar a estos cuatro chicos y chicas?

—Me temo que no puedo hacerlo, lady Krone. Se trata de un asunto de estado. Estos chicos son intrusos de Sigmurland y han violado la mitad de las leyes de Ylmir.

—Me temo que me ha malinterpretado usted, Sir Amar. No se lo estoy pidiendo. Se lo estoy ordenando.

Los soldados de la señora apuntaban a Amar y a los suyos con sus armas. Amar se rascó la cabeza.

—El rey quiere a estos chicos decapitados antes del amanecer. Toda la ciudad quiere verlos decapitados. De hecho, medio Ylmir los quiere muertos. Haré lo que me pedís, Lady Krone, ya que no tengo elección, pero debo advertirle. El rey podría tomar represalias. Conociéndolo, podría llegar a atacar vuestras tierras.

—Podéis decirle que le estaré esperando. Vamos chicos, recoged vuestras cosas. Sois libres.

Y por primera vez, Mila conoció a su abuela, quien al ver a su nieta después de doce largos años, se lanzó a sus brazos.

—He estado todos estos años buscandoos a ti y a Winni...

—¿Eres de verdad mi abuela?—dijo Mila que no conocía las formas de cortesía de Ylmir y le pareció que aquella era la mejor manera de dirigirse a un familiar.

—Si, niña sí—dijo, y después la tomó por los brazos—tenemos que encontrar a tu hermana. Ya he mandado una partida de soldados en su búsqueda. Se infiltrarán en las Montañas Salvajes y no descansarán hasta que la encuentren.

Mientras hablaba, habían ido saliendo todos al pasillo. Holly y Enia no paraban de abrazarse y de contarse las últimas notícias. Elmir charlaba con Ace y Angello trotaba y ladraba por doquier.

—Entretanto—dijo Lady Krone—creo que estaréis más seguros en mi castillo.

—Lady Krone tiene un jardín más grande que toda la academia, Mila—le contaba Ace—te va a encantar vivir ahí.

—Agradecemos mucho, mucho su invitación, Lady Krane—dijo Holly—pero nuestro amigo Jet se fue a Gran Desierto a buscar ayuda para nosotros. Tenemos que encontrarlo antes de que le pase algo malo.

—Os ayudaré. Pero ahora tenéis que venir conmigo al sur antes de que su majestad os encuentre—insistió la dama—Mis hombres se encargarán de todo, os lo prometo.

—Alan, ¿a dónde vas?—preguntó Holly al ver que su amigo, ajeno a todo lo que estaba pasando, avanzaba por el pasillo—la salida es por ahí

—Ah—dijo Alan, deteniéndose para explicarse como de pasada—es que yo me voy directo a Gran Desierto.

—¿De qué estás hablando?—dijo Enia—¿Es que tienes pensado ir tu solo a buscar a Jet?

—Nop—dijo Alan—os venís conmigo.

—Ah, primera noticia—dijo Holly un poco fuera de si—¿y desde cuando decides tú a dónde vamos?

—Desde siempre—dijo Alan—así os he mantenido con vida hasta ahora.

—¿Me prestas tu maza, Holly?—dijo Elmir

—¡Alan!—gritó Holly—Pero, ¿por qué?

—No me fío de ella.

—Chicos, dejaos de tonterías—dijo Enia—Alan, ven. Hablemos de esto

Pero Alan ya se iba.

—Tengo tu lira, Enia.

—¡¿QUÉ?! ¿TE HAS VUELTO LOCO?

—Y los libros favoritos de Elmir. Árboles y arbustos de la Era Mediana, Flora y Fauna de Gran Desierto, Meteorología Avanzada…

—Alan—intervino Lady Krone dando un paso—Ese es tu nombre, ¿no es cierto? Entiendo que no quieras mi ayuda, pero te prometo que mis intenciones son buenas. Haría lo que fuera por mi nieta, y por cualquiera que ella considere amigo.

—Krone—dijo Alan—¿Ese es tu nombre, no es cierto? Con el debido respeto. Me comería a mi mismo antes de fiarme de las intenciones de una jodida aristócrata que entra y sale a donde le da la gana por medio de la fuerza. Nos has liberado de esta celda. Pues vale. ¿Cuántos escalvos hay en las celdas de tu castillo de piruleta?

Y dejando a la gran señora con un palmo de narices, Alan se perdió en la oscuridad. Enia y Elmir fueron tras él, maldiciendo y exigiendo que les devolviera sus cosas. Holly miró a Ace y a Mila.

—Nosotros nos quedamos—dijo Ace—¿No, Mila?

—Yo no quiero que os peléeis—dijo Mila casi llorando—pero por fin he encontrado a mi familia. ¿Por qué a nadie parece importarle?

—A mi me importa, Mila—dijo Holly poniéndole una mano en el hombro—tengo que dejaros. A ver si puedo hacerles entrar en razón. Volveremos a por vosotros, ¿de acuerdo?

Y después de darle un abrazo a cada uno, llamó a Angello para que la siguiera y los dos corrieron hacia sus amigos.

***

El sol del desierto era abrasador, pero Holly agradeció la luz. Alan ya estaba montando en uno de los caballos que Jet les había dejado en la salida de la cloaca, como había prometido.

—¡¿PERO QUÉ COÑO TE PASA?!—gritaba Elmir—¡¿SE TE HAN DADO VUELTA LAS NEURONAS EN LOS DIEZ SEGUNDOS QUE HAS ESTADO DENTRO DE ESA CELDA?! ¡¿ES ESE TU PROBLEMA?! ¿NO ERES CAPAZ DE ACEPTAR UNA DERROTA POR UNA VEZ EN TU VIDA?

—¿Por qué no me chupas la—

—hora simplemente estás siendo odioso porque sí—lo cortó Enia.

—Si no fuera por mi no habríais durado ni dos días a la intemperie—dijo Alan—lo mínimo que podéis hacer es hacerme caso en esto. Esa mujer no es de fiar. Punto. ¿Nos vamos ya?

—No, Alan. Te equivocas—dijo Holly—todos hemos trabajado duro por sobrevivir. Juntos. Esa es exactamente la razón por la que seguimos vivos.

—Eres increíble—dijo Enia, abatida— No puedo creer que te hayas cargado nuestra única oportunidad de tener un hogar.

—Me lo agradeceréis cuando Ace y Mila estén muertos por culpa de Lady Krone.

—¿Esto es un juego para ti? ¿Es una especie de chiste?—dijo Elmir, aunque sin esperar respuesta. Tomó aire.—Alan, ve a disculparte con lady Krone. Por favor

El muchacho soltó una carcajada.

—Id vosotros a arrastraros hasta ella. Mira Elmir, quizás te conviertas en sir, Elmir. ¿Te gustaría eso? ¿Sir Elmir? ¿No es lo que quisiste ser siempre?

—Cállate—replicó Elmir

Alan dirigió su mirada diabólica hacia Enia.

—Ni se te ocurra decir nada—se limitó a decir ella antes de que él abriera la boca.

—Mirad, no tengo tiempo para esto. Yo me voy a buscar a Jet. Si venís, bien. Si no, también.

Y con esto, le dio una órden a su caballo y avanzó hacia la inmensidad del desierto a toda velocidad. Nadie más se movió del sitio.

Angello ladró intensamente. A parte de eso no se oía nada. Todos se habían quedado absolutamente petrificados, sin saber qué hacer.

—Vamos—dijo Enia al fin, montando en un caballo

—¿Y qué hay de Ace y Mila?—preguntó Elmir

—Habrá que rezar por ellos—dijo Enia, y después añadió—Alan y Jet. Jet y Alan. Siempre igual. Esos dos zopencos parecen sacados de una comedia ylmireña de bajo presupuesto. ¿Y quién los va a salvar de su estupidez si no lo hacemos nosotros?

Y con esto, su caballo relinchó y alzó las patas delanteras, y Enia cabalgó también, Seguida de cerca por Holly, Elmir y Angello.

Capítulo 29

PARTE 3: LEYENDAS

Capítulo 30

CAPÍTULO 1: RYAN

Los dos diablillos parecían haberse propuesto atascar la cabeza de su compañero de clase en aquel retrete. ¿No se daban cuenta de que no cabía? Ryan Tres se lo preguntó mientras se esforzaba por obligarlos a soltar al pobre muchacho.

—¡Largáos de aquí!—rugió. Apenas reconoció los rostros de Yili y Francis en la oscuridad—Mister Hartmann se enterará de esto.

Después se dirigió al muchacho, que tenía la cara empapada y lloraba.

—¿Eres el chico nuevo?—preguntó—Alan, ¿verdad?

El chico nuevo asintió. Llevaba una mochila en la espalda. ¿A dónde iba con una mochila a las dos de la madrugada?

—¿En qué curso estás, Alan?

—Segundo—respondió bajando la mirada.

—Yo también estoy en segundo—le dijo—pero de secundaria. ¿qué hacías por los pasillos a estas horas?

—A escaparme de aquí antes de que los Sigmur me maten.

—¿De dónde has sacado eso? Mister Hartmann es un hombre honorable. No mataría ni a una mosca.

—Mentira—dijo Alan—los Sigmur mataron a mis padres, y solo es cuestión de tiempo que me eliminen también a mi.

—Alan, escúchame. No voy a dejar que nadie te haga daño en esta escuela. Me llamo Ryan. Soy delegado de segundo. Si te pasa algo como esto, puedes contar conmigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—dijo el chico, y se volvió a su dormitorio.

Y al salir del baño, Ryan oyó una carcajada.

—¿Y tú de qué te ríes?

—Sabes que no vas a ser delegado por mucho tiempo más, ¿no?—le dijo su compañero de patrulla—Mister Hartmann cree que eres demasiado blando.

—Y supongo que tu estarás encantado de tomar mi puesto, Devan—le espetó él.

—No estoy interesado en subir de jerarquía a menos que me lo gane yo—dijo Devan Cuatro—Me caes bien, Ryan Tres. No eres un mal líder. Pero lo que esta escuela necesita es seguir a un líder que los haga fuertes, no a un mariquita salido del salón de té de Susana Lacitos.

***

—Este sería un buen momento para parar, Ryan.

Llevaban horas y horas caminando con los zapatos llenos de arena. El sudor le entraba en la herida del pecho produciéndole un dolor insoportable, pero Ryan seguía cojeando cinco metros por delante de Sarah.

—¿Agua?—dijo ella cuando se detuvieron al fin, después de beberse litro y medio de un tirón.

—No, gracias.

—No, claro. Ryan Uno no necesita agua. Ryan Uno se autohidrata automáticamente.

Ryan decidió que habían descansado suficiente y emprendió la marcha. Pasaron veinte segundos en silencio.

—¿Qué otros superpoderes tienes?—dijo Sarah detrás de él— ¿Sabes crear campos de fuerza? ¿Conviertes el agua en cerveza? Eso estaría de diez, te lo aseguro.

Ryan se detuvo en seco y miró a su alrededor, desesperado. No había más que desierto, desierto, desierto. Mirji-Wuh les había dicho que viajaran al Norte. Pero ¿a dónde? Y ¿cuánto aguantarían con las pocas provisiones que tenían?

—Yo no tocaría eso—dijo Sarah al ver que Ryan dirigía un cuchillo al cáctus más cercano para obtener agua

—¿Por qué no?

—Los cactus de Gran Desierto contienen un veneno que te puede hacer alucinar durante horas. Roza esos pinchos y estarás todo el día viendo cerdos voladores. Bébete lo que hay dentro y no quiero ni pensarlo.

Así que Ryan desistió y siguió caminando a toda velocidad.

—Sinceramente, Ryan ¿qué prisa tienes?

—Aún nos están buscando—respondió él—tenemos que alejarnos de la civilización.

—¿Y qué diferencia va a haber si nos encuentran?

Ryan no supo qué contestar a eso.

***

La hoguera iluminaba a penas su Mujeres Ilustres de Wingar.

—Vivíamos en una casita muy humilde—contaba Ryan, sombrío—pero para mi era lo más hermoso del mundo. Estaba entremedio de dos colinas

muy lindas y verdes. Teníamos un montón de gatitos y perros y…

Sarah se había quedando mirando al vacío, con el libro abierto en el regazo.

—Lo siento. Te aburre mi monólogo patriarcal, ¿verdad?

La chica puso los ojos en blanco

—No Ryan. Y contarle tu vida a una mujer no es un “monólgo patriarcal”, creo que no acabas de entender...—volvió a mirar hacia la oscuridad de la noche—Es que me has hecho pensar en mi familia también.

—¿Crees que es verdad lo que dijo Jayke? ¿Que nuestros padres no murieron de causas naturales?

—Mis padres siguen vivos—dijo Sarah—¿Te suenan los Sigmur Eugoni? Me vendieron a Mister Hartmann cuando tenía once años porque encontaron un montón de libros antipatrióticos escondidos en mi habitación.

Ryan se movió, inquieto.

—¿Y eran tuyos?—dijo como si alguien pudiera oírlos

—No—dijo Sarah imitando su tono—eran del gato.

—¡Pero Sarah! ¡Oh, Dios, Sarah!

—Sabía que ibas a reaccionar así.

—¿Tú sabes que eso se castiga con la cárcel?

Sarah le mostró el libro que estaba leyendo

—Este libro también es ilegal. ¿Sabes de dónde ha salido? De la biblioteca de Mister Hartmann.

—Imposible.

—Es la verdad. El pobre hombre entraba tan poco a esa biblioteca que nunca se dio cuenta. A saber cómo fue a parar ahí el libro.

—Mister Hartmann solía decir que los libros son el alimento de los dioses, ¿recuerdas? Decía que los libros no están en la Tierra para que nosotros los leamos, que no hacen más que dañar nuestra alma.

—¿Y qué piensas tú?—le preguntó Sarah

Y Ryan pensó. Lo cierto es que nunca se había parado a pensar lo que él pensaba realmente.

—En casa teníamos una enorme colección de libros. Me había olvidado de eso. Eran de mi madre. ¡Me encantaban esos libros! Los había de ciencia,

de flora y fauna, de caballeros y hazañas…

—Creo que tengo el libro para ti—dijo Sarah, y removiendo en su mochila, le entregó un ejemplar de La Princesa y el Hechizo. En su portada se veía a una bella doncella siendo rescatada de una torre por el príncipe.

—Pero… ¡esto es un libro para niñas!—dijo Ryan sosteniendo el ejemplar como si se tratase de una bomba

—Nunca juzgues un libro por lo que ves en la portada—dijo ella—Te va a gustar, confía en mi.

Y justo cuando Ryan comenzaba a leer, oyeron cascos de caballos. Dos corceles Ylmireños, bastante demacrados, se encontraban junto a ellos en la oscuridad de la noche. Lo primero que se preguntó Saray es qué hacían dos caballos ylmireños en medio del desierto. Lo segundo que se preguntó es qué había sido de sus jinetes. Lo tercero que pensó, con emoción, fue hasta dónde podrían llegar con ellos.

Ryan Uno fue el segundo en montar. El libro de Sarah le había atrapado desde el primer momento y no podía parar de leer. Sarah abrió la marcha hacia al norte.

—Y yo que pensaba que estábamos empezando la semana con mal pie—dijo irónicamente.

Capítulo 31

CAPÍTULO 2: AMOR Y LIBERTAD

Arón abrió los ojos. Apenas se oía otra cosa que el suave rumor de las olas golpeando la costa y un llanto lastimero a pocos metros de él. Se incorporó. Kail se encontraba arrodillado en la arena.

—Es culpa mía—sollozó— Mi hermano está muerto por mi culpa.

—No—le aseguró Arón.

—Intenté usar mi magia. Lo intenté.

—Kail, la magia es muy complicada de utilizar. Yo tardé años y años en conseguir desmaterializarme a voluntad.

De repente Kail pareció darse cuenta de con quién estaba hablando, porque se lo quedó mirando con desconfianza.

Y de un segundo a otro, Kail corría huyendo de Arón.

—¡Espera! ¡Kail, espera!

La playa se convirtió en bosque y la arena en tierra de montaña. Kail avanzaba cuesta arriba como si su vida dependiera de ello. Los árboles eran finos y le hacían sombra. Kail apenas se dio cuenta, pero era la

primera vez en su vida que se encontraba rodeado de tantos árboles.

El bosque terminaba en un pequeño claro, en la cima de una colina. A pocos metros tenían una cabaña de madera. De su interior salió una chica de pelo oscuro.

—No… ¡No, no, no, no!—gritó ella al verlos a los dos—¡¡¡Este era el ÚNICO lugar seguro!!! ¡EL ÚNICO! ¡¿CÓMO DEMONIOS HAS HECHO PARA ENCONTRARME, ARÓN?!

—Es una larga historia— dijo él.

Kail se había detenido entre Lina y Arón, sin entender nada. Lina lo miró y le tendió una mano

—No pasa nada. Aquí estarás a salvo—después avanzó para hablar con Arón—¿Este es uno de vuestros niños robados?

—Yo ya no trabajo para los Sigmur.

—Y un cuerno que no.

—Han intentado matarme—explicó

—Esa ya intentaste colármela una vez. Quiero que te marches de aquí.

—He venido aquí para poner a este chico a salvo. Es el único superviviente

de la Academia 109. Él también tiene magia.

—Bien. Ya está a salvo. Ahora vete.

—No puedo volver. El viaje hasta aquí ha anulado mis poderes temporalmente. Y no puedo volver a Sigmurland. Mis jefes me matarán si vuelven a verme.

—¿Y por qué debería importarme?

—Lina, escúchame. No me marcharía aunque pudiera. Le prometí a su hermano que cuidaría de él si le pasaba algo. Y voy a hacerlo.

—Tú no eres capaz de cuidar de nadie—escupió Lina duramnete.

—¿Y tú sí?

—Antes que tu, cualquiera.

—Pues espero que tengas un GPS a mano.

—¿Por qué?

—Porque acaba de largarse.

Lina miró a su alrededor. Kail había desaparecido.

***

—¡KAIL!

—¡KAIL!

—¡Maldita sea!—gritó Arón

—No te apures, no va a ir lejos—dijo Lina—Esto no es más grande que una ciudad.

Estaba atardeciendo y por aquel bosque corría una brisa agradable.

—¿Dónde estamos, Lina?

—Esto es la isla de Anbar. Está protegida por una barrera mágica que repele a los Sigmur. Es prácticamente impenetrable.

—¿Crees que peretenece a…?

—No lo sé. No sé si la leyenda es cierta. No se si quiero saberlo—lo miró—ahora mismo lo único que quiero es estar sola.

—Podría construirme una casa en la playa. No te molestaría para nada. Ni te enterarías de que estoy aquí. Kail podría venir a visitarte si quisieras.

Entre los dos le enseñaríamos a controlar su magia.

Lina se detuvo en seco

—¿Crees que yo puedo dormir tranquila estando a un kilómetro a la redonda de ti? ¿Después de todo lo que has hecho?

—No conoces toda la historia.

—Eso también me lo has dicho demasiadas veces.

—Y nunca has querido escucharme.

—Arón—levantó una mano. Empezaba a ponerse nerviosa—le contaste a los Sigmur todo lo que sabías sobre mi magia porque tenías envidia de mí.

—No.

—¡¿CÓMO PUEDES SEGUIR NEGÁNDOLO?! Les contaste eso y me llevaron a sus laboratorios, y experimentaron conmigo durante semanas para potenciar mis poderes. Para convertirme en su arma ¡Y como premio te metieron mi magia en tus genes! ¡MIRA! ¡MIRA LO QUE ME HICIERON!

Lina le iba mostrando todas las cicatrices que tenía: en los brazos, en el vientre, en el pecho…

—¡No me dieron tu magia!—replicó Arón—¡Yo nací con la misma magia que tú! ¡También experimentaron conmigo! No contaron con que fueras a aprender a usar la teletransportación tan rápido. Cuando te escapaste, necesitaban a alguien que fuera a buscarte, por eso potenciaron también mi propia magia. ¡MIRA!

Y le mostró sus cicatrices también.

—No me lo creo—insistió ella—eso te lo puedes haber dibujado.

—Estamos juntos en esto, Lina. Siempre lo hemos estado. Los Sigmur me obligaron a hablar de tus poderes. Me dijeron que te matarían si no lo hacía. Me dijeron que te matarían si no hacía todo lo que me decían. Llevo años matando y secuestrando para ellos. Para protegerte.

—¿Osea, que elegiste mi vida por encima de la vida de un niño?

—Sí. Y lo volvería a hacer un millón de veces.

Lina rió por lo bajo y siguió caminando.

—Esto se pone cada vez mejor.

***

La pequeña entrada de la cueva ofrecía una espléndida vista del cielo estrellado, y de la luna llena. Allí dentro, en la oscuridad, Kail trató de recordar la última vez que se había sentido seguro. No había sido en las cuevas de las Montañas Salvajes, aunque a estas alturas recordaba

aquellos días miserables con mucha nostalgia.

Había sido en casa. Aquella casa llena de agujeros, hecha con cuatro maderas. El baño no funcionaba y las camas eran unos cuantos almoahadones con una sábana por encima. Pero era su casa. Era el lugar en el que quería estar ahora mismo.

Dos figuras aparecieron en la entrada de la cueva, interrumpiendo su visión y sus pensamientos. Apenas se distinguían sus rostros en la oscuridad de la noche.

—Te dije que estaba aquí

—¿Y yo qué iba a saber?

—Si al menos hubiéramos mirado dentro—insistió ella

—Bueno, ya lo hemos encontrado. Tenías razón. ¿Es eso lo que quieres que te diga?

Kail puso los ojos en blanco y se tapó las orejas.

—Arón, yo no quiero que me digas nada más. Nunca. Ya te lo he dicho.

—Lo has dejado clarísimamente claro, creo que no me habían dejado algo tan claro en toda mi vida.

—Pues de veras, de veras, que no lo parece.

—Pues de veras, de veras que no necesito que lo repitas. Pero la próxima vez que lo hagas, ¿crees que podrías ser un poquitito menos antipática conmigo?

—¡POR EL AMOR DE DIOS!—Gritó Kail—¡¡¡Creía que no había nada peor que perder a todos tus seres queridos y acabar atrapado en una isla desierta!!!

Se puso en pie y trató de esfumarse por el agujero de la entrada

—¡¡¡Pero estoy empezando a pensar que peor aún es estar atrapado con vosotros dos!!!

—¡Kail, espera!—dijo Lina

Habían detenido su huída, agarrándolo cada uno por un brazo y arrodillándose para hablar con él.

—Lina y yo hemos hablado. Sabemos lo que estás pasando. Vamos a ayudarte, ¿De acuerdo? A partir de ahora seremos como tus hermanos mayores.

—Todos los adultos sois iguales. Todos os creeis que tenéis más derecho que cualquiera a ser la “mamá” o el “papá”, o el “hermano” o la “hermana”. Pero a fin de cuentas, ninguno queréis serlo realmente. Tú solo has venido hasta aquí porque estás enamorado de ella. Y tú no quieres ser familia de nadie—Lina y Arón se miraron un momento, algo avergonzados— Sinceramente, chicos: ¿qué coño estáis tratando de

demostrar?

***

Kail pasó la noche en la cabaña de Lina. Solo había una cama, pero ni Arón ni Lina tenían pensado dormir, así que no importó. Lina se encontraba con los pies en la orilla del mar, contemplando el amanecer, cuando apareció Arón.

—¿Cómo está?—preguntó ella

—Duerme como un lirón. No sé cómo lo hace.

—Eso es porque no ha cometido muchos pecados que lo atormenten por las noches.

Lina vio que Arón sacaba un puñal, y se llevó la mano al cinto con desconfianza. Pero Arón no iba a atacarla. Miró con desprecio el artefacto y lo lanzó lo más lejos posible, hasta que se hundió en el mar.

—Johnny—dijo entonces.

—¿Quién es Johnny?—dijo Lina con la vista fija en las nubes

—El chico que maté antes de ir a verte, el día que te teletransportaste aquí. Johnny. Tendría uno o dos años más que Kail. Después tuve que matar a otro chico, el guardia. Tendría dieciséis. Recuerdo oír a alguien llamarlo “Kamil”. Recuerdo a todas las personas que he matado. —la

miró—TIenes razón. Yo nunca duermo por las noches. Nunca.

Lina apartó la mirada.

—No sabes cuánto deseo borrar el pasado, Lina. Jamás voy a poder perdonarme lo que he hecho.

—Me alegro.

Lina dibujó un círculo con el pie en el agua.

—Quizás sea cierto todo lo que dices—admitió—no lo he descartado en ningún momento. Pero tienes que entender algo, Arón. Soy capaz de hacer cualquier cosa por conservar este santuario. Soy capaz de matar, incluso. No me importa. Y lo más importante: yo nunca, nunca, nunca voy a poder volver a confiar en ti.

—Y yo nunca, nunca nunca voy a poder dejar de amarte. Y por supuesto, aún soy capaz de matar por ti.

—Bien—concluyó la chica—¿Podemos convivir pacíficamente sabiendo todo eso?

Arón la miró y asintió.

—No importa quiénes somos ni las cosas horribles que sentimos. Importa lo que hacemos con ello.

—Hagamos cosas buenas—propuso Lina—por Kail

—Por Kail—dijo Arón.

Capítulo 32

CAPÍTULO 3: ALAS, UÑAS Y DIENTES

—¿Y si hiciéramos un trío?—propuso Enia

—Paso—dijo Elmir—no me van ese tipo de cosas

—No, no—dijo Holly—a mi tampoco.

—Así no va a funcionar este nuevo país que queremos fundar, chicos—replicó Enia—pensad que aquí en Gran Desierto podríamos ser las únicos humanos en kilómetros y kilómetros a la redonda. ¿Cómo vamos a poblar esta nueva sociedad si no nos apareamos?

—Vale, pues yo me apareo con Elmir—dijo Holly—es mucho menos violento que Alan y Jet.

—Ni hablar—dijo Enia—Elmir es mío

—Creo que tenéis un concepto distorsionado sobre mi—dijo Elmir humildemente.

—Tú no cambies nunca—dijo Enia—no te conviertas en Alan o Ryan

—Ni en ninguno de los chicos de la academia—añadió Holly

—Eran todos horribles.

—¿Y por qué no os apareáis entre vosotras y formáis una familia?—propuso Elmir, cambiando de tema.

—Eso queremos hacer—explicó Holly—pero no podemos.

—A no ser que nos prestes tu esperma—dijo Enia

—Sí Elmir, ¡Préstanos tu esperma, porfa!

Las últimas palabras las dijeron entre jadeos y suspiros porque estaban exhaustos, y el humor absurdo era lo único que les daba energía. Llegaron al fin a los pies de la solitaria palmera y se sentaron a la sombra, aliviados. Los caballos y Angello los esperaban, sedientos. Les dieron el poco agua de lluvia que les quedaba.

—¿Creeis que Alan y Jet siguen vivos?—preguntó Elmir con un deje de preocupación

—Más les vale—dijo Enia—Mirad la de millas que nos estamos pateando para encontrarlos vivos. Como estén muertos…

—Los rematarás a patadas, los sabemos—dijo Holly—Hay que encontrarlos cuanto antes. Como sea.

—Es verdad—dijo Elmir—En este desierto no parece que haya agua ni comida por ninguna parte. No creo que vayamos a sobrevivir si seguimos

adentrándonos.

Y como para desmentir las palabras de Elmir, dos pajaros pasaron volando y graznando a toda velocidad.

—¡¿Qué demonios hacen esos patos en medio del desierto?!—dijo Holly poniéndose en pie de un salto.

—No lo sé—dijo Enia—pero adonde vayan ellos, tiene que haber agua. ¡Vamos!

***

La luna llena fue lo primero que vio Enia cuando abrió los ojos. Habían decidido dormir junto al linde del diminuto oasis en vez de acostarse bajo los árboles porque Holly y Elmir querían ver las estrellas.

Se levantó y caminó sin pensarlo hacia los árboles. Sintió un escalofrío al adentrarse entre ellos, aunque era la tercera vez que lo hacía. Era lo más parecido a un bosque que habían visto jamás. Enia había estado a punto de quedarse ella sola a dormir ahí dentro, pero decidió que por aquella noche prefería estar acompañada de sus amigos.

Se arrodilĺó ante la pequeña charca. Saltarín, el caballo blanco, bebía inquietamente. Cántica estaba estaba profundamente dormida a pocos metros. Más allá del agua había unos arbustos, y allí terminaba el bosquecillo. No tendría más de 100 metros cuadrados.

Algo se movió entre los arbustos

—¡¿Quién anda ahí?!—Enia desenvainó su espada

Y de un salto, Holly cayó a la charca.

—¿Qué hacías?—preguntó Enia

—Mear—respondió ella mientras caminaba hacia ella—bebí demasiada agua antes de acostarme.

—Me he llevado un buen susto—dijo Enia—por un momento temí que…

¡BANG!

—¡Elmir!—gritó Holly en voz baja, y las chicas corrieron hacia la salida del bosque.

Espiando entre las hojas, vieron a Sapiondo, el caballo de Elmir, muerto en el suelo. Los atacantes le habían disparado para evitar que Elmir huyera.

—Buen intento, muchacho

Angello no paraba de ladrar. En el suelo, Elmir se incorporó. Un hombre lo golpeó en la nuca y otro lo obligó a montar en un caballo. Se lo llevaban. Holly ya arañaba el arbusto que tenía delante para lanzarse a la acción, pero Enia la detuvo al acto.

—No sin los caballos, no tendremos ni una oportunidad.

Los hombres ya se iban, y Angello los perseguía, ladrando tras ellos.

—¡Angello, no!—gritó Holly tratando de no hacer ruido

—¡Holly, vamos!

Salvaron la distancia que las separaba de los caballos a toda velocidad.

—¡¿Cómo pueden ser tan lerdos?! ¡Ni se han dado cuenta de que Elmir estaba durmiendo junto a un oasis!—dijo Holly

—Esta es la gente a la que Jet quería pedir auxilio—comentó Enia mientras montaban

***

—¿Sabes lo felices que vamos a ser gracicas a ti?—preguntó el de la citatriz en el cuello.

Elmir lo escuchaba sin escucharlo, atado de la cabeza a los pies y preguntándose qué iba a ser de él.

—Eh, te estoy hablando, chico—insistió—¿Ya no se enseñan modales en el

sur?

—Déjalo Jakir—respondió el que cabalgaba con Elmir—tendrá tiempo de hablar cuando lo llevemos con el jefe. Mira, ya hemos llegado

Los cuatro hombres del campamento salieron a recibirlos entre aplausos y vítores. En total eran un grupo de ocho mercenarios.

—¡Somos ricos, RICOS!

—Dejadme que lo vea—dijo el jefe apartando a los demás para ver a Elmir—¿Harol?

Junto a él, Harol también le dedicó una mirada.

—Es él, tengo aquí la notícia del periódico de Sigmurland. Es Elmir Nueve.

—¿Cómo coño sabéis mi nombre?

—¡El ternero habla!—gritó Jakir, animado

—Cállate—le dijo el jefe, después se dirigió a Elmir—¿Cómo "coño" no íbamos a saber tu nombre? Todo el coño de mundo sabe tu nombre. El tuyo y el de todos los alumnos de la Academia 109. Los que seguís vivos, al menos. Sois toda una leyenda.

—Han pedido 10.000.000 monedas de oro por cada una de vuestras cabezas—dijo Harol,—Todos los mercenarios de Gran Desierto se han

lanzado a por vosotros

—Y nosotros somos los primeros en encontraros—dijo alegremente Jakir, y esto fue seguido de gritos de júbilo y más aplausos.

Pero las celebraciones se apagaron de un momento a otro. Angello apareció de entre las sombras y atrapó la pierna de Jakir con la boca.

—¡Es el chucho otra vez!

—¡Dispárale, dispárale!

Jakir consiguió deshacerse de Angello clavándole un puñal en el lomo. Con un llanto lastimero, el pobre animal retrocedió. Los disparos comenzaron y el perro emprendió la huída. Confuso y desorientado, se perdió de vista a toda velocidad.

—¡ANGELLO!—gritó Elmir, y estuvo a punto de repetir su nombre, pero entonces recibió un puño de metal en la cara y cayó arrodillado en la arena, con el rostro cubierto de sangre.

—¡Basta de tonterías!—bramó el jefe—¡¡¡Dónde están tus amiguitos?!!!

—Si me prestas un teléfono los llamo y te lo digo—dijo Elmir.

Esta vez fueron dos golpes, uno en la barbilla y otro en el estómago. Elmir cayó hacia atrás. El jefe lo levantó para volver a golpearlo. Elmir le escupió toda la sangre en la cara.

—¡HABLA! ¡¿DÓNDE ESTÁN?!—dijo sin parar de golpear con ambos puños y repetir la misma pregunta—¡¿DÓNDE ESTÁN?! ¡¿DÓNDE?! ¡¿DÓNDE ESTÁN, NIÑATO?!

—¡¡¡Para!! ¡¡¡para!!!—lloriqueó Elmir, que creía no poder soportarlo mucho más tiempo—¡PARA, JODER! ¡POR FAVOR!

El jefe paró, pero no porque se lo hubieran pedido.

—Tráeme mi revolver—le dijo a Harol.

Y entonces miró al muchacho, que, tumbado en el suelo. Tenía la vista fija en él, estudiando su rostro. Enfurecido, lo agarró por el cuello de la camisa, poniéndolo en pie.

—¿Y ahora qué coño miras?

—Es tu forma de pegar—dijo Elmir—me resulta curiosa.

—¿Ah sí?

—Parece que sea un trámite para ti. Es como si no supieras que me estás haciendo daño—Elmir lo estaba mirando con unos ojos que parecía poseído por el mismísimo diablo—a ti nunca te han hecho bulling, ¿a que no?

El jefe no entendía nada, y sin esperar respuesta, Elmir le atrapó la garganta con sus fauces. Y entonces fue el jefe quien empezó a gritar y a

implorar. Pero Elmir siguió mordiendo como un animal rabioso mientras los demás hombres trataban en vano de separarlo.

“Al fin y al cabo”, pensó Elmir “un vampiro tiene que alimentarse”.

Capítulo 33

CAPÍTULO 4: IGUALDAD

Había dejado de notar la diferencia entre el sueño y la realidad. Por las noches seguía soñando que era una rata atrapada en aquella cueva. Pero cuando abría los ojos, seguía la oscuridad. La única luz era la de una pequeña lámpara de mesa, reflejada en los anteojos de Quentin.

Quentin frotaba el cuadrado perfecto de sus gafas con inmensa admiración. Le dedicó una sonrisa a Alan mientras volvía a ponérselas.

—Adoro la geometría, Alan Once. ¿Te lo he dicho ya?

—Demasiadas veces—jadeó Alan. La sangre le chorreaba como sudor por la cara, las manos y los pies. Cada una de sus extremidades se encontraba aferrada a un palo de madera, de manera que su cuerpo formaba una cruz de multiplicar. Llevaba tres días clavado a aquellas maderas, preguntándose cuánto iba a tardar en morir de una vez.

—Es que me parece tan...perfecta. Como este cuadrado—dijo resaltando con el dedo los cuatro lados iguales de la montura de sus gafas—Yo creo en la igualdad, Alan. Me has estado malinterpretando estos días. Yo lo único que le pido a este mundo es que haya igualdad en todos los sentidos. Por ejemplo, si te pregunto con toda educación y sinceridad: "¿Con cuántas personas has estado viajando y cuáles de ellos siguen vivos?" ¿Qué espero que me contestes?

—Vete al infierno. Hijo de puta.

—Respuesta incorrecta—dijo Quentin, y le dio a la palanca. Una descarga electrica sacudió a Alan, que aulló de dolor como un cánido en una noche de luna llena. Quentin se situó a medio metro de él y estudió su rostro largamente—Eres un chico muy desigual, Alan Once. Lo supe desde que te econtramos ahí tirado en la arena, solo y desorientado. Hasta tu apellido

está desigualado. "Alan Once"... ¿Qué hay más impar que un 1 y un 1 juntos? Impar + impar es doblemente impar. Peor aún: es infinitamente impar. Es un número maldito.

—Eso no tiene ningún tipo de sentido—replicó Alan—1 + 1 son 2.

—¡MAL!—gritó Quentin, y volvió a darle a la palanca. Alan volvió a gritar—No estás entendiendo nada. Esto no son simples matemáticas. Está claro que no entiendes la igualdad. Quizás es por eso que eres tan machista.

—¿De qué estás hablando?—dijo Alan, y enseguida se dio cuenta de que había cometido un error, porque los ojos de Quentin echaban chispas, como si se estuviera conteniendo para no hacer algo que sus jefes no lo habían autorizado a hacer.

—Alan, sabes que no me gusta que me mientan. ¿Tenemos que repasar tu historia otra vez, a ver si aún queda algún detalle en el que no has sido sincero? Porque de verdad que no quiero tener que seguir haciéndote daño. Me estás empezando a dar un poco de pena—hizo una pausa y empezó a recapitular— Te encontramos solo y muerto de hambre en pleno desierto porque nadie quiere estar a tu lado. Ninguno de tus amiguitos de los que te niegas a hablar quiso venir contigo porque eres TÓXICO. Los envenenas con tu “superioridad masculina” y los haces sentir inferiores para tapar tu falta de autoestima.

—No necesito lecciones morales de un torturador, gracias.

—Yo no soy un torturador, Alan. Puede que me hayan contratado para hacerte preguntas, pero mi tarea profesional va mucho más allá. Voy a moldear tus imperfecciones. ¿Y sabes por qué quiero hacer eso por ti?

—No.

—Porque me dan yuyu tus malditas imperfecciones. Me das yuyu, Alan. De todas las irregularidades que encuentro en el universo, no hay ninguna que me de tanto repelús como el machismo. La naturaleza nos creó para amarnos, para respetarnos como iguales. Me impresiona ver a hombres, a veces incluso a mujeres, incapaces de entender eso.

—Creeme Quentin. Te estás equivocando de hombre. Yo también creo en la igualdad de género. Siempre he creído en ella. Creo en la igualdad en todos los sentidos. De género, de clases sociales, de étnias...

—¿Entonces niegas tu evidente rechazo y desprecio hacia las mujeres y hacia todo lo femenino?

—Sí, lo niego—dijo Alan.

—¿Y qué hay de esa tal Holly que te he mostrado en la foto del periódico, eh?

—¿Qué hay de ella?

—¿Te gusta?

Alan se encogió de hombros

—Quizás me gusta un poco. No lo he pensado demasiado. La quiero demasiado como amiga.

—¿Has estado alguna vez con una mujer?

Alan rió y contestó enseguida:

—Oh, me juego mis propios huevos a que tu no has estado nunca con ninguna mujer—atacó con una sonrisa

La palanca volvió a accionarse y Alan volvió a sufrir la descarga.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAHHHH!

—¡¡¡Estamos hablando de ti, Alan!!! ¿Has estado con alguna mujer o no?

—No.

—Porque eres un machista.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué tiene que ver?

—Significa muchas cosas. Significa, por ejemplo, que ninguna chica es suficiente buena para ti. Eres narcisista. Significa que desconfías tanto de las mujeres que no eres capaz de rebajarte a estar con ninguna de ellas. Y sobretodo: significa que tu subconsciente sabe que eres incapaz de tratar a una chica sin violencia. Por eso estás solo, Alan. Por eso te niegas a estar con ninguna chica.

—No es verdad—protestó Alan—¡AHHHHHHHHHHHHH! ¡PARA! ¡PARA DE UNA VEZ!

—¡¿No es verdad?! ¡ADMÍTELO! ¡TE CREES SUPERIOR A ELLAS!

—¡NO! ¡AHHHHHHHHHH! ¡PARA YA, POR FAVOR!

—¡TE BURLAS EN SU CARA, ALAN! ¡TE PAVONEAS DE TUS PROPIOS LOGROS DELANTE DE LAS MUJERES, AUNQUE ELLAS HAN TENIDO MUCHAS MENOS OPORTUNIDADES QUE TÚ!

—¡AHHHHHHH!

—¡ADMÍTELO, ESCORIA! ¡ADMÍTELO!

—¡ESTÁ BIEN!—gritó, jadeando ya sin fuerzas—lo admito. Tienes razón. Soy un machista. Soy… lo cierto es que soy una persona horrible.

Alan lloró sonoramente, lamentando sus propios pecados.

—Bien—concluyó Quentin—al fin has hecho progresos.

Con una mano en la espalda, se arrodilló ante Alan.

—Ahora solo queda una imperfección por solucionar.

Y antes de que Alan se diera cuenta de lo que pasaba, Quentin le bajó los pantalones y clavó el puñal en sus partes. Los gritos del muchacho inundaron la enorme tienda de lona mientras la sangre no paraba de chorrear y chorrear haciendo un charco en el suelo.

—Es por el bien de todos, Alan. Tu y yo sabemos que estas pelotas solo pueden provocar calamidades.

Y terminada su tarea, Quentin fue hasta la mesa a secarse el sudor y se sirvió un trago de coñac.

—¡Fiu! No se tú, Alan, pero yo estoy muy orgulloso de lo que hemos hecho hoy aquí. ¿Brindamos? ¡Por la igualdad de género!

Alan no contestó. Se encontraba inmóvil, con la cabeza hacia abajo y la melena cubriéndole el rostro, por lo que Quentin no tenía manera de adivinar si había disfrutado tanto como él o solo un poquito.

Pero entonces entró dubitativa una muchacha vestida solamente con un biquini.

—Esto… ¿Quentin? Me han mandado a llamarte. Quieren saber cómo vas…

—¡¿NO VES QUE ESTOY OCUPADO, PUTA DE MIERDA?!—dijo Quentin gritándole en la oreja con todas sus fuerzas—¡¡¡HE DEJADO CLARO QUE NO QUERÍA QUE ME MOLESTARAN!!! ¿NO ES CIERTO? ¡Y MENOS UNA PUTA BARATA COMO TÚ, QUE NO SOLO ERES MÁS FEA QUE LAS VACAS

QUE TENEMOS AHÍ AFUERA SINO QUE LA CHUPAS PEOR QUE ELLAS!

La muchacha se había quedado pálida. Y con un “vale, les digo que estás ocupado” se marchó corriendo y llorando intensamente.

Al darse la vuelta, Quentin notó que Alan se estaba desternillando de la risa, aunque a duras penas por lo débil que se encontraba en ese momento. Terminó de reír con una sonora tos mientras Quentin lo miraba largamente.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—Tu estás enfermo—dijo casi en un suspiro que salió de entre sus dientes ensangrentados, levantando la cabeza a duras penas para mirarlo a los ojos.

—Porque tu estás muy cuerdo, ¿no?—respondió Quentin, y después de decir esto, desapareció.

Y no solo desapareció él. También desaparecieron sus aparatos y la tienda de campaña entera. Alan seguía en medio del desierto. Se encontraba tirado en el suelo. Había caído sobre un montón de esos cáctus, cuyas espinas tenían propiedades alucinójenas.

Pero esto Alan claramente no lo sabía y no pudo hacer más que sospecharlo, mientras se incorporaba gritando y madliciendo y se iba sacando las espinas del cuerpo una a una. Del caballo no había ni rastro. Se encontraba totalmente solo.

—¡JEEEEEEEEEEEEEEEEET!—gritó lastimosamente—¡HOLLYYYYYYYYYYYY!

Apenas podía caminar. Comenzó a gatear sin saber hacia dónde se dirigía.

—¡ENIA! ¡ELMIR!

Era inútil. Se arrodilló en el suelo para seguir quitándose las espinas merecidamente clavadas. No podía parar de derramar lágrimas.

—Lo siento. Lo siento. ¡Maldita sea! Lo siento…

Y por primera vez desde que conocía a sus amigos, lo sintió enserio.

Capítulo 34

CAPÍTULO 5: COMUNIDAD

“FIN”. Las enormes letras anunciaban el final del viaje más extraordinario que Ryan había emprendido en su vida. Cerró el libro. No quiso que Sarah lo viera llorar, así que se secó rápidamente las lágrimas con la manga de la camisa.

“No llores, hijo. Vas a tener que ser fuerte. ¿Me lo prometes?”. Las palabras de su padre le resonaban como si hubiera sido ayer. Fue lo último que le pidió antes de morir. Y Ryan así lo hizo. Fue más fuerte que nadie. Participó y ganó en todos los concursos de caza de la academia. Fue un alumno modelo. Así fue como los Sigmur lo nombraron Ryan Uno. Pero en aquel desierto, los números no significaban nada de nada.

—Nos estamos quedando sin munición—dijo Sarah mientras terminaba de montar su arma con gran destreza—A este paso estaremos comiendo cactus alucinógenos en menos que canta un gallo.

Se secó el sudor de la frente y se recogió el pelo revuelto y despeinado en su cola de caballo. No era la única que había cambiado de look desde que habían salido de la academia. Sobre la frente de Ryan caía ahora algun que otro mechón de flequillo y le había crecido un poco de barba. Poco quedaba de su habitual aspecto militar.

Los interrumpió el ladrido. Como quien no quiere la cosa, un enorme perro se acercó trotando y empezó a ladrarle y a posar las patas sobre ellos. Tenía un aspecto bastante lastimero y sangraba por le lomo, pero se lanzaba hacia ellos cariñosamente, con toda la alegría que lo caracterizaba.

—¡Sooo!¿De dónde has salido tu, bonito?—dio Ryan

El perro ladró en respuesta. Después siguió su camino. Olisqueó el aire un segundo. Les dedicó una última mirada, y se perdió de vista a toda velocidad. Sarah y Ryan se quedaron mirando el punto hacia el que había partido.

—Ese perro era de la academia—dijo Sarah—¿no? ¿Has visto el collar que llevaba?

—¡Pues claro! ¿Cómo no me he dado cuenta?—dijo Ryan—¡Ese perro es Angello! Es el perro de Jet Siete. ¡Vamos!

Se subieron a sus monturas y fueron tras él lo más rápido que pudieron.

—¿Quién es Jet Siete?

—Iba un curso por delante de ti. De la quinta de Yili y Francis

—Pues no sabía que teníamos derecho a adoptar perros en la academia.

—No lo teníamos—explicó Ryan—pero, ¿te acuerdas de María?

—La profe de labores—recordó Sarah—era un amor. Había pocas como ella.

—Tenía a Jet Siete muy consentido. Los Sigmur la odiaban por ello. Se les enfrentó cuando Jet se encariñó con el animal. Iban a sacrificarlo porque

era imposible de domar. Desde entonces han sido uña y carne

—¡Pobre perro...! Y me imagino que tu estuviste en favor de la ejucición.

Ryan bajó la mirada.

—Sarah… en el libro que me prestaste, la noble princesa perdona al terrible rey dragón. Incluso cuando lo ha perdido todo por su culpa. Hasta lo ayuda a restaurar su castillo y viven juntos en él. Como amigos—Ryan hizo una pausa, pensativo—¿Por qué? ¿Cómo puede perdonarlo?

—Porque quizás ella cree que un terrible dragón posee la capacidad de cambiar.

—¿Y tú crees que es así?

—Supongo. ¿Qué crees tú?

—Creo que hay que tener mucha imaginación para creer en la bondad de un dragón.

—¿Te ha gustado el libro?

—Supongo.

—Pues quizás tú también tienes imaginación.

***

Caída la noche y habiendo perdido el rastro de Angello, Ryan y Sarah decidieron cancelar la búsqueda y comieron los restos de pato que les quedaban antes de acostarse.

Los despertó el ruido de gritos, risas y martillazos. A pocos metros de ellos se estaba alzando un campamento.

Los chicos se apresuraron a esconderse detrás de unos arbustos y aguardaron.

—Mira—señaló Sarah—tienen un prisionero

Estaban conduciendo a alguien encadenado al interior de una de las tiendas.

—Quizás sea Jet—dijo Ryan—Sé que estamos al mínimo y tenemos pocas balas, pero solo son ocho hombres, y si me enfrento a ellos yo solo, me van a freír. ¿Te apuntas?

—Siempre.

***

—¡AGÁCHATE!—gritó Sarah

RA-TA-TA-TA-TA-TA-TA-TA

—¡Maldita sea! ¡Son pocos pero saben disparar!

—Vas a tener que ir tu a por el prisionero—dijo Sarah—sube al caballo. Yo te cubro.

—Sarah, no…

—Ryan, no tenemos tiempo. Ese chico necesita primeros auxilios. ¿Y si se desangra? ¡Vamos, date prisa!

Y sin decir más, salió de entre los arbustos y se perdió de vista en la oscuridad. Pocos minutos después, Ryan oyó disparos a diez metros de él.

—¡Ahí!—gritó uno de los mercenarios, y todos salieron a disparar a Sarah. Ryan aprovechó la distracción para rodear el campamento, que había quedado vacío.

La luz del techo de la tienda iluminaba apenas a un chico de la edad de Yili que flotaba en el aire, sangrando por la cara y por el pecho. Lo habían colgado por el cuello.

De un solo disparo, Ryan cortó la cuerda. El muchacho cayó cerca de él. Aún respiraba, pero tenía convulsiones. Ryan se apresuró a aplicar lo poco que había aprendido sobre primeros auxilios. Y allí bajo la luz, reconoció al chico.

—¿...Elmir? ¿Elmir Nueve?

—R...Ryan...—articuló a duras penas Elmir—T...tengo mucho frío. Tengo...T...tengo miedo.

Ryan hacía todo lo que podía para curar sus heridas, pero se sentía incapaz de curar su mente. En la academia nunca le habían enseñado qué hacer cuando un compañero está triste o asustado. Mientras, Elmir no paraba de gemir y sollozar con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Casi mato a un hombre. Casi le arranco la garganta. Este es mi final. Es mi castigo por lo que he hecho.

Con cautela, Ryan pasó sus dedos por el rostro de Elmir al tiempo que tomaba una de sus manos cariñosamente. "¿Esto me hace un marica?" pensó inmediatamente "No me hace un marica, ¿verdad?"

—No, Elmir—dijo suavemente— Ninguno de nosotros merece lo que nos ha pasado. Ven. Voy a sacarte de aquí.

***

Mientras, Sarah seguía atrayendo a los mercenarios, escondida entre los cáctus y cambiando de posición lo más rápido que le permitía el peso de la escopeta. Al fin estuvieron lo suficientemente cerca para convertirlos en blancos en aquella oscuridad.

—Siete.—cargó su arma—Seis. Cinco.

—¡Atrás!—gritaba uno de ellos, que ya había iniciado la retirada.

—Volved aquí, imbéciles!—gritaba el que parecía ser el jefe, que tenía la garganta bendada.

Sarah aprovechó para disparar al jefe, pero se había quedado sin balas.

—Mierda. ¡Mierda, mierda!

—¡FUEGO!

Sarah saltó para esquivar las balas y cayó rodando. Pero por suerte para ella, la mayoría no disparaban. Un par de relinchos los habían distraído.

Volando sobre sus cabezas pasó una yegua negra. Sobre ella iba montada una chica de trenzas que ya desenvainaba su espada. Junto a ella cabalgaba en un caballo blanco una chica de pelo largo y oscuro, que se llevó por delante a dos de los mercenarios con su maza al pasar.

—¡DISPARAD, MALDITA SEA!

No tuvo que decirlo dos veces. Las balas surcaron el aire. Los dos jinetes se dispersaron, y uno de ellos cayó, habiendo perdido su caballo, que había recibido cinco disparos. Después de eso, los mercenarios tuvieron que sacar sus espadas, ya que se habían quedado sin munición.

—¡HOLLY!—gritó Enia desde su montura. Quiso ir a socorrer a su amiga, pero se encontraba en plena batalla con tres hombres a la vez. Holly se levantó con el tiempo justo de alzar su maza para detener las estocadas de Jakir.

—¿Dónde ha aprendido a luchar una bella damisela?—dijo con una sonrisa burlona

—Pues verás—dijo jadeando Holly lanzando un golpe que Jakir esquivó—se podría decir que llevo luchando desde que nací.

Jakir se apoderó de la maza de Holly de un rápido tirón y lanzó dos estocadas con ambas manos. Holly retrocedió con agilidad, pero Jakir fue más rápido y clavó la maza en el lado de su cabeza.

—¡¡¡Ups!!.—dijo mostrando todos los dientes—¡¡¡Se ve que algunos aprendemos más rápido que otros!!!— Holly lloró de dolor mientras la sangre chorreaba por sus mejillas.

Y entonces y sin previo aviso, una piedra enorme golpeó a Jakir en la cabeza.

—¡¡¡Estoy de acuerdo!!!—respondió Sarah gritando desde una distancia de diez metros. Holly recuperó su maza con la mano izquierda y lo remató para terminar de aturdirlo.

Se había acabado. El resto de mercenarios no fueron rivales para Enia, ni siquiera el jefe, que fue el útlimo en caer. Boca arriba en el suelo, miró a Enia con asco.

—Mátame de una vez, ¿eh? ¿O es que no tienes huevos?

Enia se bajó del caballo porque aquello era la gota que colmaba el vaso. Agarró al jefe por el cuello de la camisa y apuntó su garganta bendada con un puñal.

—¿Sabes por qué no voy a matarte? Primero porque mis manos ya cargan con más sangre de la que me merezco soportar. Y segundo: porque nosotros luchamos por un mundo más justo, y no uno que pague el asesinato con más asesinatos.

***

A unos metros de allí, Sarah se acercó a Holly.

—Gracias por salvarme—dijo Holly—¡Hey! ¡Yo te conozco! ¡Eres de la academia!

—Dios, es verdad—dijo Sarah—parece que han pasado siglos.

—Me llamo Holly

—Yo soy…

—Sarah—dijo Enia a sus espaldas, y se dieron la vuelta—estuvimos castigadas juntas el año pasado, ¿te acuerdas?

—Es verdad—dijo Sarah dándole un apretón de manos—estuviste muda toda la noche, no había quien te sacara una palabra.

—¿Holly? ¿Estás bien?—dijo Enia al ver la herida de su cabeza.

—Creo que sí, no me ha cortado muy profundo. Tenemos que encontrar a Elmir.

Pero no hizo falta. Del campamento emergían ahora Ryan y Elmir, cogeando junto a él y muy demacrado. Enia y Holly echaron a correr hasta donde estaba su amigo y los tres se abrazaron fuertemente, entre lágrimas y gritos de emoción.

Y al ver a Ryan, le dieron un abrazo también, a pesar de no haberse tenido ninguna simpatía en el pasado. Al fin y al cabo, con todo lo que habían sufrido todos, ¿de qué otra forma podían recibirse?

Solo contaban con dos monturas: la yegua de Enia y el caballo que montaba Ryan, así que tomaron prestados dos yeguas y un caballo más. Tenían que alejarse del campamento antes de que aquellos mercenarios recuperaran la consciencia. Ya a lomos de sus monturas, intercambiaron historias y empezaron a atar un montón de cabos.

Ace y Mila estaban a salvo, pero escondidos con la abuela de Mila. Elmir lo había oído en el campamento de los mercenarios. Pero ella y Winni ya no volverían a verse, como bien sabían Ryan y Sarah. A Sarah le alivió saber que su amiga estaba bien. Elmir también había descubierto que la guerra había terminado al fin, con un tratado de paz que Ylmir se había visto obligado a firmar. Al tomar posesión sobre Wingar, la guerra había quedado en favor de Sigmurland, quienes ahora disfrutaban de la potestad de explotar los recursos de Ylmir y Wingar a sus anchas. Habían ganado.

Pero lo más sorprendente fue lo que contaran Ryan y Sarah en realción a Jayke, la Resistencia y Mirji-Wuh, la madre de Holly. Sarah se encargó personalmente de entregarle el talismán que su madre le había dado.

Decidieron seguir en busca de Angello, ya que quizás los llevaría a donde estaban Jet o Alan. Era la única opción que se les ocurría de todas formas. Y así los cinco jinetes se perdieron de vista, con el estómago aún vacío, pero alimentados de historias y de buena compañía.

Capítulo 35

CAPÍTULO 6: PARAÍSO

“De todas las estupideces que has hecho en tu vida...”

Allí tumbado en la arena, más muerto que vivo, Jet Siete recordaba todas las veces que Alan había empezado una frase con esas palabras. Aquella arena del infierno quemaba bajo sus manos. Ardiente y peluda. Un momento. ¿Peluda?

Jet abrió los ojos.

Lo primero que vio fue a Angello, quien no hizo más que parpadear un poco y lanzar un débil gruñido. Se encontraba tumbado junto a él. Tenía el hocico y el lomo llenos de sangre. Temblando, Jet reunió fuerzas suficientes para acariciarle el costado.

—Esto es el fin, amigo—dijo con un hilo de voz—pero al menos nos vamos juntos.

***

Alan nunca habría creído que un día se alegraría de ver al imbécil de Ryan.

Pero ahí estaba, caminando por el desierto y hablando alegremente con dos Holly y una chica que llevaba el pelo atado. En lugar de su escopeta, llevaba en su mano un botiquín, mientras que las dos chicas eran las que

portaban armas. Aquella imagen solo podía tener una explicación.

“Me he vuelto a clavar una puta espina de cáctus y estoy alucinando” pensó Alan.

Pero cuando Holly lo vio y empezó a correr hacia él, se dio cuenta de que no era así. Alan se incorporó de un salto, corrió a recibir a su mejor amiga y se encontraron a medio camino en un fuerte abrazo. Ryan le tendió una mano y se saludaron como viejos amigos. Sarah le sonrió y se presentó. Detrás venían Elmir y Enia, quienes no pudieron evitar sonreír al verlo, aunque irónicamente. Le estarían restregando lo ocurrido durante varios días.

***

Enia, Holly y Elmir caminaban delante de él, charlando, cantando y contando chistes que solo entendían ellos tres.

—Chicos...—dijo Alan cuando hubo un silencio, cabalgando junto a ellos y pensando en Quentin y en aquella visión que había tenido—¿Soy el hijo de puta más grande del universo?

—Sí—respondieron a coro Elmir y Enia

—Solo un poquito—le aseguró Holly

—Pero eres nuestro amigo—añadió Enia—no tenemos más remedio que aguantarte.

De adelante les llegó un grito. Enia estuvo a punto de desenvainar su espada, pero enseguida se dieron cuenta de que no era un grito de pánico. Sarah y Ryan habían llegado al final de la cuesta y miraban hacia adelante, absolutamente maravillados.

—¡¿Qué es ese animal?!—gritó Ryan mientras los otros cuatro se acercaban, cabalgando.

Medía varios metros de altura y avanzaba a paso lento hacia el infinito con sus gigantezcas patas grises. Cuando oyeron su grito, tuvieron un sobresalto que casi les hace caer del caballo. Era como el sonido de una trompeta.

—Es un...es un elefante—dijo Sarah

—¡Pero es imposible!—dijo Elmir—¡Los elefantes se extinguieron!

—¿Y qué demonios está haciendo en medio del desierto?—preguntó Enia

—No lo sé, pero yo quiero averiguarlo, ¿y vosotros?

***

Sarah y Enia abrían la marcha, seguidas de cerca por Alan y Holly.

—Ojalá Jet hubiera podido ver esto—comentó Alan—le habría encantado

—Ya hablas de él como si lo dieras por muerto.

—No lo doy por muerto. Voy a seguir buscándolo—miró a su amiga—Quizás en parte eso es gracias a ti

—¿Por qué lo dices?—preguntó ella extrañada

—¿Sabes? En la visión que os conté, cuando creía que estaba prisionero de un grupo de mercenarios, pensé en ti.

—Mhhhh...—dijo ella

—¿...Qué?

—¿Pensamientos sexuales?

—¡¡¡¿QUÉ?!!! ¡¿Pero qué cojones?! Dios, ¡no!—Alan tuvo una crisis mental por un segundo—Holly, yo nunca… ¡Eres mi mejor amiga! ¡Te aprecio como a una hermana! No estaría bien si tu y yo…

Holly estalló en carcajadas

—Solo me estoy quedando contigo, Alan—dijo, y se avanzó al trote

—Oh, wow, entonces...—Alan se avanzó también, y por cambiar de tema dijo—Oye Holly, ¿y de dónde sacaste esa maza? Aún no me lo has contado

—Es una larga historia—dijo ella, y juntó los dedos para pensar—¿Sabes la cloaca en Oppidum donde estuvimos?

—Sí

—¿Sabes el pasillo que conducía a las celdas? ¿Te acuerdas que había como una puerta que no se abría porque era de mentira?

—Sí, creo que me encontré con ella.

—Pues esa era la puerta al mundo mágico de Teruntunchú, donde hay espadas y mazas gratis y te puedes llevar las que quieras.

—Qué graciosa.

La conversación quedó en el aire porque Ryan los llamaba desde atrás.

—¡Chicos, esperad! ¡Elmir necesita parar!

Y mientras descansaban, contemplaron el elefante a lo lejos y el paisaje, que siempre era el mismo y ya comenzaban a cansarse de la misma vista una y otra vez, hasta el infinitio.

Pero mucho más cerca del infinito, a unos pocos kilómetros, se veía una

irregularidad en aquella vista.

—¿Eso que estoy viendo son árboles?—preguntó Alan

—¡Son árboles!—dijo Sarah—¿Puede ser posible? ¡Allí al fondo se ve un bosque!

***

Llegaron al linde del bosque.

La arena se perdía de vista más allá de aquellos larguísimos troncos, más largos que ningún tronco que hubiesen visto en sus vidas. De hecho, todas las plantas que podían ver eran nuevas para ellos. Había helechos y arbustos de hojas gigantes, y la mayoría de árboles estaban cubiertos de lianas o hiedras.

Se habían detenido, por cierto, porque se encontraban ante una barrera mágica. Lo notaban en cada centímetro del cuerpo. El aire se movía visiblemente, a veces formando líneas de colores blanco y lila.

—Esta barrera es parecida a la magia que vi salir de Kail y derribar a Winni—había dicho Ryan—a mi esto no me da muy buena espina

No había forma de saber si dar un paso adelante los mataría o los salvaría de por vida y tampoco tenían más remedio que intentarlo o morirían pronto de hambre. Alan y Enia se miraron un segundo.

—Bueno—dijo Alan—está claro que alguien va a tener que entrar primero, y está claro que ese alguien no puede ser alguien de quien podamos

prescindir.

—Y lo que también está claro—dijo Enia—es que hay que tener agua oxigenada en las venas para atreverse a pasar.

Holly asintió

—Iré yo—dijo

—Estoy segura de que lo haríais—dijo Enia—pero no era una sugerencia. Vamos a entrar Alan y yo

—¡¿QUÉ?!—dijo Holly

—No, chicos. Vosotros dos sois los más importantes.—dijo Ryan—Dejadme hacerlo a mi. Yo ya he causado suficientes problemas en este mundo

—Y un cuerno—dijo Elmir—si alguien es prescindible aquí, ese soy yo. Y después de lo que le hice a aquel mercenario, debo pagar por mis crímenes.

—A mi no me importaría conservar la vida un rato más—comentó Sarah—pero después de todo lo que he pasado, creo que también estoy lista para morir por vosotros. Y tampoco soy tan imprescindible.

—No lo entendéis—dijo Alan—Si Enia y yo morimos, vosotros podréis seguir adelante. Ryan curaría a los enfermos.

—Y Sarah sería una excelente cazadora—añadio Enia—Elmir es quien más libros ha leído y quien conoce más datos.

—Y tú, Holly eres la que más piensa—dijo Alan—y la que tiene las ideas más brillantes.

—Y vosotros dos sois los más valientes—replicó Holly

—Por eso seremos los primeros en cruzar—dijo Enia—Nos idealizas, Holly. Lo nuestro no es más que codicia, violencia y deseos puramente humanos. En el mal sentido. Ah, y mucha, mucha fanfarronería. Poco tenemos del heroismo intelectual de las novelas.

—Son cualidades muy útiles para robar comida cuando nos hace falta—agregó Alan—pero ¿de qué nos servirían en un mundo justo como Gwennfeld?

Alan y Enia se agarraron de la mano, asintieron y cruzaron. Por un momento, todo a su alrededor comenzó a brillar, y al cabo de un segundo, la barrera se los había tragado, y desaparecieron.

Pasaron los minutos como horas enteras, y sus amigos contuvieron la respiración. Al fin, cuando ya empezaban a temerse lo peor, oyeron la voz de Alan.

—¡JODER! ¡AQUÍ HAY MANZANAS!

—¿Ahora te enteras?

***

No sabría cómo empezar a describiros aquel paraíso en el que se hallaban Alan y los demás, y si nunca habéis estado en un bosque de verdad, como supongo que es el caso, no os lo podéis ni imaginar.

Miraran donde miraran, sólo veían naturaleza. Predominaban cien tonos de verde y el marrón de la tierra virgen bajo sus pies y de los altos y fuertes troncos. Los seis jóvenes no hacían más que correr a toda velocidad, gritando de júbilo y explorando cada rincón. Llegaron a la orilla de un enorme arroyo de aguas cristalinas, bañadas por el sol. Decidieron seguir el curso del río, avanzando de roca en roca, hasta que de pronto, entre los altos matorrales…

—¡¡¡El mar!!!

Habían salido una hermosa playa como quien no quiere la cosa, y allí terminaba Gwennfeld. Pero aquello no tenía sentido alguno. ¡El mar se encontraba a kilómetros de allí!

—Esto no es mucho más grande que los terrenos de la academia 109—dijo Ryan un poco decepcionado.

—Pero al menos aquí somos libres—dijo Holly

—Esperad, hay algo que todavía no entiendo—intervino Elmir—¿Dónde se

supone que está la gente?

Buscando respuestas, volvieron sobre sus pasos y siguieron el curso del río, montaña arriba hacia el centro de Gwennfeld. Por el camino fueron recogiendo manzanas y otros frutos que iban encontrando. Eran los frutos más ricos y jugosos que habían probado jamás. A Alan se le hacía un poco extraño. Llevaba toda la vida recogiendo frutos: de los árboles de la academia, de la cocina de la escuela, de los campos de cultivo de Ylmir, cuando no tenían otra cosa que comer… Pero era la primera vez que tomaba un fruto en su mano y no estaba robándole a nadie.

El río los condujo a la boca de una enorme cueva. Alan sacó su mechero para procurar unas cuantas antorchas mediante algunos palos del suelo. Las paredes de la cueva estaban llenas de incripciones y de estanterías de libros. El grupo se dispersó enseguida, precipitándose, embobados, a investigar todo aquello.

—¡Hay libros que ni siquiera están en nuestra lengua!—gritó Elmir, dando un respingo—Mirad esto, son símbolos muy extraños...

—¿Estarán en Gwennfeldiano?—aventuró Holly

—Creo que se dice “Gwennfeldino”—dijo Enia

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Alan, y se giró hacia ella

Enia les señalaba a todos una pared donde se encontraba la inscripción más grande y vistosa de la cueva, en letras muy bonitas:

NOSOTROS TAMBIÉN CREÍMOS QUE ESTO ERA GWENNFELD

Bienvenidos, viajeros. Si habéis llegado hasta aquí, os damos la enhorabuena. Hace falta algo más que fuerza y coraje para alcanzar este viejo santuario. Pues veréis: esto no es Gwennfeld, pero una vez lo fue, y su magia protectora aún lo protege de los espíritus malignos. Las barreras mágicas de Gwennfeld solían repeler a cualquier humano cuyas intenciones no fueran puramente altruistas y bondadosas. Haber llegado aquí implica que tenéis un buen corazón. Ahora bien. Hay bondad y maldad en todos los seres que habitan este planeta, y si alguna vez predominaran en vuestro corazón deseos egoístas y destructores, seríais expulsados y la magia de Gwennfeld os devolvería al desierto. Así es como funcionó la sociedad Gwenfeldina y así es como se mantuvo en harmonía durante cientos de años.

Hasta que fue eliminada por las ansias de poder de los imperios de Ylmir y Sigmurland, que explotaron prácticamente todos sus bosques e hicieron desaparecer una de las civilizaciones más hermosas del planeta, convirtiéndola en un enorme desierto. De lo que antes fue Gwennfeld solo quedan unos pocos bosques, esparcidos por el eterno desierto, y éste es el primero que hemos encontrado. Dejamos este santuario a vuestra disposición y continuamos nuestro viaje hacia el norte, en busca de más ruinas de Gwennfeld.

El mensaje seguía y seguía, contando las guerras entre Sigmurland y Gwennfeld, de las que nadie les había hablado en la escuela, y de muchas cosas más. Alan leyó el mensaje una y otra vez, deseando haberlo entendido mal.

—Dilo—dijo Holly poniendo los ojos en blanco— “Os lo dije”

—No voy a decirlo—dijo Alan apenado, y abandonó la cueva.

Los demás lo hicieron también, cada uno a su debido tiempo.

***

Y así, un sábado como cualquier otro los supervivientes de la Academia 109 se instalaron al fin en su nuevo hogar, al que llamaban “Gwennfeld”, aunque en realidad no era Gwennfeld. Los seis muchachos se pasaron el resto de la tarde vagando por el bonito oasis, paseando solos o en pequeños grupos, sumidos en sus pensamientos. Enia pensaba en Jet mientras tocaba mil canciones con lira. Su amigo probablemente estaría muerto a aquellas alturas, pues nadie puede sobrevivir tanto tiempo sin agua. La invadía una enorme tristeza.

Pero sus canciones ya no eran tristes. De alguna forma, algo había cambiado en aquellos treinta días desde que Alan había robado un pan y la academia había explotado. Las alegres notas de la lira de Enia resonaban por todo el bosque en los corazones de sus compañeros como si fueran la banda sonora de sus historias. Historias que de una manera u otra, habían concluido en algo parecido a un final feliz: agridulce, pero feliz. Recuperado de sus heridas, Elmir volvió a pisar firme. No volvieron a fallarle las piernas nunca más. Sarah, que fue rechazada por su familia, había encontrado una nueva. Ryan dejó a un lado su escopeta a partir de ese día, y pasó mucho más tiempo leyendo libros en la cueva del santuario y contemplando maravillado la belleza de la naturaleza que lo rodeaba, algo que no había podido hacer en mucho tiempo. Y por supuesto, ninguno de ellos tendría que volver a huír de los Sigmur, mientras estuvieran dentro de aquel oasis.

Alan dejó de ser líder, librándose de una terrible carga. Ya no había líderes en aquella nueva sociedad. Tomaban las decisiones en conjunto.

Aquella noche todos decidieron reunirse ante un fuego, aunque alguien no parecía haberse dado cuenta.

Alan se encontraba en un reino lejano. Era un lugar sombrío, como en todos sus sueños. Pero esta vez se sentía feliz. Y al contrario que en la mayoría de sus sueños, no se encontraba solo. Lo acompañaban cinco animales que una vez despierto no conseguría recordar. Cuando salió a la

superficie por el agujero de la madriguera, se miró en un charco. Él también era un animal, un pequeño can de hocico alargado y manto rojo.

—¿Alan?—dijo una voz

Abrió los ojos. Se encontraba recostado contra la rama más alta de un árbol, mirando hacia la luna llena.

—Vente, Alan—dijo Holly terminando de escalar y sentándose junto a él—Sarah ha cazado un ciervo y vamos a asar las manzanas que habéis recolectado.

—Genial, me muero de hambre—mintió—Por cierto Holly, antes no me dejaste acabar. Iba a darte las gracias.

—¿Por qué?

—Nunca habríamos sobrevivido de no ser por ti. En su momento no me di cuenta, pero ahora lo veo. Piénsalo. Del grupo de Ryan eran más de veinte. Y solo sobrevivieron cuatro, que nosotros sepamos. En nuestro grupo éramos siete. Y sobrevivimos todos. Porque nos mantuvimos unidos. Y nunca nos habríamos mantenido unidos de no ser por ti.

—Bueno, no sabemos si Jet está vivo—le recordó ella—de hecho, es muy probable que no lo esté.

Alan apartó la mirada. No quería hablar del tema. Holly le dio un apretón en el brazo.

—¿Sabes? Sarah y yo estamos pensando en escribir la historia de todo lo que nos ha pasado desde que salimos de la academia

—¿Y cómo la vais a llamar?—dijo Alan— ¿"La Leyenda de Gwennfeld"?

—No, tonto—rió ella—eso sería muy poco original.

Alan miró a su amiga y notó que llevaba puesto el talismán de su madre que Sarah le había entregado por órden de ésta.

—Quién habría dicho que tú y yo somos los herederos de la Rebelión, ¿eh?—dijo Alan, y suspiró profundamente—vaya una rebelión. Al final han ganado la guerra los Sigmur. Estaba cantadísimo.

—Sí, han ganado los Sigmur—dijo Holly tocándose el talismán—pero nosotros también los hemos vencido.

Capítulo 36

CAPÍTULO 7: DE PURA CHIRIPA

Jadeando en la oscuridad, Tom tropezó con una raíz y cayó dando una voltereta hacia adelante, quedando boca bajo sobre la tierra.

—¡Será posible que seas siempre igual de patoso!—protestó una voz femenina, y unas zarpas lo pusieron en pie y lo apartaron del camino para seguir avanzando.

—Perdona, Jyll—se disculpó Tom. Ella no respondió y se perdió de vista.

—¡Es por aquí!—seguía diciendo— ¡Cada vez lo huelo más cerca!

Tras ella venía Chagg, que parecía estar disfrutando con la situación, y detrás de Chagg venía el resto de la colonia. Decenas de aquellos curiosos animales avanzaban allá a donde fuera que Jyll les conducía, sin cuestionar por qué. Caminaban a dos patas y tenían el hocico alargado, a rayas negras y blancas.

—¿Qué le pasa a Jyll?—le susurró Tom a su amigo Chagg—está más gruñona de lo habitual.

—Está ansiosa por llegar cuanto antes—dijo Chagg encogiéndose de hombros—tu también lo estarías si supieras que tu hijo se halla a pocos kilómetros de aquí.

Al fin empezaron a ver luz, y también vieron a Jyll detenerse ante aquella luz, y supieron que habían llegado. Por la obertura se alcanzaba a ver

parte de un claro en medio del bosque.

—Ahí está—dijo, emocionada—ahí está mi hijo. ¿Lo veis?

Efectivamente, a unos diez metros había una figura peluda, incosnciente en el suelo, un poco más grande que Jyll.

—Es mayor que yo—dijo Tom oliendo el aire

—¿Qué edad tiene?—preguntó Chagg

—Es imposible saberlo—dijo Jyll—han pasado años desde que desapareció.

Entonces ocurrió algo que arruinó todos los planes de Jyll. Dos figuras humanas se arrodillaron junto a su hijo.

—¡Maldición! ¡Maldición, maldición, maldición!

—¿Qué ocurre?—dijo una voz desde atrás

—¡MALDITOS HUMANOS! ¡Siempre lo arruinan todo! ¡Han llegado antes que nosotros!

—Solo son dos—dijo Chagg—si los pillamos por sorpresa, podemos matarlos.

—¿Por qué matarlos? No nos vendrían mal un par de prisioneros de guerra—propuso Tom

—No.—dijo Jyll—no tendríamos una sola posibilidad. Estos dos no son humanos cualquiera. Son hechiceros. Nos harían pedazos en un abrir y cerrar de ojos. ¡Vámonos! Esta misión ha sido un fracaso. ¡Pero no pienso rendirme! Esperaremos al anochecer. No hay una sola alma en Gwennfeld que pueda impedirme traer a mi hijo a casa ¡¡¡Aunque sea lo último que haga!!!

—Entonces, ¿hemos venido hasta aquí para nada?—protestó Tom

***

Mientras aquella partida se retiraba. Los dos humanos, que eran hermanos, curaron mágicamente las heridas de aquel animalillo y trataban hechizo tras hechizo para despertarlo gentilmente, pero no había caso. Dormía profundamente, al fin en paz, como dormiríais vosotros un domingo que diera fin a la peor semana de vuestra vida.

—Hay un truco que nunca falla—dijo entonces Aquiles, el hermano mayor—que es hablarle directamente por su nombre. Su hermana Anastacia se aclaró la garganta.

—Bienvenido a Gwennfeld… Jet Siete.

Jet abrió los ojos con un sobresalto y se fregó los ojos con sus peludas zarpas. Al ver aquellas patas que tenía ahora por manos, dió un respingo y se incorporó de un salto.

—¡¿PERO QUÉ COJONES…?! ¡¿QUÉ COJONES ES ESTO?! ¡SOY...SOY…!

—Gwennfeldino—concluyó Anastacia con una dulce sonrisa—siempre lo has sido, y ahora, después de doce años, has vuelto a tu hogar.

En ese momento, Jet fue embestido por un perro de gran tamaño. Era Angello, que había recuperado su salud y correteaba alrededor de su ahora encogido y peludo amo. Finalmente, se sentó junto a él y posó la cabeza en su regazo.

Mientras, Jet se detuvo a mirar a aquellos dos extraños adultos, porque lo que le habían dicho era muy fuerte. Después giró la cabeza aquí y allá y comprobó que mirara donde mirara, solo veía altos árboles. Altos y hermosos árboles.

—Entonces… ¿Esto es Gwennfeld? ¿Es cierta la leyenda?

—Parte de ella, sí. Me temo que no tenemos tigres aquí—rió Aquiles—Gwennfeld solía ocupar todo Gran Desierto antes de ser semidestruído por Sigmurland. La mayor parte del territorio quedó desierto, dejando algunos pequeños oasis e islas que sirven de refugio al viajero extraviado, siempre y cuando tenga buenas intenciones…

—Pero otra gran parte quedó suspendida en este plano de la realidad—dijo Anastacia misteriosamente— invisible para todo ojo humano. Nadie puede entrar ni salir de aquí, porque técnicamente no estamos en ninguna parte.

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?—dijo Jet, y después movió la cabeza para mirarse el manto peludo de color blanco y negro—¿Y cómo es que

me he transformado en este animal? ¡Todo esto no tiene ningún sentido!

—No te has transformado—explicó Aquiles—has vuelto a tu forma original. Tú naciste en este bosque, Jet. Desapareciste cuando tenías cuatro años y fuiste a parar a Gran Desierto, al continente, pero ahí los animales parlanchines no existen, ni tampoco los tejones, que se extinguieron hace muchos años. Por eso la magia de Gwennfeld te dio una forma humana.

—Pero… habéis dicho que nadie puede entrar ni salir de Gwennfeld.

—La mayor parte del tiempo—explicó Anastacia—Una sola vez al año, Gwennfeld se presenta en Gran Desierto si nuestra ayuda es requerida. Hace doce años ayudamos a un hombre llamado Harwin que lo había perdido todo y huía desesperadamente de los Sigmur. Lo rescatamos justo cuando estaba a punto de ser exterminado. Ese día te extraviaste de tu colonia.

—Siempre fuiste un tejón muy inquieto—añadió Aquiles

—Los tuyos te buscaron, pero atravesaste si saberlo la barrera antes de que te dieras cuenta de lo que estabas haciendo. Ese día Gwennfeld ganó un ciudadano y perdió otro.

—Y hoy he vuelto—dijo Jet—es como si siempre hubiera estado destinado a volver, como si hubiera sido elegido.

—Fue la suerte lo que te trajo aquí, Jet Siete—dijo Aquiles rotundamente.

—Angello y tu estabais tumbados justo aquí, en nuestro territorio, cuando os desmayasteis—explicó Anastacia—De haber estado unos kilómetros más al este o al sur, no habríamos podido ayudarte, porque las leyes de Gwennfeld impiden a cualquier humano salir del bosque. Se podría decir

que hemos podido salvarte… ¿cuál es esa expresión tan graciosa que usan los humanos al sur de aquí?

—”De pura chiripa”—citó Aquiles

—”De pura chiripa”—rió Anastacia—siempre me ha resultado muy graciosa porque si te fijas, “chiripa” tiene siete letras.

Pero dijeran lo que dijeran, Jet seguía convencido de que era el destino lo que lo había traído allí. Siempre había sabido que un día llegaría a Gwennfeld. Siempre lo había sabido. Pero ahora que había cumplido su objetivo, había algo, obviamente, que le faltaba.

—¿Qué hay de mis amigos?—preguntó—¿No podéis salvarlos a ellos también?

—Me temo que no, Jet.—dijo Aquiles

—Gwennfeld volverá a su estado original en pocos minutos—explicó Anastacia—No podemos permitirnos pasar mucho más tiempo aquí y arriesgarnos a ser descubiertos. Es demasiado lo que hemos perdido ya.

—Pero eres libre de ir con ellos, si quieres—dijo Aquiles—te daremos un mapa para que puedas encontrarlos. Se encuentran todos a salvo en un oasis a unos cuantos kilómetros de aquí. Ellos creen que has muerto y pronto dejarán de buscarte.

—Lo siento Jet—dijo Anastacia al ver su evidente decepción—pero vas a tener que tomar una deicisión. Puedes volver con tus amigos, o puedes quedarte a a buscar las respuestas a tus preguntas. No puedes hacer las

dos cosas.

Jet sintió una puntada de melancolía porque ya sabía cuál era la respuesta antes siquiera de empezar a pensar. Iba a echar tanto de menos a sus amigos… pero era un consuelo saber que estaban bien. Quizás os parezca un poco frívola la rapidez con la que Jet tomó su decisión, pero al fin y al cabo, Jet siempre había sido un animal salvaje, y ahora había quedado demostrado más que nunca. Cualquier humano habría entrado en un interminable ciclo de pensamiento, incapaz de tomar una decisión, y probablemente habría acabado volviendo hacia atrás, perdiéndose la magia y los misterios que aguardaban en aquel bosque. Pero Jet se entendía a si mismo mejor que a nadie, y sabía lo que había venido a buscar en aquel mundo. Irónicamente, aquella curiosidad, aquel deseo de conocerlo todo, convertía a tejones como él en más humanos que la mayoría de humanos de Sigmurland.

Y, ¿quién sabe? quizás podría ir a visitar a sus amigos la próxima vez que Gwennfeld abriera sus puertas. Lo bueno de ser un tejón es que puedes ir de acá para allá sin que a nadie le importe demasiado. No había sido un final tan triste al fin y al cabo, aunque estuvieran separados. Todos había